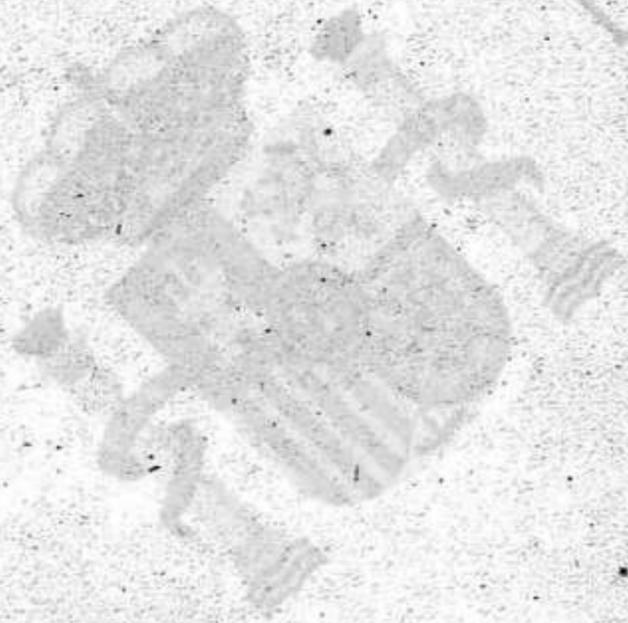


(0105)

REVISTA CONTEMPORÁNEA

MINISTERIO DE CULTURA



MADRID, 1881

IMPRENTA DE MANUEL G. HERNANDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo



REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO VII—TOMO XXXI

ENERO — FEBRERO 1881



DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE DE PIZARRO, NÚM. 17, TERCERO, MADRID

OFICINAS

PARIS, 27, FAUBOURG MONTMARTRE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.²

VENEZUELA
E. Fomboa

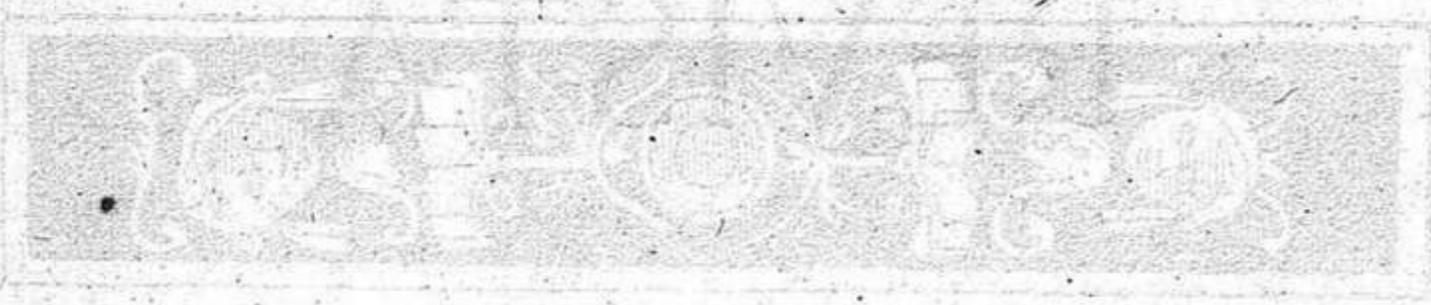
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

BUENOS-AIRES
Manuel Reñe.

HABANA
Alejandro Chao

(DERECHOS RESERVADOS.)





GOVERN DE CATALUNYA

DEPARTAMENT DE CULTURA

MINISTERIO
DE CULTURA





UNA ESCUELA PRÁCTICA DE MINERÍA.

BARRUELO DE SANTULLAN.

(AL LABORIOSO Y EJEMPLAR VECINDARIO DE BARRUELO.)



Las enseñanzas trascendentales deduce el observador al visitar este apartado pueblo de la provincia de Palencia: primera, la de la prodigiosa transformación que están llamados á sufrir el suelo y la riqueza de nuestra patria cuando se apliquen á su decidida explotación industrial, agrícola ú otra cualquiera, la inteligencia y los capitales; segunda, la del benéfico progreso que se realiza en la vida del jornalero, y por ende en la gran masa de nuestra población pobre, cuando al amparo del trabajo constante, del orden y de las costumbres metódicas, la familia, por humilde que sea, tiene: limpio y decente su hogar, abierta la escuela para sus hijos, previsto el socorro para sus dolencias y desgracias, y hasta seguro el envidiado ahorro, si en el usufructo de la amplia libertad doméstica entran la prudencia y la fé en el porvenir. Tan agradables deducciones he podido sacar yo también, aunque ligero obser-

vador, profano en cuanto á la industria minera se refiere, al detenerme breves dias en Barruelo y al contemplar sus minas y su vecindario, cuya memoria, inolvidable para mí por tantos títulos, consignaré gustoso en los siguientes párrafos:

I.

DESCUBRIMIENTO.—LA CORDILLERA PIRENAICA PALENTINA:
CONSTITUCION GEOLÓGICA.—MINAS.—RECUERDOS.

Era presuncion muy razonable entre las personas doctas la de que, habiendo tan notables criaderos de diversos carbones en las cercanías de Reinosa, en las vertientes de Asturias y en algunos puntos determinados de la cordillera que se extiende entre ambas comarcas, no dejarían de presentarse yacimientos de tan rica sustancia en la montaña de la provincia de Palencia. Y cuéntase que, entre los trabajadores, en algunas pobres fraguas de esa parte septentrional, ya desde largo tiempo venia utilizándose el carbon mineral como combustible. Ni unos ni otros indicios habian dado, sin embargo, un resultado positivo hasta que, un hecho particular vino á ser el origen de la poderosa explotacion que ha conseguido dar tanto nombre á la minería española.

Una tarde del año de 1838 volvia de Aguilar de Campóo á Salcedillo, avanzando por el áspero sendero de la subida del monte, el jóven cura párroco de este último pueblo, D. Ciriaco del Rio, que pocos dias ántes habia leído en el periódico de Madrid *El Castellano* un artículo descriptivo sobre el carbon de piedra y su explotacion. Al llegar al término que hoy se llama *Casa Blanca*, entre los pueblos de Orbó y Barruelo, acertó á distinguir, rodados por el suelo, unos trozos de piedra negra y lustrosa, que se apresuró á recoger y guardar con especial cuidado, en la idea de que pudieran parecerse á aquellas de que con tanto elogio se ocupaba el diario madrileño. Hizo arder parte de ellas en su agreste y elevado rin-

con de Salcedillo, ocupóse de su descubrimiento con algunas personas entendidas de la comarca, volvió á reconocer el sitio, donde halló mayores y seguros vestigios de la existencia del mineral, y se decidió á acudir á Reinosa, á la casa de los Sres. Collantes, que ya desde hacia bastantes años explotaban con excelentes resultados su mina de carbon lignito de las Rozas. Formóse allí la primera sociedad explotadora, y pocos años despues empezaron los trabajos en la cuenca del Rubagon. Así se lo he oido referir al descubridor mismo, que veterano ya, pero animoso, continúa al frente de su curato todavía. Véase hasta dónde alcanza la influencia de un pobre artículo de periódico, que más ó ménos científico y relegado tal vez á la seccion de variedades; lleva en sus renglones la benéfica difusion y propaganda de los conocimientos útiles.

La explotacion no interrumpida, desde 1845 sobre todo, llamó la atencion de distinguidos geólogos y mineros, que en su mayor parte no han dejado de visitar con detenimiento estas montañas. Pintoresco, interesante en alto grado, y de grandes esperanzas para la riqueza patria es el Pirineo entero, desde las últimas cumbres mediterráneas hasta los peñascos de Finisterre, y como parte integrante del mismo, reviste esos mismos caractéres en grado superior, la cordillera palentina, que cuenta entre sus gigantes picos varios de los más elevados de España.

Comprende la montaña, propiamente dicha, todo el espacio extendido al N. desde Alar del Rey, Valle del Burejo y Ojeda, valles y páramos del Buedo y la Valdavia y límite de la provincia de Leon hasta la cordillera pirenaica que nos separa de esta provincia y de la de Santander. La rama de montañas más prominente, y que forma la divisoria, corre de E. á O., desde los páramos de La Lora, por los altos de Ahedo, de Bernorio, Guezura, Torrecilla, Candenosa, Hinestrosas, Valberzoso, Brañosera, Salcedillo, Labra la Vieja, Pico de la Sal de la Fuente, Cueva del Coble, Peñas de Pando, Portillo de los Asnos, Peña Labra, Peña de Brez, Sierras Albas, Puerto de Caloca, alto de Bestruya, Puerto de Aruz, Peña de Pineda, Peña Prieta y sierra de Cardaño. De ella se derivan hácia el S. las siguientes sierras:

La de Brañosera y la que desde Peña Tejada avanza hasta Mudá, que forman los arroyos y cuenca del Rubagon. La anterior y la de Parapertú, que forman la del Bucejo. La de Brieme y los Redondos, que forman la del Estalaya. Las de Peña Horada, Tremaya y San Salvador, que forman la del Pisuega, y la de las Pandas, Pico Lezna, Valdenuevas y Curavacas, que forman la del Carrion. En esta última, la que desde el Puerto de Caloca por la Tañuga, Las Pandas baja á las inmediaciones de Rabanal de las Llantas, se divide en dos grandes ramales, formando hácia el O. la sierra del Brezo y al E. la del Pico y las cuencas del Valdavia y del Buedo. Por último, desde Peña Prieta desciende hácia el S., siguiendo la cuenca del Carrion, otra derivacion muy importante que forma el límite de la comarca leonesa.

Hé aquí, aproximadamente indicadas, entre otras, las mayores alturas sobre el nivel del mar, á que alcanza esta cordillera, y para cuyo mejor estudio detallado puede consultarse el *Cuadro gráfico* de altitudes, trazado bajo la direccion del sábio ingeniero D. Casiano de Prado en 1856. Peña Prieta, 2.528 metros; Curavacas, 2.501; Espigüete, 2.433; Pico Murcia, 2.330; Peña Mala, 2.280; Pico Lezna, 2.190; Fuentes Carrionas, 2.160; Sierra de Redondo, 2.134; Lago de Curavacas, 2.120; Pico de Sal de la Fuente, 2.110; Cerro de Guinea, 2.060; de Peñaloa, 2.060; Peña Redonda, 2.050; Terreo Bermejo, 2.050; Cerro de las Pandas, 2.010; Peña Carazo, 2.000; de Santibañez, 2.000; Las Cárdenas, 1.990; Sierra de Velilla, 1.880; Pico Tañuga, 1.890; Peña del Escajo, 1.890; de Villanueva, 1.860; Sierra del Brezo, 1.850; Peñas Corada, Lampa, del Cantoral, 1.790; Peña Biezma, 1.690; Alto de Campo Mayor, 1.650; Peña de Brez, 1.590; Piedras Luengas, 1.596; Cueva del Coble, 1.540; Cardaño de Arriba, 1.450; Colegiata de Lebanza, 1.420; Pico Almonga, 1.499; Peña de Villabellaco, 1.420; Cardaño de Abajo, 1.320; La Lastra, Vidrieros, 1.360; Convento de Corpus-Cristi, 1.308; Guardo, 1.130; Cervera, Mudá, 990; Barruelo, 1.013; Valle, 1.220; Brañosera, 1.200; Salcedillo, 1.230; Nestar, 910; Aguilar de Campoó, 866.

Excelente cuadro de estudios geológicos ofrece esta que-

brada comarca en toda su extensión, que puede ser para los aficionados notable escuela práctica de tales conocimientos. También al insigne ingeniero citado debemos un detallado mapa de la formación geológica palentina, y hoy es esperado con ansia entre las personas ilustradas, el trazado geológico rectificado y completo, que con una detenida descripción, ha de publicar en breve el joven y muy estudioso ingeniero de minas D. Gabriel Puig, quien en compañía del entendido y veterano ayudante del cuerpo Sr. Gombau, recorrió la comarca entera, por encargo de la comisión especial del Mapa geológico de España.

Por el momento, y para mejor inteligencia y vulgarización de la tarea descriptiva que á la montaña y á Barruelo se refiere, recordemos cómo está distribuida y cómo se ha formado la constitución geológica de este territorio, según los más racionales datos que la ciencia y la observación del terreno nos enseñan.

Sabido es que en las grandes épocas geológicas se verificaron revoluciones tan colosales, que, aún vistas al través de las deducciones científicas, muy lejos de aquellos siglos en que la corteza terrestre se fué formando, sorprenden y maravillan el ánimo cuando se comparan con el aparente quietismo que hoy se observa en la naturaleza de las montañas. Eternas nos parecen éstas colocadas inmóviles en su sitio desde *aquel día* de la Creación, y sin embargo, esa eternidad es un brevísimo plazo de tiempo, comparada con los siglos y siglos que fueron necesarios para que estas formaciones naturales aparecieran tales cuales hoy se ven. Desde la época del enfriamiento decidido de nuestro planeta, dos fuerzas inmensas contribuyeron, en perpétua lucha, á crear (?) las montañas y la superficie toda: la del fuego y la del agua; la de la fuerza repulsiva emanada de aquél que levantaba las cordilleras, las islas y los continentes, y la de la gravedad, que obrando sobre ésta, una vez condensada, la precipitaba sobre nuestra superficie en forma de inmensos diluvios, que modificaban casi por completo las rocas ya levantadas, que alteraban profundamente la naturaleza y disposición del suelo y que distribuían sus yacimientos como en

hojas perfectamente determinadas de ese gran libro, en el que la ciencia ha aprendido á leer, en nuestro siglo, la historia de la tierra. Veamos, pues, la crónica de esas revoluciones inmensas en el álbum natural, que ofrece nuestra cordillera, sintetizando aquí sus conclusiones en breves palabras.

Un océano, constantemente alterado por colosales erupciones de materias ígneas, cubria toda la extension que hoy ocupan el Norte y el centro de nuestro país; por el enfriamiento surgieron y empezaron á formarse en su superficie los terrenos cristalinos primitivos, los granitos, gneis y micaesquistos de sistema azoico ó inorgánico, que cubierto en gran parte por sucesivas creaciones, aún asoma en algunos de los puntos más elevados de nuestra region, como en El Espigüete, Peña Prieta, Piño de Aruz, Estalaya y otros, y que, como es natural, forma la base y asiento profundísimos de toda la comarca. Atacado mecánica y químicamente el granito y descompuesta y disgregada su superficie y sus partes constituyentes por las enormes masas de torrenciales lluvias, que á alta temperatura cayeron sobre él, los elementos areniscos y arcillosos compusieron en el fondo de las aguas nuevos terrenos. Formáronse sobre la superficie de las rocas tambien los duros y relucientes esquistos. Nuevas erupciones sacaron fuera de las aguas los esquistos negruzcos y azulados, las pizarras verdes y la caliza primitiva del terreno llamado Cambriano ó de la *Grauwacka* inferior; á este período sucedió otro de calma durante el cual, y como á modo de primeras estratificaciones ó capas, se fueron depositando sobre las superficies formadas, otras de pudingas y gres, de esquistos y de calizas, que empezaron á constituir esos terrenos hasta aquí llamados de *transicion*, pero que ya no se denominan así en geología, porque se sabe que su estructura es debida á accidentes, de los que se conocen con el nombre de *metamorfismo* de las rocas, y de cuyo período proceden los mármoles que se encuentran en algunos puntos de la formacion devoniana de esta comarca, en Cervera por ejemplo. Despues de la calma referida, levantóse en una nueva impulsio ne se terreno devoniano formado en el fondo de

las aguas, arrastrando consigo á los precedentes y á las capas calcáreas y restos de vegetales carbonizados, que habian constituido el carbon denominado *antracita*. La formacion devoniana, que tanta extension ocupa sobre la tierra, se extiende en la cordillera palentina en dilatadas zonas: una desde el límite de la provincia de Leon por Otero de Guardo, cortando al rio Carrion, por Alba de Cardaños, Camporredondo, Valcobero, alto del Brezo, Rabanal de las Llantas, San Martin de los Herreros y Ventanilla hasta las inmediaciones de Ruesga; otra al Norte desde el límite de la provincia de Santander, puerto de Aruz, peña de Cárdenas y pico Tañuga por Las Pándas, Lebanza y Polentinos, hasta cerca de Bañes; otra más pequeña en los Castrillos de Valle cerca de Barruelo y alguna que otra, por muy breve espacio, como en Mudá.

Enormes masas de materias fundidas volvian á hacer nuevas erupciones, se evaporaban cantidades de agua inmensas tambien, y al condensarse éstas caian como grandes cataratas sobre la caliza devoniana y la antracita mezclándolas, arrastrándolas y posándolas sobre las aguas en forma de caliza carbonífera, en cuya superficie se desarrollaron nuevas razas de animales y de vegetales sobre todo, que deshechas y amontonadas por nuevos diluvios y hundimientos, expuestas á la elevada temperatura interior y á la enorme presion de las nuevas capas, que se depositaron sobre ellas, se abararon, transformándose en hulla ó carbon de piedra. Esta combustion dió lugar á explosiones que destrozaron y pulverizaron las rocas cercanas, cuyos restos se acumularon en capas de pudingas, gres micáceos, esquistos y arcillas sobre la masa de carbon. El terreno carbonífero ocupa en Palencia mayor extension aun que el devoniano y puede considerársele formado por una sola mancha entrecortada por el terreno anterior en el N. y O. por el triásico inmediato sucesivo y otros más modernos en el E. y el S.

Extiéndese llenando un espacio superficial de más de 60.000 hectáreas por Orbó, Barruelo, Campo Mayor, Paso de Muñeca, orígenes del Pisuerga, pie de la Sierra de Redondo, Piedras Luengas, Peña de Brez, Sierras Albas, Lo-

res, el Campo, San Salvador, Bañes, Pico Lezna, Puerto de Pineda, Fuentes Carrionas, Peña Mala, Monte de Aguasalío, Valverde, El Espigüete, Cardaño de Abajo, Triollo, Santibañez, Ruesga, Sierra del Pico, Sierra del Brezo, Velilla de Guardo, Peña Lampa, Montes de Valdaya, Cruz del Jabalí, Guardo, Villafria, Sierra del Brezo, Villanueva, Peña del Cantoral, Sierra del Pico, Pico Almonga, Valsadormin, Vallespinoso, Mudá, Cerro de Cabramocha, Verbios, Nava de Santullan y Orbó.

Constituida la formacion carbonífera, se fueron asentando ya en verdadera estratificacion sedimentaria los grés, calcáreas y otros elementos del terreno estéril, dyas ó permiano, y las areniscas abigarradas, calizas conchíferas, y margas irisadas del terreno triásico. Este es el que aparece sobre el carbonífero desde Peña Labra, Sierra de Redondo, Peñalba, Paso de la Muñeca, Brañosera, Salcedillo, altos de Barruelo y de Orbó, Matabuena, Monasterio, Villanueva, Rueda y extendido tambien por Cordovilla, Quintana, Canduela, Cillamayor, Matamorisca, Corbio, Frontada, Quintanilla de Berzoso, Valoria, Aguilar de Campoó y en algunos otros puntos de las orillas del Pisuerga y del Oriente de esta comarca.

Los manantiales de sal de Quintana, Pisuerga y Frontada pertenecen naturalmente á este terreno triásico.

Al período de aparicion del trias sucedió la calma, que dió lugar á la sedimentacion de los terrenos jurásicos, que tambien tienen una notable representacion en el gran espacio que se extiende desde Villanueva de Henares cerca del límite de Santander, por Menaza, Nestar, Cuenca del Rubagon, páramo de Aguilar, Matalbaniega, Peña Longa y ribera del Pisuerga; en el inmediato campo ribereño de Renedo de Zalima, San Mamés y Quintana hernando, y en algunas estrechas fajas aisladas que aparecen en Puentetoma y en las cercanías de Respenda. Ya en la parte meridional de todos los terrenos anteriores, se extienden los terrenos: cretáceo, que ocupa gran extension; terciario, que se presenta en dos estrechas y muy desiguales zonas, y por último, el cuaternario diluvium, que cubre de N. á S., desde la línea extrema infe-

rior de la montaña hasta la tierra de Campos, casi las tres cuartas parte de la provincia.

Suponen los geólogos que en el período de la formación cretácea superior, fué cuando se levantaron los Pirineos, los Apeninos, los Alpes Julianos, los Karpatos y los Balkanes, dando lugar á una de las más violentas crisis y revoluciones por que pasó la tierra en sus seculares fases de formación, repeliendo las aguas hácia las comarcas más bajas, y dejando en seco mucha parte de los continentes, por cuya superficie empezaron á correr, desprendidos de las montañas, los grandes rios actuales. Las formaciones que se han indicado, debidas á una série de épocas orgánicas ó de calma, que alternaron sin cesar con otras críticas ó de revolucion, á la doble acción de las aguas y de las grandes erupciones ígneas que levantaban los terrenos sucesivamente constituidos, debieron en nuestra montaña permanecer durante siglos y siglos á flor de agua y en sus profundidades, hasta que, llegada la época cretácea y verificado su colosal levantamiento, quedaron en la disposición que hoy muestran. En esa série de evoluciones colosales hay, como se vé, un período en el que la hulla se forma, y pues que conviene á este rápido bosquejo estudiar cómo tuvo lugar tan admirable fenómeno, sintetizaré aquí lo que acerca de él debe apuntarse.

«Todos los yacimientos de hulla,—dice el sábio catedrático de geología de la universidad de Edimburgo, A. Geikie,—fueron al terminar el período devoniano (*devonian group*) espesas masas de vegetación nacida en vastas llanuras pantanosas, un tanto semejantes á las que se ven hoy en los terrenos bajos y húmedos de las regiones intertropicales. Estas grandes lagunas recubiertas de plantas tenían por fondo un suelo fangoso, del que brotaba una vegetación espléndida, y este suelo es el mismo que hoy forma el muro arcilloso sobre el que el carbon descansa.» Los trozos calcáreos del terreno devoniano arrastrados por las aguas al pie del mismo, formaron el verdadero suelo, la *caliza carbonífera* de las cuencas *marinas*. ¿Qué clase de plantas vivieron en aquella flora, cuyo carbon utilizamos hoy? «Los restos más comunes que se hallan entre los fósiles del carbon,—dice el maestro

de los geólogos Ch. Lyell,—se pueden clasificar bajo el orden siguiente:—Helechos y Sigillarias, Lepidodendras, Calamites, plantas coníferas y stigmarias..... Las frondas de los helechos son más numerosas que ninguna otra planta en los esquistos de la hulla..... Los troncos y tallos de estos helechos han recibido el nombre de sigillarias.» En una notable Memoria publicada recientemente por la Academia de Ciencias de París, titulada: *Recherches sur les graines fossiles silicifiées*, de Adolphe Brongniart, hay un capítulo de gran interés acerca de la sucesion de las floras antiguas, y en él, después de la exposicion del cuadro general de los cambios sufridos por el reino vegetal, en el que divide éste en reinos: de las plantas Acrógenas, Gimnospermas y Angiospermas, comprendiendo en el primero los períodos *carbonífero* y Pérmico, dice, en síntesis, refiriéndose á aquél: «Existian en la época carbonífera tres grupos particulares de vegetales, que no solamente fueron destruidos, sino que desaparecieron en las floras subsiguientes, los cuales caracterizan á la vegetacion primitiva del globo, y son: 1.º Las Asterophilitas, plantas generalmente herbáceas. 2.º Las Sigillarias, grandes vegetales arborescentes. 3.º Las Nœggerathias, representadas tan sólo por sus hojas casi intermediarias, en su forma y estructura, entre las de las Cycadeas y las de ciertas coníferas..... El predominio numérico de los helechos, la presencia de los Lepidodendros, de las Sigillarias y de las Asterophilitas, formas anómalas y destruidas desde entónces, la ausencia completa de las dicotiledóneas ordinarias ó Angiospermas, y aún probablemente de las monocotiledóneas, así como el raro número de las verdaderas coníferas y la ausencia probable de las Gycaéas propiamente dichas, son los caracteres más pronunciados de esta primera vegetacion del globo, cuyos restos han producido las capas de hulla ó carbon de piedra. Esta vegetacion, poderosa por el número y tamaño de sus ejemplares, era muy poco varia en sus formas, pues apenas contaba 500 especies diversas, distribuidas en seis ó siete familias.» (*Bulletin de la Association scientifique de France. 19 Decembre 1880.*) (1)

(1) Como ejemplo curioso del desarrollo de la vegetacion hullera, puede

De la carbonización de ese mundo vegetal resultó el almacenamiento subterráneo de tanto combustible, de tanta fuerza oculta, que convertida hoy de nuevo en calor, sostiene la vida de colosales industrias. Sabido es el maravilloso, aunque natural mecanismo, de la conversión del calor y de la luz solar en fuerza, de la asimilación del carbono por los vegetales y de la síntesis que en el fenómeno de la combustión se verifica, y que tan súbitamente hace cambiar en fuerza repulsiva intermolecular el calor que produce.

Hablando del calor solar y de la naturaleza de las fuerzas, decía el insigne doctor Mayer en su *Die organische Bewegung*: «Las plantas se apoderan del ácido carbónico, del oxígeno y del carbono combinados, los separan, guardan para sí el carbono y dejan el oxígeno en libertad, y no tienen esta potencia de asimilación en virtud de una fuerza especial distinta, por sus cualidades intrínsecas de las demás de la naturaleza, no: aquí el mágico que produce esa maravilla es el sol. Ya sabemos que el calor se gasta ó que desaparece al separar los átomos y las moléculas de los cuerpos, y que pasa al estado de energía potencial, para reaparecer de nuevo bajo la forma de calor, cuando entra en juego la atracción de los átomos separados; pues estas mismas consideraciones que aplicamos al calor debemos aplicarlas á luz, porque la descomposición del ácido carbónico se hace por la influencia de la luz del sol. Sin ésta no tendría lugar tal reducción, que exige un gasto de luz exactamente igual al trabajo molecular realizado. Merced á ella crecen los árboles, se llena el campo de verdor y se abren las flores. Si los rayos del sol caen sobre un arenal, la arena, después de calentada, devuelve al espacio por radiación la misma cantidad de calor que ha recibido; pero si caen sobre un bosque, la cantidad de calor devuelta es muy inferior á la recibida, porque la energía de una porción de los

citarse el enorme tronco fósil de un *Siringo dendron*, encontrado recientemente, en las minas de carbono de Bességes (Gard), de 3 metros de circunferencia, de 1,50 de altura, y que desde primeros del actual mes de Enero, figura en la colección geológica del Museo de Historia Natural de París.

haces luminosos se emplea en hacer crecer los árboles. Al inflamar un pedazo de carbon, el oxígeno del aire se une de nuevo á su querido carbono, y se produce una cantidad determinada de calor exactamente igual á la que el sol cedió, á la que el vegetal gastó, para que se formara el trozo de combustible.»

La luz del sol determina en las plantas la formacion de una sustancia llamada *clorófila*, en cuyas células se produce la descomposicion del ácido carbónico del aire, y por cuyo intermedio se aumenta sin cesar la cantidad de carbono que el vegetal contiene. El ácido carbónico penetra en la planta atravesando la cutícula que cubre la cara superior de las hojas, y se descompone en la sustancia indicada, produciéndose, cuando el vegetal está expuesto al sol, un volúmen de oxígeno sensiblemente igual al que el gas contiene y que es espelido. De los siete rayos diversos ó colores de que se compone la luz blanca del sol, el anaranjado es el que, siendo el más enérgico de los absorbidos por la clorófila, determina la descomposicion del gas. (Mr. Timiriazeff.) Probablemente tambien absorben los vegetales el carbono de las materias carboníferas acumuladas en el suelo en que crecen, segun los recientes experimentos del sábio Mr. Deherain, que sigue en esto la teoría de Saussure, Soubeyran, Hugo von Mohl y Sachs contra la opinion de Liebig, Boussingault y Grandeau. (Véase: *Origine du carbon des vegetaux*. Revue Scientifique.—Novembre, 1880.)

¿Y en cuánto tiempo se formó esa poderosa flora que abasteció los depósitos de donde se extrae el carbon de piedra? «La duracion del período de calma que siguió al levantamiento del terreno devoniano debió comprender gran número de siglos, porque segun el cálculo de Mr. Elías de Beaumont, todo el carbon que podrian suministrar los bosques actuales no formaria, á lo más, en la extension de las minas de carbon que se explotan, más que una capa de 16 milímetros en un siglo. Suponiendo, pues, la vegetacion antigua diez veces más activa que la nuestra, debieron pasar más de *ciento ochenta siglos* para que se formasen esos bancos de hulla de 30 metros de espesor, que se encuentran, por ejemplo, en el Me-

diodía de Francia.» (Leon Brothier. *Histoire de la terre.*) Asusta la consideracion de ese período de tiempo, y sin embargo, «las experiencias del físico Bischof sobre lá formacion de las rocas basálticas, parecen demostrar que para que se enfriaran éstas, desde la temperatura de 2.000 grados á 200 centígrados, fué necesario que trascurrieran trescientos cincuenta millones de años.» (J. Tyndall.)

En los terrenos hulleros no aparece una sola capa, indicio de una sola formacion, sino que se hallan tres, cuatro, doce, veinte y más, que indican que hubo otras tantas formaciones diversas y sucesivas. ¿Cómo se explica esto? Oigamos al geólogo A. Geikie:

«Las capas de hulla que fueron un dia verdes florestas en la superficie, se hallan hoy profundamente enterradas en el suelo. Expliquemos el hecho: La lis posicion en que se encuentran las capas en todas las minas, nos demuestra que lá extraña y colosal revolucion que determinó el hundimiento y enterramiento de los bosques no fué un hecho único, sino que debió repetirse muchas veces. En efecto, cada capa de carbon fué un campo distinto de vegetacion y de lozanía, calentado por el sol, cubierto de árboles y de colosales helechos. Además del testimonio de esta certeza, que nos ofrecen las capas, se encuentran en ellas, á veces, árboles petrificados en medio de los grés y de los esquistos, en la posicion que ocuparon cuando vivian. Sus raíces aún aparecen incrustadas en el suelo primitivo. Las capas inferiores son naturalmente las más antiguas. Las capas más profundas debieron ser enterradas antes de que creciesen las nuevas florestas en el mismo sitio. Se formaron, sin duda, en un vasto pantano inundado, cuando su suelo se hundió. La arena y el fango, acarreados por las aguas, se posaron sobre el bosque sumergido, constituyendo esas capas sedimentarias que, bajo la forma de esquistos y de grés, recubren la hulla. Esos sedimentos llenaron los pantanos, y, cuando su cenagoso fondo asomó á la superficie de las aguas, volvió á brotar sobre él una nueva floresta, semejante á la enterrada. Un nuevo hundimiento hizo desaparecer ésta; cubriéronla los sedimentos, y así sucesivamente, por ese movimiento de descenso, á intervalos, las

capas llegaron á muchos cientos y miles de profundidad durante la larga duracion de aquellos siglos.» Los levantamientos de los terrenos inmediatos les hicieron perder su horizontalidad, y las capas, no sólo se inclinaron hasta ponerse casi verticales, sino que se encorvaron y retorcieron en grandes extensiones, se quebraron aplastándose en otras, se interrumpieron en muchos puntos, y hasta se acumularon varias en una sola. Tal es la diversa forma en que para desesperacion y gran trabajo de los mineros suelen presentarse. Como no todas las capas enterradas estuvieron sometidas á las mismas condiciones de temperatura, presion y otras circunstancias, resultó que en la combustion subterránea que las trasformó en hulla, adquirieron diversas cualidades, segun la mayor ó menor cantidad de carbono, ó de compuestos hidrocarbonados, con que quedó constituida su masa, por lo cual la naturaleza y las aplicaciones de los diversos carbones que se extraen en una misma mina varían sobre manera. Prescindiendo de las antracitas ó carbones secos, antiguos, procedentes de las formaciones silurianas y devonianas, que se queman sin llama ni produccion de gases, pero con gran desprendimiento de calor, hay: hullas *duras*, las de las capas inferiores, que dan poca llama, mucho calor y pocos gases, y que se usan por los hornos; hullas *aglutinantes*, con ménos carbon y más materias volátiles, á propósito para forja's y talleres de herrero; hullas *crasas*, con ménos carbon y más sustancias gaseosas proporcionalmente, que se emplean para fabricacion del gas y del cok, y hullas *blandas*, que encierran la mitad próximamente de cada especie de dichos componentes, que dan llama larga y no se aglutinan, usadas en los hornos de parrilla. Hay, además, carbones de terrenos más modernos, como el lignito y la turba, que tienen tambien muy excelentes aplicaciones.

El lector preguntará sin duda: y puesto que tan espléndida y grande fué la flora que, constituyendo aquellos bosques, vino á formar los carbones, ¿no hubo en esa época vida animal? ¿No hay restos fósiles animales en la hulla? Precisamente corresponden á este período los extraños restos petrificados de ciertos reptiles saurios, mitad reptiles, mitad peces, im-

perfectos como tales, pero que pueden representar perfectamente en los estudios transformistas el punto de partida de la bifurcación de las razas animales en razas terrestres y razas acuáticas. En la calcárea carbonífera, no solamente se hallan restos de tales seres de transición, sino que abundan mucho sus escrementos fósiles, llamados *coprolitas*. Hay, además, en los terrenos hulleros moluscos lacustres, como los Unios; marinos, como los Nautilus, Spirifer, Orthoceras, Amonites, Pecten y algunos Microconcos y Cipris. La tarea del estudio de la clasificación, importancia y significación de los fósiles, entra hoy en un nuevo campo de investigaciones, que han de variar por completo el aspecto bajo que se les consideraba, y que servirán para determinar, de un modo concreto y mucho más científico que el presente, la naturaleza geológica de cada comarca. El sabio jefe del instituto geológico de Austria, Mojsisovics von Mojswar, en sus recientes trabajos, comprendiendo que á determinadas condiciones físicas corresponden también determinadas relaciones de vida y formaciones fijas de rocas, define así las *facies* geológicas: «Conviene entender que esta palabra expresa las relaciones de las condiciones físicas exteriores, con la naturaleza de los sedimentos y el medio en que se desarrollaron los seres organizados. Comarcas biológicas vecinas pueden presentar las mismas facies, y entonces de seguro que se componen de los mismos depósitos minerales, y que contienen las mismas familias ó grupos de organismos. No deben comprenderse bajo esta denominación las diferencias de orden puramente geográfico, ni oponerse con ella las formaciones marinas á las terrestres.» Las facies dependen sólo de los fenómenos *corológicos*. La corología es la parte de las ciencias naturales que trata de las áreas de distribución de los organismos en la superficie del globo (Hæckel). Para que las clasificaciones sean exactas deben estar basadas en el conocimiento de estas condiciones. El citado sabio Mojsisovics ha aplicado estos principios al estudio geológico de los Alpes, del Tyrol y del Veneto. Según él, las condiciones corológicas se estudian en tres grupos: 1.º Por la naturaleza del medio en que se ha verificado la formación geológica; 2.º por la region, y 3.º por las condiciones físicas de

lugar, dividiendo las regiones en Heteromésicas é Isomésicas; las provincias de cada una de ellas, en Isotópicas y Heterotópicas, y cada una de éstas en *facies* Isópicas y Heterópicas. La corología, aunque complica bastante la tarea del geólogo, puesto que le obliga á buscar para cada formacion la naturaleza y las condiciones físicas del medio, para poder indicar con seguridad las áreas de distribución de los seres organizados en cada época, marca el único camino que debe seguirse para llegar á establecer la historia verdadera de los fenómenos que se han sucedido en la superficie del globo, objeto final y esencial de la geología. Cuando estos estudios se generalicen podrá hacerse con racional fundamento la clasificación de nuestro suelo montañoso palentino, en el que es grande la abundancia de fósiles de todas las formaciones. (Para mejor conocimiento de esta nueva fase de las prácticas geológicas, véase la obra reciente de V. Mojsisovics: *Tie Tolo-mit-Riffe von süd Tivol und Venetien Beitrage zur Bildung's geschichte der Alpen.*)

Ya queda expresada la extension que ocupa en nuestro suelo la formacion carbonífera, cuyas principales capas de explotación se encuentran en Barruelo de Santullan y en Orbó. Además, desde hace largo tiempo está empezado, aunque en pequeño, el laboreo de esos mismos yacimientos en San Cebrian de Mudá y hay minas de carbon denunciadas tambien: en San Martin y Parapertú, en Herrerueta, en Celada de Roblecedo, en Bañes, en San Salvador de Cantamuga, en Lores, en Vergaño, en Guardo, en Rabanal de los Caballeros, en Respenda de la Peña, en Dehesa de Montejo, en Redondo, en Valdegama, en Castrejon y otros puntos. Abundan así mismo los indicios de la existencia de filones metálicos en los diversos puntos de las formaciones geológicas indicadas, y se han denunciado, entre otras minas, las siguientes: De *hierro*, en Bañes, Ventanilla, Respenda de la Peña, Villanueva de Henares, Barrio de San Pedro, Matamorisca y Cervera. De *cobre*, en Estalaya, Bañes, Carracedo, Dehesa de Montejo, Celada, San Martin de los Herreros, Ventanilla, Castrejon, Resoba, Rabanal de las Llantas, Matamorisca, Cervera y Ruesga. De *calamina*, en Redondo, Bra-

ñosera, Triollo, San Martín de los Herreros, Ventanilla y Celada. De *plomo*, en Camporredondo, Triollo, San Martín, Celada y Alba de Cardaño. De *antimonio*, en Ventanilla y Resoba. De *zinc*, en San Salvador de Cantamuga, Redondo y Ruesga. De *lignito*, en Lomilla y Gama. En las colecciones mineralógicas que poseen algunos particulares, se encuentran como ejemplares curiosos procedentes de esta montaña: Areniscas micáferas inferiores al conglomerado de Barruelo; granate-almandina, cobre rojo y chalcopirita, malaquita, hierro pardo y bellas cristalizaciones de roca granatífera con fespato calizo de Bañes; galena con pirita de cobre, azurita, cuarzo litoideo cristalizado y antiguas escorias de plomo de Ruesga; blenda, malaquita y galenas del Pando; hierro, limonita, cuarcita romboédrica, y hullas de Valdecastro, de Guardo; hierro oligisto de Ventanilla; marcasita, cuarcita y mármol de Cervera; caliza fibrosa, caliza jurásica semi-litográfica de Aguilar; caliza espática de Cillamayor, dolomía estactiliforme de Valdefuentes; caliza carbonífera con cobre de Valsadormin; preciosos ejemplares de madera fósil, lignito del terreno cretáceo de Becerril del Carpio, y calizas coraliiformes, cristalizadas, concrecionadas y de otras diversas formas del interior de las numerosas cuevas que se pueden visitar en esta cordillera. El instituto de segunda enseñanza de Palencia posee también una buena colección de estos ejemplares, que fueron recogidos y clasificados por el estudioso ingeniero de minas, autor de la notable obra *Carbones minerales de España*, D. Roman Oriol, y aguarda la interesante colección estudiada y preparada por el ya citado ingeniero D. Gabriel Puig.

A los severos estudios mineralógicos y geológicos dan agradable descanso y variedad las contemplaciones de la prehistoria, de la antropología y de la historia, cuyos recuerdos pueden formar en la montaña un delicioso álbum.

La educación moderna exige que el hombre de ciencia no sea un ser grave, ensimismado en sus difíciles y lucrativos estudios, negado á todo lo que no se llamen observaciones, análisis y números. Nuestro insigne maestro J. Tyndall, por ejemplo, á pesar de ser uno de los primeros físicos de la épo-

ca, figura como uno de los hombres de letras más distinguidos de Inglaterra; Wurtz es eminente en su laboratorio y en sus vastos conocimientos literarios; Helmholtz, Dubois Reymond y S. V. Thomson brillan tanto en sus obras por ser sábios de primer orden, como en los círculos académicos por su competencia en otros conocimientos de muy variada índole. Y es la verdad, que nada proporciona más placentero descanso al espíritu, despues de la tarea del gabinete ó del observatorio, que la amenidad de las letras, de la historia y de las bellas artes. Cuando recorrais la montaña investigando los yacimientos mineralógicos, ó estudiando la distribución forestal, para ver qué regiones convienen á la explotación minera, ó cuáles de los dilatados eriales deben repoblar-se de especies arbóreas, no dejeis de gustar el indescriptible encanto que sabe hallar el hombre culto al contemplar esas fases de la historia de nuestro pueblo, que están escritas en seculares caracteres de piedra. Al lado de Barruelo os ofrece Brañosera casas de la duodécima centuria, Revilla un delicioso portal románico en su iglesia, otro Mata-albaniega y Aguilar de Campoó sus recuerdos hebráicos, su ruinoso castillo, sus curiosas ermitas, y su destrozado monumento de Santa María la Real, dechado de bellezas románicas en su incomparable claustro, hoy criminalmente deshecho y hundido y sin restauracion posible. Mudá tiene su famosa peña: «toda hueca,» como allí se dice, con restos de antíquisimas viviendas, con raros vestigios que los vecinos guardan. Cervera en su verde y pintoresca vega os brindará cien curiosas escursiones; Fuentes de Ruesga sus maravillas naturales; Lebanza su recóndita abadía, Rabanal de los Caballeros la casa en que nació el insigne historiador Lafuente; Pison de Castrejon su notable templo románico; La Pernia sus históricos rincones, y Campo Redondo sus cuevas con antiguas inscripciones y con ámplio espacio para las investigaciones prehistóricas, ni siquiera iniciadas en esta comarca y que están llamadas á formar curiosísimos capítulos de los primeros tiempos de nuestra patria. En las agrestes escursiones pueden irse explorando los yacimientos prehistóricos y los asilos trogloditas, pueden recorrerse las vías y puentes de la

época romana, es fácil tomar detallada nota del desarrollo del arte en los siglos X, XI y XII en sus reducidas iglesias, en las modestas y típicas espadañas de sus campanarios y en los objetos que aún se conservan; y prestan además excelente motivo de estudio, la distribución y forma de las villas, sus restos arqueológicos, sus tradiciones, sus fortalezas y en una palabra, ese armónico conjunto de interesantes datos casi olvidados, á los cuales apenas se da importancia alguna y con cuyo estudio puede el hombre inteligente reconstituir, en gran parte, la poco conocida historia de nuestro pasado (1).

II.

ASPECTO ACTUAL.—DESCRIPCION.—PERTENENCIAS. EL TRABAJO EXTERIOR.

Barruelo era hace poco más de veinte años una ignorada y pobre aldea, escondida en un estrecho valle de los montes, compuesta de nueve humildes casuchas y de una reducida iglesia. No conocían su nombre más que los habitantes de aquella parte de la montaña. Por Barruelo no se iba á ninguna parte, ni de Barruelo salía apenas nadie con dirección á punto alguno del mundo. Hecho el descubrimiento del

(1) Entre las ciencias complementarias de la antropología, en la lingüística una de ellas, pueden hacerse curiosas investigaciones respecto á las etimologías de muchos nombres, que aún se conservan en ambas vertientes de esta cordillera que describo. Por ejemplo, son términos de procedencia ibérica los siguientes, tomados entre otros cuarenta semejantes: Orbó, *Or-bé*, al pié de la altura; Guezura, *Guezuria*, altura blanca; Olea, sitio de la ferrería; Elecha, casa del ganado; Barago, *Bada-go*, camino alto; Igero, paso elevado; Meadoria, punto angosto, ó Mendoria, otero; Caorras, Gal-orra, altura libre, abierta; Guinea (cerro de), extremo; Andara, valle grande; Urdon, agua buena; Pisuerga, Bizu-errecá, rio de dos puentes; Argobia, debajo de las peñas altas; Basieda, Monte suave, etc. etc.

carbon por el cura de Salcedillo y constituida en Reinosa la sociedad explotadora, empezó á figurar en los mapas, hácia el año 1848 la *casa de Collantes*, con el símbolo minero, donde ya desde 1845 se explotaban los yacimientos de hulla. Aquel edificio era todavía en 1856, cuando se habian arrancado á la tierra cerca de 30.000 toneladas de combustible, el único lujo y la única innovacion del antiguo pueblo. Componíase la casa, situada á la márgen izquierda del Rubagon, frente á la entrada de la mina *Bárbara*, de una sencilla construcción con piso bajo y principal, con una extensa galería al Sur, delante de la cual se extendia la huerta. Detrás de la casa y pasado un amplio corral, habia otra reducida vivienda donde se instaló la administracion. Al otro lado del rio y más al Norte, se veia la entrada de la mina *Porvenir*, que ya en 1857 contaba con una galería de 900 metros, y á su lado, frente á Barruelo, se alzaban varios cobertizos destinados al abrigo de la numerosa carretería con que se efectuaba la conduccion de combustible á Alar. En ese tiempo era ingeniero director de la explotacion D. Rafael Gracia Cantalapiedra, quien tenia á sus órdenes un administrador y un escribiente. Los señores Collantes y D. Angel Barroeta vendieron las minas al *Crédito Mobiliario Español* y éste á su vez á la *Compañía de los ferro-carriles del Norte*, que ha denunciado algunas más y que es la que ha dado á Barruelo su poderosa vida.

¡Cuán variado se presenta su aspecto actual! El ferro-carri-minero de Quintanilla de las Torres á Barruelo, construido en 1864 y que une las minas con la red general de las de la compañía del Norte, pone al visitante en el muelle de la nueva y próspera poblacion en breves minutos, despues de pasar por las inmediaciones de Menaza, Nestar, Villavega, Cillamayor, Orbó con sus notables minas de carbon, Porquera y Revilla. La cuenca del Rubagon se concentra en angosto valle, que cierra por el Norte la cordillera pirenaica, y allí, robando terreno á las laderas, á la izquierda de la corriente se alza la extraña y curiosa perspectiva del gran centro industrial. Al llegar á Barruelo se ven al otro lado del rio las escombreras, formadas por negruzcos y relucientes esquistos amontonados, que apenas caben ya en el valle, y cuya su-

perficie humea constantemente por la combustion que en contacto del aire sufren las piritas de hierro en descomposicion. El agua del Rubagon avanza negra por haber lavado centenares de toneladas de combustible; pero bien pronto se decanta, posa y aclara en dos grandes depósitos, marchando por su cauce adelante tan limpia como entró en el pueblo. Numerosas filas de rails componen enlazadas vías, sobre las que se forman los trenes carboneros, y frente á la entrada de este animado muelle, pavimentado de negro y húmedo barro de carbon, como todo el suelo del pueblo, se alza el magnífico horno Appolt donde se fabrica el cok, con sus múltiples filas de parrillas, sus cuatro chimeneas en los ángulos, sus wagones férreos de carga, sus regaderas de enfriamiento y sus galerías de servicio. Más arriba del horno, en la ladera, delante del camino de Orbó, hay un grupo de casas de bueno y regular aspecto: es el barrio *del Perchel*. Siguiendo hacia el pueblo, y enmedio de otras construcciones, se ve una extraña y elegante torre oscura piramidal, rematada por esbeltos adornos y en cuyo frente se lee: *Pozo Bárbara, 1877*; es el castillete que cubre la bajada de la mina de ese nombre, dentro del cual se mueven los férreos cables que suben y bajan sin cesar las cajas cargadas ó vacías de combustible y de agua, desde una profundidad de cerca de cien metros, impulsados por dos poderosas máquinas de vapor, situadas en otro edificio más alto, que se eleva pocos metros más atrás. Este castillete, que hoy tiene 11 metros de altura, será sustituido en breve por otro de 25, con objeto de poder sacar los escombros á la inmediata ladera, porque ya no hay espacio en el valle para colocarlos. Al lado de este pozo se encuentra la bocamina y galería del mismo nombre, explotada por los señores Collantes y que hoy sirve de vía de servicio y ventilacion. Delante del castillete y sobre el muelle, se ven los restos de los antiguos hornos del sistema Aubin, que sirvieron para hacer cok. Inmediata se alza la negra y fea mole y la chimenea de la antigua fábrica de aglomerados, sistema Middleton, que funciona hace diez y siete años. Avanza hasta las vías férreas con su esbelto trazado y su elegante chimenea de 30 metros de altura, la nueva fábrica sistema Bouriez,

más allá de la cual está la subida desde la vía al pueblo. Otro edificio raro, una especie de esqueleto regular y negro, que sostiene una amplia techumbre se divisa después; es el secadero, á cuyo piso principal se ven ascender los wagoes-tolvas cargados de menudo carbon húmedo.

A su lado se alza el lavadero Evrard, de dos pisos, con sus chimeneas y el intermitente colosal resoplido de sus cilindros de compresion, y delante de él, pasada la calle que surcan pequeños rails, sobre el límite de la vía férrea, se vé el lavadero viejo Berard con su fachada encuadrada de ladrillo rojo, su rara ornamentacion y su torrecilla del reloj. Detrás de este primer término del cuadro, se alza en la ladera el característico caserío del nuevo Barruelo, con sus cuarteles de blancas fachadas y extensas galerías encarnadas, la casa de la Direccion con su galería-invernadero y sus jardines, las casas particulares, el nuevo y severo Consistorio, y detrás el monte, el barrio de la Cuesta, la Dehesa y los altos de Juan Japero. En la margen derecha del Rubagon, además de algunas cuadras y cobertizos, están la boca-mina *Porvenir*, los talleres de reposicion, el primer plano inclinado y polea del tranvía, los altos de Elechar, y sobre la orilla misma, el barrio de *Triana*. Cierran el valle por el Poniente los altos de Villavellaco, que dan sobre el valle de Barbadillo, y no tiene más luz, más aire ni más alegría Barruelo, puede decirse, que la que recibe de la cañada abierta al Mediodia, por donde el ferro-carril avanza, y al término de la cual cierran el paisaje el alto caserío y la iglesia de Matabuena.

Ocupando, como parte mínima, todo el espacio del pueblo, y dilatándose por su término jurisdiccional y los de Brañose-ra, Revilla, Orbó y Valle se extienden las 24 concesiones mineras de Barruelo, que comprenden 1.607 hectáreas. En la línea NO. á SE., que es la que siguen las capas de carbon, y marchando de este rumbo á aquél, ocupan las minas y sus pertenencias este órden: Minas: *Competidora*, *Abiércoles*, *Estrella de Elena*, *Elvira*, 2; *Jovita de Perazalce*, 4; *Morena*, *Brígida*, *Dolores*, *Carlota*, 3; *Leopoldina*, 4; *Eugenia*, 129; *Barbara*, 3; *Mariana*, 46; *Porvenir*, 4; *Union*, 4; *Antoniana*, 4; *Jovita*, 3; *Joaquina*, 158; *Ernestina*, 4; *Mercedes*, 4; *Nagel Ma-*

ker, 3; *Petrita*, 4, *Resucitada*, 2; *Conchita*, 2; *San Joaquín*, 2; *Santa Bárbara*, 3; *Anita*, 2, y *San Buenaventura*, 415. No todas están en explotación, y no en todas se trabajan las mismas capas, como más adelante se verá.

De lo primero que puede más fácilmente hacerse cargo el observador que visita á Barruelo, es de la industria *exterior*, que comprende: los lavaderos, el secadero, las fábricas de aglomerados, el horno del cok y los almacenes y talleres.

Lavaderos.—El gran lavadero, sistema Max Evrard, ocupa un extenso edificio situado cerca de la boca-mina *Porvenir* y del pié del tranvía, que baja el carbon de las minas altas. Los wagones-tolvas, que conducen el mineral, lo vierten en una ancha parrilla, donde varias mujeres separan los trozos más grandes para la venta al comercio, y los trozos grandes de esquistos también, que van á la escombrera.

El menudo, que pasa al través de la rejilla, es recogido por los cangilones de hierro de una cadena sin fin que los eleva al piso segundo, el más alto del lavadero, por el impulso de una máquina de vapor de 5 atmósferas. El carbon cae allí sobre un tambor cedazo, que gira con gran velocidad y que separa los pedazos mayores, del resto. Aquéllos marchan al taller del escogido, y éste cae en una gran caja para ser lavado, cuya operacion se ve efectuar en el piso principal. Abierta la válvula de dicha caja, caen el carbon menudo y los esquistos á un gran cilindro, en el interior del cual y por el sencillo movimiento de una palanca, que dirige un muchacho, se eleva el agua comprimida por el vapor, en cuyo líquido queda el mineral en suspension, separándose automáticamente en relacion á su mayor ó menor densidad, en diversas capas, de modo que el polvo fino queda encima, el menudo debajo, debajo el más grueso, y más abajo aún el esquisto. Una vez hecha la sedimentacion regular por densidades, el muchacho mueve otra palanca, el todo se eleva, viértese el agua, que aún contiene un 80 por 100 de carbon, y que va al decantador para aprovecharlo, y aparece la masa lisa y húmeda del carbon perfectamente clasificada y lavada. Muévase otra palanca y avanza entónces una especie de wagon recogedor sin fondo, que empuja hácia adelante la pri-

mera capa de carbon menudo, haciéndole caer en los wago- nes-tolvas, que aguardan en el piso bajo para conducir el mi- neral al secadero. Un movimiento inverso de las palancas vuelve el mecanismo á su estado inicial, cae de la criba más cantidad de carbon, y la operacion empieza de nuevo. Los esquistos no se sacan de cada carga, sino que se dejan los de tres ó cuatro para verterlos juntos. El mecanismo inte- rior de este admirable aparato es el siguiente: Dos grandes calderas preparan el vapor que ha de comprimir el agua. Llega ésta al lavadero por un dilatado conducto de madera que la toma del Rubagon fuera del pueblo. En dos cilindros casi incrustados bajo el piso ordinario, hay agua tomada de aquel conducto y que los llena casi hasta la parte superior. El gran cilindro donde se mueven el tallo y el émbolo ele- vador tiene tambien agua hasta la misma altura, rodeando al cuerpo de bomba en que sube y baja el tallo. El vapor, á 8 atmósferas, penetra por la parte superior del cilindro me- dio, y para que no se condense al contacto del agua fria, encuentra una pieza de hierro suspendida y circular, que no toca á las paredes del cilindro y por cuyo intermedio trasmite su presion á la capa de aire que hay debajo y ésta á el agua, la cual empuja y eleva en el otro cilindro principal el émbolo, el líquido y el mineral lavado. A cada carga se acu- mula nueva cantidad de vapor en el cilindro impulsor, y cuando despues del lavado de varias está lleno, se le da sali- da de una vez, por la parte inferior, produciéndose ese ruido característico de la expansion en grande escala, que tanto se nota en la industria de Barruelo. Detrás de la boca supe- rior del cilindro lavador, hay otro horizontal de pequeño diámetro que impulsa al wagon que recoge, arrastra y vierte el carbon lavado.

Para mover este colosal mecanismo, bastan un maquinis- ta, un fogonero y dos mozos. Una señorita puede dirigir la operacion dando movimiento á las cuatro palancas de la sen- cilla meseta del piso principal, con la comodidad y limpie- za más perfectas. La máquina Max Evrard lava cada diez minutos una carga, y puede producir 400 toneladas diarias de hulla lavada, al precio de *1 real* por tonelada. El agua con

carbon en suspension, pasa á los cangilones de una cuerda sin fin, que la vierten en un gran decantador, donde se agita una rueda de paletas para que no se forme barro, y desde donde el líquido, despues de limpio, marcha á unas grandes balsas colocadas detrás del secadero. El sedimento que queda se vierte en wagones y es conducido á las balsas del secadero para ser allí evaporado. El reconocimiento de la perfeccion del lavado se hace por un método volumétrico poniendo en suspension en cierta cantidad de una disolucion de sulfato de zinc un volúmen dado de la masa lavada, la cual, por la relacion de densidades que hay entre la hulla, el esquisto y el indicado líquido, se divide en dos partes, ocupando la superior la hulla, y la inferior el esquisto, y pudiéndose apreciar instantáneamente si el lavado está bien ó mal hecho. El lavado le quita al carbon gran parte de sus cenizas, dejándole con un 5 ó 6 por 100 solamente. Los trozos de carbon de segunda clase, que han sido separados por la criba superior, son escogidos y apartados por varias mujeres que sentadas en el suelo los separan de los esquistos, al peso, en la mano, con solo cogerlos.

Frente á este lavadero nuevo está el viejo, sistema Beerard, compuesto de una máquina de vapor y de dos aparatos, que lavan de 100 á 120 toneladas diarias, produciendo 65 de hulla lavada, con seis á siete de ceniza y con un coste que no pasaba de cinco reales tonelada. Fué el que se usó hasta 1878 en que empezó á funcionar el descrito. El de Beerard no limpiaba bien y necesitaba mucha gente, puesto que hoy se lava cinco veces más cantidad empleando cuatro operarios, en vez de 14 que aquél ocupaba. En este mismo departamento se halla el horno de ensayos de calcinacion de los carbones, compuesto de varias muflas, en cuyas cápsulas se calcinan 25 gramos de cada muestra, que no deben dar más del 8 por 100 de cenizas. Un empleado con su balanza de precision y su libro, de constantes registros, hace este especial trabajo ántes de que los carbones salgan de Barruelo. Como el mineral que se destina á la fabricacion del gas y á las máquinas fijas de las líneas se seca durante el recorrido, se embarca directamente despues de lavado, pero no así el

que se emplea para la fabricacion de aglomerados ó briquetas el cual pasa á los

Secaderos.—Son de muy sencilla pero ingeniosa instalacion, compuesta de un extenso cobertizo abierto al aire libre por sus lados, y de dos cuerpos, uno principal, á donde se elevan por medio de un ascensor impelido por el agua que el vapor comprime, los wagones-tolvas, que cargados de lavado menudo y de agua con carbon, avanzan por él sobre rails y en dos vías para verterlos, aquél, en el piso inferior, donde en monton se seca, y éste, en una extensa balsa donde el carbon en suspension se concentra y se posa. El barro que resulta en este último depósito se coloca sobre un extenso horno en que el fuego evapora el 25 por 100 de agua, que aún contiene. Una cañería subterránea separa las aguas infiltradas en la extension del secadero. Toda esta cantidad de combustible que contiene el agua, y que es, como se ha dicho, del 80 por 100 de su volúmen, se perdía en los antiguos sistemas de desecacion. El menudo, ya seco, marcha en otros wagones á las

Fábricas de aglomerados.—La nueva del sistema Bouriez funciona desde 1878, produciendo cada veinticuatro horas 220 toneladas de aglomerados y lavados, al precio de 60 reales cada una. Antes de entrar en ella se ven los depósitos de brea y alquitran que se mezclan con la hulla para la fabricacion. Un pequeño molino pulveriza la brea ántes de emplearla. En la fábrica situada al nivel de la vía férrea, el mecanismo recibe su movimiento del impulso de una poderosa máquina de vapor, alimentada por dos grandes calderas de 90 caballos de fuerza, que tienen 15 metros de largo cada una y dos parrillas de cinco metros cuadrados de superficie. Sostiene su tiro, sobre un zócalo monumental, una chimenea de 30 metros de altura y de 1,20 de luz en su cima. La brea y la hulla en la proporcion respectiva de 7 y 92 por 100 se mezclan por el movimiento regulado de dos ruedas de velocidades distintas, cuya mezcla sube por los cangilones de una cuerda sin fin á un gran cilindro, á donde llegan tambien el alquitran en la proporcion de un $\frac{1}{2}$ por 100, y el vapor de agua. Este derrite la brea y cae la pasta á un depósi-

to, en el que unas ruedas de paletas renuevan tres veces la mezcla. Dos árboles acodados, de admirable disposición, dan movimiento á los moldes, de los que salen dos verdaderas vigas de aglomerado ya hecho, que avanzan lenta y paralelamente al compás de los émbolos, en una extensión no interrumpida de 15 metros. En este curioso recorrido, que sorprende sobremanera al observador, los aglomerados se enfrían, y como no están perfectamente soldados, porque durante el movimiento de retroceso del émbolo, cada aglomerado sólo se une aparentemente al anterior que ha salido del molde, basta la débil presión que hace un obrero al extremo de esta viga sobre un pequeño resalto, para que ésta se vaya partiendo en trozos iguales, que caen sobre un ancho cable sin fin de dos bandas, desde donde pasan sin cesar á dos wago- nes siempre preparados á la carga, en el cobertizo mismo del muelle. Como el movimiento y la producción son constantes, los obreros no pueden descuidarse un sólo momento, porque las briquetas ó conglomerados partidos caerían entónces fuera de su sitio. Estos conglomerados son el gran combustible para las locomotoras, y en el que se emplea en todas las líneas de la compañía del Norte. El peso de cada briqueta es de 8 kilogramos. La fábrica del sistema Middleton ó vieja, está situada detrás de la anterior, y se compone de dos aparatos movidos por el vapor, que en moldes aislados y sobre una superficie circular producen 50 toneladas cada doce horas, al precio de 90 rs. Este aparato, sumamente costoso, es de los primeros que se hicieron, y funciona, como he dicho, hace diez y siete años. La máquina horizontal es de 15 caballos de fuerza y la elaboración requiere muchos operarios.

Tanto el lavadero Evrard, como la fábrica de Bouriez, constituyen dos instalaciones monumentales, dignas de ser visitadas y estudiadas por todos los ingenieros y personas de alguna ilustración, y demuestran los poderosos medios con que cuenta la Compañía del Norte, puestos á disposición de una industria tan vasta como la de Barruelo, que la surte de combustible para todas sus necesidades. De la primera sólo hay aparatos semejantes en los grandes centros industriales

de Montcel-Sosbiers y Roche la Moliere; y de la segunda tan sólo se ha construido otra para una importante region minera de Bélgica. Barruelo es, pues, en España, una escuela incomparable de minería hullera, para cuantos quieran estudiar.

El horno Appolt para la fabricacion del cok, es una vasta construccion de ladrillo, dividida en cuatro pisos, con el inferior, que contienen 18 retortas verticales, donde se calcina la hulla. La ventilacion de los hornillos está perfectamente distribuida, y el tiro de la combustion se regula por cuatro grandes chimeneas situadas en los ángulos de la obra. La combustion dura veinticuatro horas, en las que se fabrican ocho toneladas de cok. Como que para hacer éste se pierde el 35 á 40 por 100 de la composicion de la hulla, no se fabrica para la venta pública, sino para las necesidades de la compañía. Los wagones-tolvas de hierro vierten el mineral por la parte superior del horno, y una vez obtenido el cok se hace caer en otros wagones semejantes, en los cuales se apaga con chorros de agua fria. Antes se hacia el cok al aire libre, por cuyo medio obteníase sólo el 20 por 100; despues se usaron los hornos Aubin, que daban un 45, y hoy, en el horno Appolt, se utiliza hasta un 65, con un gasto de 20 reales por tonelada.

Entre estos diversos establecimientos están distribuidos los talleres de carpintería, herrería, lampistería y otros, que constantemente se ocupan en la reposicion del material interior y exterior de las minas. Delante de la casa-direccion están los almacenes con su oficina de registro y sus grandes existencias de materiales, herramientas, lámparas y utensilios, ocupando un espacio de tres pisos. En un patio inmediato se ven los depósitos de cal hidráulica, ladrillos, petróleo para el consumo del alumbrado exterior y aceite para las lámparas del interior, y de cuya sustancia se consumen siete arrobas diarias.

El visitador de las minas, inteligente ó profano, camina, pues, de sorpresa en sorpresa, al ver cómo, despues de pesados todos los wagones que llegan de los arranques, con su número de órden, mina, galería y capa, se separan el combustible y sus esquistos en cinco clases, se lavan á razon de

3.000 kilogramos cada diez minutos, y están dispuestos á embarcarse, ya clasificados, á los quince de haber salido de las profundidades de la tierra. Admírase al ver con cuánta economía de tiempo, de fuerza humana, de espacio y de dinero se realizan, tanto las operaciones anteriores como las de la fabricación de aglomerados, y comprende que, si bien es necesario hacer enormes desembolsos, posibles sólo á ricas empresas, para la instalación de estas colosales máquinas, pueden resarcirse en breve tiempo los gastos, siempre que se apliquen tan admirables adelantos de la industria á la explotación de criaderos de la importancia de éste, y siempre que en la dirección y marcha de la industria presidan el orden, el método, la severidad en el cuidado de los aparatos y la economía más inexorable en el uso del tiempo. Las máquinas consumen un alimento que las mismas minas dan; la montaña presta aguas abundantes, y es claro, con carbon y con agua, con calor y con vapor las maravillas que se pueden obtener de las dóciles fuerzas de la naturaleza, sometidas al dominio de la inteligencia, son incalculables. Contemplando estas grandes instalaciones, se entiende cuánto valen el tiempo, el estudio y el trabajo, cuando que tratan de dar valor al dinero, más dócil aún que las energías naturales, en cuanto á poder ser dignamente utilizado á nuestra voluntad, y en cuanto á poder trasformar en breve tiempo la condicion de los pueblos y de las familias. La admiracion que causan en el ánimo estos mecanismos en movimiento, va seguida siempre de un vivo deseo de ahondar más y más el misterio de la industria minera; despues de estudiar los milagros del arte y de la mecánica, se siente necesidad de estudiar las maravillas de la naturaleza en sus oscuros senos. La curiosidad, creciente á cada momento, nos lleva á visitar las minas. Marchemos, pues.

(Se continuará.)

RICARDO BECERRO DE BENGEOA.



ALGUNAS CONSIDERACIONES
SOBRE LA
LITERATURA DRAMÁTICA EN GENERAL
Y SOBRE LOS TEATROS MODERNOS, CASTELLANO Y CATALAN,
EN PARTICULAR (1).

I.



Si estudiamos con atención y detenimiento la literatura dramática de los diferentes pueblos antiguos y modernos, y su influencia sobre la educación y las costumbres; si nos convencemos de que no existe en la tierra nación medianamente civilizada sin representaciones teatrales, concederemos que el arte escénico es una de las primeras necesidades morales del hombre social, y que mejor que la historia, que las leyes y que

(1) El presente artículo, cuya firma es harto conocida en la república de las letras, fué el último que escribió la ilustre publicista doña Matilde Cherner, á quien debe gallardas y no escasas producciones la literatura patria.

Su muerte prematura, ocurrida en esta córte á mediados de Agosto próximo pasado, priva á aquélla del concurso inteligente y hábil de una pluma correcta, amena, delicada, á veces profunda, espontánea siempre.

La Sra. Cherner, que encubria su nombre bajo el pseudónimo con que autoriza el presente artículo, ensayó con éxito sus singulares dotes de escritor

la religion, interpreta el teatro el espíritu y cultura de los pueblos.

La China, con su religion, tan sublime en la esencia y tan mezquina en la práctica; con su moral, tan severa en el fondo y tan acomodaticia en la forma; la China, tan sistemática, tan formalista, tan rutinaria, tan apegada á su estacionaria civilizacion, á la tradicional creencia de que es el pueblo más antiguo y más grande de la tierra, se muestra tal como es, tal como fué, tal como era ántes de la Edad Moderna, en su literatura dramática, fiel reflejo de aquel pueblo meticoloso, frio, egoista y ácompasado, que regula por leyes los actos más insignificantes de la vida.

La India, el pueblo de profundos pensadores, de atrevidos filósofos, de inspirados poetas; donde han nacido todos nuestros sistemas filosóficos; donde buscan y hallan su origen todas las religiones; donde la metafísica se eleva hasta lo absoluto de la afirmacion y desciende hasta el abismo de la negacion; donde el *ser* y el *no ser* están simbolizados por el emblemático *cevo*, que así representa la nada como lo infinito;

y filósofo, así en la novela como en el teatro, ya pintando costumbres ó refiriendo tradiciones, ya ilustrando puntos de crítica literaria ó emitiendo juicios en cuestiones de interés social.

Apenas existe publicacion, entre las más importantes de España, donde no haya colaborado. Jamás el sexo debilitó los bríos de su inteligencia, apta para todo género de especulaciones, ni contuvo el vuelo de su imaginacion fascinadora.

No tenemos noticia de que la Sra. Cherner haya escrito versos: sabemos, sin embargo, que su prosa es con frecuencia tan poética como el más inspirado poema.

Un drama deja inédito, que no hemos llegado á leer, pero que, por su pensamiento, á la vez trascendental y atrevido, hubiera hecho sensacion indudablemente, á haberse representado, cualquiera que hubiese sido el voto del público respecto de las condiciones escénicas de la obra.

Su novela *Magdalena*, publicada pocos dias ántes de morir la insigne autora, es un testimonio elocuentísimo del sutil talento de que estaba dotada.

Descanse en paz la que fué nuestra distinguida amiga. Al abandonar el mundo dejó, como recuerdo de su paso, valiosas pruebas de sus excepcionales méritos. Al insertar el último de sus trabajos, no hemos querido prescindir de rendirle este tributo.—J. U.

la India, ese pueblo tan antiguo y tan sábio, al que tenemos que pedir aún tanta luz, tanta ciencia, tanta enseñanza, se nos revela todo en su literatura dramática, la más grandiosa, la más original de todas las del mundo; con el inmenso desaliento de su terrible panteísmo; con el respeto que su creencia en la metempsicosis le inspira por todos los seres naturales; con la inquebrantable barrera de sus *castas*; con su misticismo, que concluye por anular la materia, concediendo al espíritu la absoluta totalidad del sér; con sus hermosas y amantes mujeres; sus venerandos y sábios anacoretas; sus héroes y semidioses; sus hadas, génius y demonios; con sus inagotables veneros de poesía y de belleza, que han explotado todas las literaturas del mundo.

El pueblo griego, el pueblo liberal y demócrata por excelencia, el más civilizado, el más ilustrado, el más cosmopolita de los pueblos antiguos; el destinado á trasportar á Europa toda la ciencia de los orientales; el depositario de todo el saber de los griegos y de los indios; la primera nacion que elevó á ciencia el arte de gobernar, dando vida á la que hoy conocemos con el nombre de *política*; el pueblo griego, oriental y occidental al mismo tiempo, que con una mano cogia á los caducos imperios del Asia lo que daba con la otra al naciente imperio romano; el pueblo griego dió vida á la literatura dramática en Europa, y el esplendente brillo de sus creaciones escénicas se refleja aún en nuestros teatros modernos.

La tragedia griega iniciada por Taspis, contemporáneo de Solon, y que estaba reducida á contar las alabanzas de los dioses, fué elevada por Esquilo, treinta y seis años más tarde, á tanta altura que en todos los escritores posteriores á él, no hallamos quien le supere, ni aún siquiera quien le iguale.

La inspiracion grandiosa del génio jigantesco de Esquilo nos ofrece en *Prometeo* al hombre en lucha abierta con la naturaleza, y cuyo espíritu, ambicioso, impaciente y altanero, encadenado á la materia, clama en vano al cielo para que le liberte de sus prisiones, y el negro buitre de la duda roe sus entrañas, que con nuevos anhelos le renacen incesantemente. En esta tragedia, la más sublime, si no la más per-

fecta de Esquilo, hay todo un mundo de ideas y problemas que sin cesar agitan la razón y la conciencia humanas.

Mas aún cuando la tragedia griega se inspiró en la religión, en la cual se han inspirado las literaturas dramáticas de todos los pueblos, en éste, tan eminentemente político y cuya constitución democrática le permitía llevar á la escena los asuntos nacionales, á las tradiciones religiosas, á los hechos de los héroes y semidioses, sucedieron bien pronto los asuntos contemporáneos, y sin hablar de Aristófanes, que en sus comedias *Las Nubes* y *Las Ranas*, inició ya el drama político-social, el mismo Esquilo, en su tragedia *Los Persas*, trató un asunto nacional y contemporáneo; avivando en sus conciudadanos el amor á la independencia y su valor para contrarrestar, en nombre de su libertad y sus sagradas instituciones, todo el poder de los vastos imperios del Asia.

La culta Grecia, cuyo sentimiento artístico no halló rival ni en la Roma de los Césares ni en la de los Papas; Grecia, cuyas escuelas filosóficas conservan aún su prestigio y preponderancia en nuestras universidades y academias; cuyos generales, cuyos políticos, cuyos oradores son aún los modelos que se proponen todas nuestras modernas celebridades, nos ofrece en los dos ramos de literatura dramática que cultivó, el trágico y el cómico, no sólo los verdaderos orígenes del teatro en Europa, sino un luminoso é infalible guía para estudiar sus costumbres, sus leyes, su civilización, sus vicios y virtudes públicas y privadas, su importancia social, su religión, su forma de gobierno, sus felicidades ó desdichas domésticas, el grado de estimación que alcanzaban las mujeres, las relaciones entre ámbos sexos, todo lo que puede dar idea del modo de ser de un pueblo.

Haciendo caso omiso del teatro romano, que sólo fué un débil reflejo del griego, vendremos ya á ocuparnos de la literatura dramática en los pueblos modernos, inspirados en los nuevos ideales que la religión predicada en el Evangelio ofrecía al arte, y haciendo suceder en ella al heroísmo de valor, de fuerza, de venganza, virtudes características de los pueblos antiguos, el heroísmo de amor, de abnegación, de sacrificio, inspirado en las sociedades con las nuevas doctrinas.

II.

Con la caída del imperio de Occidente, la invasión de los bárbaros del Norte y la predicación del Evangelio, la civilización romana desapareció casi por completo de Europa, y la literatura, en lucha abierta con los nuevos pueblos, las nuevas ideas y los nuevos idiomas, se refugió en los claustros y palacios, como asustada de las modernas sociedades. Rotos los resortes que movían la antigua sociedad, la nueva, inspirada en distintos principios, y harto sencilla y ruda para que la decrepita civilización, recogida en el bajo imperio, ejerciera la menor influencia sobre ella, tuvo que formar otras leyes, usos y costumbres, en consonancia con la nueva religión y el nuevo derecho social, impuesto por los conquistadores.

Si el politeísmo y las divinidades del Olimpo inspiraron á Esquilo, á Sófocles y Eurípides obras tan magistrales y sobrehumanas como las que constituyen su gloria y su inmortalidad, el cristianismo y la dulce figura de Jesús, naciendo en un pesebre y muriendo en un suplicio, infundieron en la naciente literatura esa idealidad sublime, esa gracia inefable, ese sentimiento patético, atributos del arte cristiano, que le distinguen y separan del arte pagano, y aún cuando ámbas literaturas, la antigua y la moderna, habían nacido al calor de las religiones, no marchaban, ni podían marchar por la misma senda, siendo tan distinto como era el ideal que perseguían.

Mas como la humanidad al adelantar en su camino procura siempre apoyarse en la huella trazada por la generación que la precedió, la literatura cristiana tomó sus primeros vuelos con las plumas de la literatura latina, y aparte de los *misterios* de nuestra religión representados en los templos, como la única manifestación del arte sucesivo hasta el siglo XIII, las primeras obras de carácter teatral profano fueron, en todo ó en parte, reminiscencias del teatro antiguo: díganlo entre nosotros las Eglogas de Juan de la Encina,

traducidas ó imitadas de Virgilio, y *Los dos Menemnos*, de Juan de Timoneda.

Seria aventurado, no habiendo historiador ni crítico que á tanto se atreva, careciendo, como carecemos, de los datos necesarios; seria aventurado fijar la época en que principiaron á representarse en Europa bajo el nombre de *Misterios* los que se hallan consignados en las Sagradas Escrituras.

Nosotros nos permitiríamos á asegurar que en todo el largo período que la historia distingue con el nombre de Edad Media, se dieron en muchos templos esas representaciones, que, nacidas al calor de la doctrina evangélica, echaron los cimientos de nuestra moderna dramática europea, nacida al abrigo de la religion.

De estos rudos ensayos no se ha conservado ni el más pequeño fragmento anterior á los siglos XII y XIII, en los que la representación de los *Misterios* estaba ya extendida en toda Europa, teniendo lugar dentro de las mismas catedrales y siendo á veces autores y actores las primeras dignidades del cabildo.

Y en corroboracion de lo dicho, apuntaremos que en la ley 34 de la primera parte de las *Siete Partidas* se prohíbe ya la representacion dentro de los templos de farsas y bailes profanos, y el que los sacerdotes y prelados la presenciaren y tomen parte en ella, así como se halla muy loable y digna de recomendacion la representacion de los misterios del nacimiento, aviso del ángel á los pastores, adoracion de los Santos Reyes, etc., etc., que como dice la citada ley: *Tales cosas como éstas que mueven al hombre á facer bien, ó á facer devocion en la fé, pueden las facer.*

Esta ley nos revela que en 1276, en que se terminaron las *Partidas*, existian en Castilla, además de las representaciones de los *Misterios*, las de otras farsas profanas, y que el sábio rey D. Alfonso no desconocia la poderosa influencia de tales espectáculos, que, por la fuerte impresion que producen en el ánimo, contribuyen á moralizar y suavizar las costumbres de los pueblos, pues así lo manifiesta cuando tan eficazmente recomienda aquellas representaciones que, segun él, pueden dar estos sanos frutos.

El primer drama moderno que se compuso en Europa, y de que tenemos noticia, fué escrito á mediados del siglo X por una mujer llamada Roswita, que en las soledades del cláustro, vigorizada su inteligencia con la meditacion y el estudio, sorprendida su imaginacion por dos literaturas tan distintas, como lo eran la latina y la cristiana; aconsejada únicamente de su fé y de su buen deseo, acometió la empresa de escribir, tomando por modelo á Terencio, las vidas de santos y vírgenes que sacaba del rico arsenal de los Evangelios apócrifos y de las leyendas, dejándonos en *Calimaco* el primer modelo del drama moderno, en el que la pasion, hoy único resorte de nuestra escena, empuja al protagonista de la obra hasta el más horrendo de los crímenes, cual es intentar la profanacion del cadáver de la mujer virtuosa que se habia resistido siempre á sus deseos.

Citamos esta obra y el nombre poco conocido de Roswita, no sólo para rendir un merecido tributo de admiracion á la modesta religiosa, que en época tan remota y atrasada nos dejó tan relevantes pruebas de su claro talento, no sólo para señalar el origen de nuestro drama moderno, en el que la accion está supeditada al sentimiento, sino para hacer ver la inmediata influencia de la religion sobre la literatura, y cómo la moral evangélica, secundada por las ideas caballerescas importadas por las razas del Norte, dió al amor, puramente sensual de la literatura antigua, ese carácter de exaltacion y de misticismo que tan atractivo lo hace á nuestra fantasía, é inspirándose en este concepto ideal del amor, nuestra literatura dramática ha concluido por imprimirlo en la sociedad y en los afectos, dándoles cierto refinamiento que, si á algunos talentos descarriados hizo caer en ridículo sentimentalismo, elevó á otros hasta hacerlos comprender lo infinito del sér, á través del sentimiento más poderoso que puede abrigar el alma humana.

Despues de Alemania, que es la nacion europea en que se conservan más antiguos fragmentos de las obras dramáticas de la Edad Media, conocidas con el nombre de *Misterios*, y de Italia, que en la comedia del cardenal Bibiena nos ofrece ya un acabado modelo del arte escénico, si bien

con no pocas reminiscencias del teatro antiguo, Castilla es, sin disputa, donde primero, y con más éxito, se dejó sentir lo que llamamos renacimiento de la literatura dramática, y donde ésta tomó más seguro y original vuelo.

Sin ocuparnos de las ya citadas églogas de Juan de la Encina, que dieron vida al diálogo escénico, vivo, apasionado, galano, tal y como lo cultivaron Lope y Calderon, mencionaremos, por ser obra poco conocida y su autor una de las glorias nacionales enterradas entre el polvo de nuestras viejas bibliotecas, del que acertó á sacarle el insigne Gallardo, mencionaremos el *Auto de la Pasion de Jesucristo*, del poeta salmantino Lucas Fernandez, impreso en Salamanca, con sus demás *autos* y *farsas*, en 1511, y representado, sin duda, con gran éxito en la catedral, llamada hoy *vieja*, de aquella ciudad. Esta obra, verdaderamente original y merecedora del calificativo de trágica, por más que en su forma no responda á lo que por tragedia se entiende, refiriéndonos á la clásica, lo es por lo patético y conmovedor del asunto, lo sublime de la exposicion, en medio de la sencillez de los conceptos y lo acabado del cuadro, que la convierten en un modelo digno de estudio y consideracion.

Francia, aparte del gran Moliére, ha carecido de teatro, propiamente dicho, hasta el siglo presente, pues sus autores dramáticos pensaron ántes en ser clásicos que nacionales.

Inglaterra dió vida al génio más colosal de los tiempos modernos, al gran trágico que eclipsó la gloria de Esquilo y Kabilasa; mas Shakespeare es un talento universal; su teatro el mundo, y si su patria y sus costumbres se reflejan en sus obras, él era demasiado grande para amoldarse á los estrechos límites de raza y religion, y en otra nacionalidad, y entre otras gentes, hubiera sido siempre el primer trágico de los tiempos modernos.

Despues de él nadie fué osado en Europa á caminar por sus gloriosas huellas, y los modelos de aquellas sublimes obras quedaron rotos cuando su autor desapareció de entre los vivos.

Entre las concepciones colosales del humano espíritu, en lo que á la literatura dramática se refiere, despues del *Prometeo* de

Esquilo, marcha inmediatamente el *Hamlet* de Shakespeare, como los dos grandiosos simbolismos de dos distintas edades, razas y civilizaciones.

Hamlet, el espíritu de la duda, despertado en Europa por las predicaciones de Lutero, es el moderno Prometeo, que arrastrado por la ciencia y la filosofía, pretende sorprender el secreto de lo infinito y las leyes de la materia, á la que está encadenado, como el otro al Cáucaso, hundiendo su mirada, ávida de luz, en las profundidades de un pasado sombrío y terrible, que llena de dudas su alma, dejándole entrever un porvenir incierto, que debilita sus medios de acción y le llena de vacilaciones.

En los héroes de las tragedias de Shakespeare, llamadas así por el asunto que desarrollan y los personajes que intervienen en la acción, pues el poeta inglés rompió con todos los cánones y preceptos de la tragedia clásica; en sus héroes, decimos, desaparecen el rey, el príncipe, el magnate, el soldado, el ciudadano, quedando únicamente el hombre, desnudo y sólo, luchando frente á frente con sus pasiones y sus miserias.

III.

Cuando al finalizar el siglo XV se verificó la union definitiva de España, bajo el cetro de los Reyes Católicos, y simultáneamente el grandioso descubrimiento de América; cuando el poder y las victorias de Carlos V amenazaban sujetar bajo su imperial cetro todo el mundo conocido; cuando las armas españolas triunfaban en todas partes, el pueblo valiente, generoso y aguerrido que en más de siete siglos de lucha con los árabes no tuvo vagar para recrearse en los placeres del espíritu, queriendo dejar al mundo un imperecedero recuerdo de su grandeza y de su gloria, dió vida al admirable teatro español, que en ménos de medio siglo, de niño se tornó en gigante, llenando al mundo con su fama imperecedera y su esplendor brillantísimo.

Todos los triunfos que alcanzó España en Méjico, en el Perú, en Pavía, en San Quintin, en Sagunto, se reflejaron en nuestra literatura dramática del siglo XVII.

Sin menoscabo de los inmortales nombres de Lope, Tirso, Calderon, Alarcon, Moreto, Rojas, Villegas, Montalban, puede decirse que el teatro español de aquel siglo, más que fruto del génio individual de sus autores, es una verdadera epopeya nacional, en la que el pueblo es á la vez el creador y la creacion.

A través de los siglos que ya han pasado, al recrearnos en la lectura de aquellas imperecederas obras dramáticas, ántes que al autor, ántes que á los héroes que en ellas se inmortalizaron, vemos al pueblo que con su valor, con su constancia, con su arrojo, con su nobleza, ha inspirado esas sublimes creaciones de la grandiosa fantasía de sus poetas.

La admiracion que nuestra dramática produce en los más renombrados críticos y estéticos modernos, es causa de que, deslumbrados por tanta belleza, gracia y originalidad, no sepan cómo analizar un teatro que, rompiendo por completo con todas las reglas de los antiguos preceptistas, é inspirándose en sí mismo, es el primero que, sin modelo en lo pasado, ni hasta el presente semejante, simboliza en sus grandiosas concepciones, en sus versos fluidos, galanos y sonoros, en sus escenas tan llenas de vida, pasion y movimiento, en sus damas tan hermosas, tiernas y discretas, en sus galanes tan valientes, nobles y enamorados, en sus pasiones tan filósofos y argumentistas, aquel sol de glorias que jamás se ponía en los horizontes infinitos de España.

Cuando Lope, en su *Nuevo arte de hacer comedias*, se disculpa de que no por ignorar los preceptos, sino por escribir á gusto del público, hacia comedias fuera de toda regla (y que, sin embargo, eran aplaudidas en su época y son admiradas en la nuestra, dando á su autor una gloria más imperecedera que aquélla que pueden alcanzar todos los aristotélicos juntos, incluso nuestro buen Moratin), dejó, á los que tienen la pretension de escribir para el teatro, una leccion y un ejemplo que poder utilizar, si hoy nuestro público no fuera muy distinto de aquel público entusiasta é impresionable

que seguía al poeta por todas las regiones de lo ideal, y bebía en sus versos el filtro mágico que hacía surgir ante su vista los más grandiosos y variados panoramas.

Mientras que las exigencias teatrales convengan en que cuatro bastidores y un telón de fondo, representando, ya la playa del mar, ya un bosque, ya el pórtico de un templo ó de un palacio, ya un espléndido salón ó un precioso gabinete, ha de ser el lugar donde necesariamente se sucedan todas las escenas de un acto, el génio creador del poeta ha de hallarse comprimido en tan estrechos límites, y su fantasía ha de reducirse al restringido marco que se le fija como condición imprescindible de la verosimilitud escénica.

Este predominio de la idea de verosimilitud en el arte teatral, es causa de que muchos críticos sensatos hallen que existe una gran sobra de lirismo en nuestras obras dramáticas modernas, y si quisiéramos recurrir á una autoridad, que si bien altamente respetada por muchos, nosotros no la hemos hallado nunca tan infalible como se empeñan en hacerla, recordáramos que Moratin escribió todas sus comedias en prosa, ó en verso asonantado.

Pero Moratin, gran admirador del teatro francés, modelado por la acompasada etiqueta de la corte de Luis XIV, principiando, como su amigo Jovellanos, por querer excluir al pueblo de las representaciones dramáticas, concluía por proscribir de éstas todos los arrebatos de la pasión, todas las consecuencias y efectos del vicio, toda lección filosófica y moral que se desprendiera del crimen castigado ó del criminal arrepentido.

Moratin se engañaba lastimosamente al creer que el pueblo, la *plebe*, no se recrea más que con el espectáculo de faras inmundas; y el afán con que nuestro público español corría á admirar y aplaudir las obras tan delicadas, tan grandiosas, tan cultas, tan sutiles de nuestros dramaturgos del siglo XVII, debiera haberle hecho comprender, que en todo público, sea de la índole que quiera, existe en mayor grado el sentimiento de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero, que en una individualidad sola, por más sábia é ilustrada que se la suponga, y dar preceptos á los autores, sin tener en

cuenta los gustos y aspiraciones de los espectadores, es gastar lastimosamente el tiempo.

En éste, á nuestro juicio errado criterio, hijo de la pernicioso influencia que la literatura francesa esparcía sobre nuestros eruditos del siglo pasado, está inspirada una curiosa *Memoria*, escrita por D. Gaspar Melchor de Jovellanos en 1790, por especial encargo de la Academia de la Historia, á la que habia ordenado el Consejo de Castilla que informara sobre la policia de los espectáculos públicos y su origen en España.

En esta *Memoria*, á vuelta de muchas noticias curiosas sobre los orígenes de nuestros dramáticos, y de algunos errores, tanto de fechas como de apreciaciones de obras (1); lo que nos prueba, tratándose de un hombre tan ilustrado como Jovellanos, el atraso de la crítica en el pasado siglo; su autor, que deplora la decadencia del teatro español, que desde Carlos II hasta su tiempo ni nombre de teatro merecia, para remediar en lo posible esta verdadera desgracia nacional, aconseja unos medios, á nuestro entender del todo contraproducentes.

Si Jovellanos, si Moratin, que tanto declamaron contra el público de nuestros teatros de verso, y contra las oleadas de aquel patio tempestuoso, que tal vez hundia sin causa á un autor y á una obra, y elevaba á otro al pináculo de la gloria, resucitaran hoy y asistieran á nuestras representaciones dramáticas, al tender sus miradas por las filas de butacas (bella realizacion de sus ensueños, que consistia en que, cómodamente sentados todos los espectadores, y gozando cada uno de su personalidad y los deberes que impone, no se dejaran arrastrar á punibles abusos), y al contemplar la indiferencia y el aburrimiento pintados en el semblante de los espectadores, seguros estamos que echarian de ménos el antiguo patio, con todas sus desencadenadas tempestades.

(1) Por ejemplo, decir que Juan de la Encina, que nació en 1469, compuso y representó una pastoral para las bodas de los que fueron despues los Reyes Católicos; bodas verificadas en 18 de Octubre del mismo año 1469; y que *La Celestina* ha sido alguna vez representada y es obra dramática. No hablemos de la refundicion que del primer acto hizo en verso Urrea en 1515.

IV.

Con el romanticismo, que no ha hecho otra cosa que volver sobre las huellas de Shakespeare y de nuestros escritores dramáticos del siglo XVII, el drama sustituyó á la tragedia clásica, y concluirá por sustituir á la comedia, refundiendo estos dos géneros, que jamás se confundieron en los teatros griego y romano, porque desde la más remota antigüedad supieron vivir en amigable consorcio con las obras dramáticas de la India y de la China.

Esta refundición, esta unión, no sólo de lo cómico y lo trágico, sino de lo político, la llevaron á cabo Shakespeare; Lope y aún el mismo Cervantes, en el siglo XVI, y con ella dieron interés, belleza, y originalidad á sus obras todos nuestros autores dramáticos del siglo XVII:

El resorte más poderoso de la tragedia griega, el que la caracteriza, el que la da vigor y vida es el *coro*. El coro, que en el teatro clásico significa el pueblo, los ciudadanos, la nación toda, tomando parte en la cosa pública. Él repercutía en los espectadores las impresiones recibidas por el diálogo sostenido por los actores, y el público á su vez asociaba, identificaba sus ideas á las ideas y juicios emitidos por el coro, y al verse en él tan dignamente representado, adquiría el verdadero conocimiento, no sólo de su valor, sino de sus deberes, de sus derechos, de sus virtudes y hasta de sus vicios.

El coro, cuya representación en la escena moderna han aconsejado no pocos literatos nacionales y extranjeros, es la piedra angular de las representaciones teatrales, como nos lo manifiesta claramente la ópera, y éstas se tornan convencionales y amaneradas al faltarles tan poderoso elemento de vida.

Si nuestro antiguo teatro español tiene tanto vigor, tanta espontaneidad, tanto fuego, tanta popularidad, es porque

sus autores tuvieron el talento, la admirable prevision de suplir el coro de los antiguos con las escenas populares que introdujeron en sus obras, y con las cuales, aunque indirectamente, llamaban al pueblo á emitir su juicio, más ó menos acertado, pero siempre gráfico, sobre el asunto histórico, religioso ó familiar, que daba vida á la obra.

El coro de los antiguos, reducido á un sólo personaje, le hallamos en la mayor parte de las obras de nuestro gran teatro representado por el gracioso, cuyo cometido no es sólo hacer reir á los espectadores, sino discutir, más ó menos cómicamente, sobre las materias más árdúas, despojando los sentimientos y pasiones de su parte fantástica é imaginativa, y reduciéndolas á su verdadera expresion real y práctica.

Si meditamos concienzudamente sobre la mision importante encomendada á este obligado personaje de nuestra comedia antigua, no podremos ménos de lamentar que el teatro moderno, al creerse obligado á desterrarlo de nuestra escena, no haya pensado, no haya tratado de llenar el inmenso vacío que en ella deja.

Desde *El condenado por desconfiado*, atribuido á Tirso de Molina, y que llevó á la escena la debatida y espinosa cuestion teológica del libre albedrío y la gracia justificante, hasta *Lo que puede la crianza*, de Francisco de Villegas, que nos enseña cómo el sexo y los afectos naturales se sobreponen á la más desacertada educacion, ni una sólo de las cuestiones morales, políticas, religiosas, que los siglos XVI y XVII trataron de dilucidar, ya que no de resolver, ni una sólo de estas cuestiones dejó de ser discutida, ya de burlas, ya de veras, por nuestros escritores dramáticos.

Hoy que la sociedad ha dado, y está dando, pasos de gigante en la senda del progreso, hoy que la ciencia procura desentrañar esos pavorosos y oscuros problemas que tan sombríos nos presentan el porvenir, el teatro español, olvidando su mision civilizadora, se extravía por senderos completamente alejados de las buenas tradiciones de nuestra antigua dramática.

Por más que parezca que insistimos demasiado sobre el

mismo asunto, no nos cansaremos de repetir que el principal germen de la decadencia de nuestro teatro se halla en que los autores al escribir sus obras prescinden por completo de las inclinaciones, de las necesidades y de los gustos del público que han de tener por espectador, y sujetándose unas veces á mezquinas y rutinarias reglas, proponiéndose otras por modelo obras que no son ya de nuestra época, forjándose una moral convencional y del todo ajená á las realidades de la vida, inventando pasiones monstruosas que caen en el absurdo sin tocar nunca en lo sublime, han concluido por relajar el gusto del público, que ya sólo se conmueve con el gemido lúgubre del efectismo sentimentalista ó con las descompuestas carcajadas del llamado género bufo.

En lo que va de siglo, á las atildadas comedias de Moratin y los nunca bien ponderados sainetes de D. Ramon de la Cruz sucediéronse en nuestra escena las creaciones de la escuela romántica, y simultáneamente las castizas comedias de Breton, el único de nuestros dramáticos contemporáneos que deja un teatro verdaderamente social, y que observando los preceptos moratinianos en lo que tenían de más acertados, supo ser original, sin que sus obras, á las que se ha llamado alguna vez sainetes en tres actos, se hayan inspirado más que en las realidades de la sociedad en que vivia y en la fuerza de su génio.

Pero Breton no sabe ser más que cómico; en sus obras no intentó nunca amalgamar, como con tanta maestría supieron hacer nuestros mayores, lo patético á lo gracioso, y sin alcanzar tampoco la profundidad de intencion y pensamiento de Moliere, al pintar su época, se halló en un lastimoso período de transicion, en el que sólo pudo bosquejar bocetos, cuando su talento en otras circunstancias hubiera sabido hacer hermosos y perfectos retratos.

Despues de Breton, ninguno de nuestros escritores dramáticos, autores muchos de notabilísimas obras, se han dedicado á marcar en su teatro los caractéres propios de un género determinado; y ora clásicos, ora románticos; ya sentimentales, ya realistas; extraviándose unas veces en las vagas regiones de lo ideal, sondeando otras los abismos más horri-

bles del crimen; recurriendo hoy á la historia, á la tradicion y la leyenda mañana, y siguiendo siempre con persistencia casi fatal las huellas de la moderna dramática francesa, imprimen á sus obras cierta variedad agradable, muy á propósito para recrear á un público displicente y antojadizo; mas del todo impotente para vigorizar nuestro teatro y atraer á él la mayoría del público español, que no ve ya reflejarse en nuestra escena ni su carácter, ni sus costumbres, ni sus aspiraciones, ni sus virtudes, ni sus glorias, ni sus miserias, ni aún esa misma gráfica originalidad que le distingue de todos los demás pueblos de Europa.

Un público convencional no puede dar oído más que á obras convencionales; y los literatos y críticos, con sus aplausos, ó con su censura, nunca elevaron el génio del poeta hasta la altura á que se siente elevado por los aplausos unánimes y espontáneos que sus obras arrancan á un pueblo entero.

La vida ó la muerte de la creacion dramática dependen de la aceptacion que al público merece; y el que con entera fé quiera escribir para el teatro, debe, ántes de todo, inspirarse en los gustos del público para quien escribe, procurando no sólo interesarle y conmoverle, sino hacerle tomar parte activa en sus dramas, como tan cumplidamente supieron conseguirlo nuestros autores del siglo XVII.

Procurar llevar al teatro las cuestiones de actualidad, y saber llevarlas con oportunidad y maestría; intentar que el teatro, que no pasa de ser hoy una diversion secundaria, se convierta en el elevado palenque en que hayan de discutirse las trascendentales cuestiones que agitan la sociedad; tratar de que el pueblo español, tan celoso de los rasgos característicos que le distinguen entre los otros pueblos, se vea fielmente retratado en los principios que el poeta lleve á la escena, y comprenda que por él y para él se escribió la obra, y al verse reproducido en ella como en un espejo, saque de la representacion toda la enseñanza posible, es el fin práctico, inmediato y patriótico que deben proponerse llevar á cabo todos los que escriben para el teatro.

V.

A la caída del imperio de Occidente y cuando el latín dejó de ser el idioma oficial y el único literario, volvieron á retomar en Europa, según observa sábiamente el abate Hervais en su *Catálogo de las lenguas*, los primitivos idiomas de los diversos pueblos sometidos al saber romano, y que, enriquecidos con el del Lácio y con aquellos importados por los invasores del Norte, no teniendo ya que ceder á la presión de un centro común, se dividieron y ramificaron hasta tal punto, que, en el siglo X, según Guitprando y Gaspar Escolano, sólo en España se hablaban diez distintas lenguas.

En estos renacientes idiomas, denominados neolatinos, no con la requerida precisión, es fácil á los filólogos estudiar y estimar las distintas invasiones que sufrió Europa, ántes que, alzándose potente la soberbia Roma, ahogase y avasallase sus pueblos y nacionalidades, y en el espíritu particular de cada uno, el pueblo que más contribuyó é influyó en su formación.

El provenzal ó lemosin, que, según Escolano, se hablaba en Provenza, Guayana, Cataluña, Valencia y las Baleares, fué la primera de las lenguas llamadas neolatinas ó romanas, que se formó en Europa, y de la que se conservan más antiguos documentos, contribuyendo á su formación el ibero y celta, hablado en el país ántes de la dominación romana, el latín, el germano y el griego, que le prestaba riqueza, suavidad y dulzura, y que, como semilla bienhechora, habían sembrado en aquellos países las colonias francas establecidas en todas las costas del Mediterráneo.

Si nos hemos extendido más de lo que el asunto de nuestro artículo requiere, sobre los orígenes de la antigua lengua de *oc*, es porque no queremos ser acusados de parciales, si se nos adivina poco entusiasmados con lo que se ha dado en llamar el renacimiento de la literatura catalana, haciendo comprender que no desconocemos la importancia de la pro-

venzal. En los primeros años del presente siglo, y cuando el violento empuje de la revolución derribó en Francia todas las viejas instituciones, entre los escombros de aquel espantoso cataclismo social, surgieron los recuerdos, las olvidadas cenizas de un pueblo generoso y bravo, inteligente y culto, que en pasados siglos había sido sacrificado á la ambición, la rudeza y la intolerancia de las gentes del Norte, y cuyas dispersas reliquias principiaron á recoger con piadoso respeto los eruditos de Francia, resucitando el recuerdo de una lengua y una literatura por completo olvidadas en Europa.

Los franceses, al llevar á cabo tan generosa reivindicación, al resucitar en la memoria de los hombres del siglo XIX el recuerdo de la literatura provenzal, ni por un momento abrigaron la idea de oponer al moderno francés la antigua lengua de *oc*, ni mucho menos despertar en estos países el espíritu de olvidadas nacionalidades, y, al resucitar los *Juegos florales*, al establecer la academia de los *Tselibres*, y al volver á hacer oír los cantos de los tiernos trovadores, su intento fué pagar un tributo de respeto á su memoria, no despertar ridículos antagonismos al patrio idioma y á la literatura patria.

Apoderóse de este arma años más tarde Cataluña, y, esgrimiéndola con poca prudencia, con el llamado renacimiento de su literatura ha despertado no pocas ideas falsas y peligrosas en los espíritus levantiscos del Principado.

Sólo los que desconozcan por completo, ó no sean capaces de apreciar el valor del castellano, pueden disputarle el derecho que legítimamente le asiste para ser el idioma nacional, y sólo aquellos que, cegados por su provincialismo, no hayan estudiado nuestra rica, nuestra grandiosa, nuestra original literatura, la mejor y más vária de Europa, pueden acometer el ridículo intento de eclipsarla, persiguiendo un ideal tan falso como peligroso.

Nuestras palabras no van de ningun modo dirigidas á los que, si escriben en catalan por amor al idioma materno, ó por rendir un tributo de respeto á los antiguos provenzales, saben ó han sabido adquirir un puesto respetable y respetado entre los literatos españoles; y sin querer, recordamos al malogrado Roberto Robert, que cuando vino á Madrid, segun

hemos oído á una respetabilísima persona, no hablaba ni entendía más que el catalán, y que llegó á ser uno de los mayores prosistas castellanos.

Esto que vamos diciendo es causa de que en Castilla no se mire con simpatía la literatura catalana, siendo así que tanto se encomia la asturiana y la gallega, y que la mayor parte de nuestros literatos, al ver la profusión de libros, revistas y periódicos catalanes con que nos inundan las prensas del Principado, se hayan preguntado más de una vez si este fenómeno será un bien ó será un mal para las patrias letras.

Si el renacimiento de la literatura catalana cuenta, como ya hemos dicho, pocos años de existencia, su teatro es novísimo, y sin embargo, digno por más de un concepto de que fijemos en él nuestra atención.

Tuvo su origen con la representación de algunas piececillas graciosísimas, debidas á la pluma de D. Pablo Soler, que con ellas supo hacerse célebre, bajo el pseudónimo de Serafí Pitarra, y que él titulaba *gatadas*.

La originalidad, la espontaneidad, el inimitable gracejo, los intencionados chistes de estos verdaderos sainetes, hicieron en un período de años popular á su autor, que, admirado él mismo del obtenido éxito, se alentó á obras de más trascendencia, inaugurando valientemente el teatro catalán, que, dicho sea en su elogio ó su censura, no se ha inspirado nunca ni en el antiguo ni en el moderno teatro español.

Serafí Pitarra, hombre de poderosa y fecunda imaginación, mas de instrucción escasa, se inspira siempre para escribir sus obras en la sociedad y en los efectos naturales, no en autores y modelos que por completo desconoce, y esto que perjudica á la perfección literaria de sus trabajos, favorece á la originalidad y espontaneidad de los mismos.

Su teatro, privativamente local, sin que traspasar pueda las fronteras del Principado, pues fuera de él no sería comprendido, tiene el vigor, la robustez, la gracia anejas á la juventud, y sus caracteres típicamente catalanes, los intereses que desarrolla y las costumbres que tan gráficamente pinta, le hacen intraducible.

Su versificación, cuajada de grandiosas imágenes, más vivas y brillantes que bellas y verdaderas, atributo de todos los idiomas que, como el catalan, no han alcanzado, ó no son aptos para alcanzar la perfección y el desarrollo de un idioma científico y filosófico, pulido en el foro y la tribuna y en toda clase de controversias; su versificación, decimos, galana, sonora, apasionada, vehemente, da el verdadero tono á sus obras, en las que, con más tino y mejor acierto que en nuestra escena moderna, se aunan y armonizan lo esencialmente cómico y gracioso con lo patético y sentimental.

Pitarra, que es algo semejante á lo que en Castilla se llamaba *autor* en los pasados siglos; Pitarra, al que en otros tiempos y en otras circunstancias pudiera llamarse el Lope de Rueda catalan, por más que sea hartó probable que él no tenga la menor noticia del Teysis español; Pitarra, empresario, director de escena y actor dramático, todo en una pieza, imprime á su teatro tal sello de unidad, que concluye por hacer bello y armónico el conjunto.

Sea por inspiración acertadísima del director, sea por la predilección que se tiene en Barcelona al teatro italiano, del que casi siempre actúa alguna compañía en aquella ciudad, el teatro catalan declama á la italiana, mucho más atinadamente que el español, cuando introdujo la moda, ya por ventura caída en desuso, de declamar á la francesa.

Las afinidades que existen entre el catalan y el italiano favorecen mucho esta imitación, y los actores de Barcelona, tal vez tomando por modelos á las buenas compañías italianas que visitan el Principado, han logrado adquirir una perfección y una maestría en el arte que cultivan, que les permite señorearse por completo de la escena, apoderándose del público, impresionable y apasionado, al que entusiasman y arrebatan con su talento artístico.

El teatro catalan cuenta con la compañía más igual, más completa y mejor de todos los teatros de España, y esto contribuye en gran parte al buen éxito de sus representaciones; siendo nosotros injustos si no consignáramos aquí que á la buena dirección y al acierto de Pitarra, único motor de

ese admirable y complicado mecanismo, se debe principalmente su bondad.

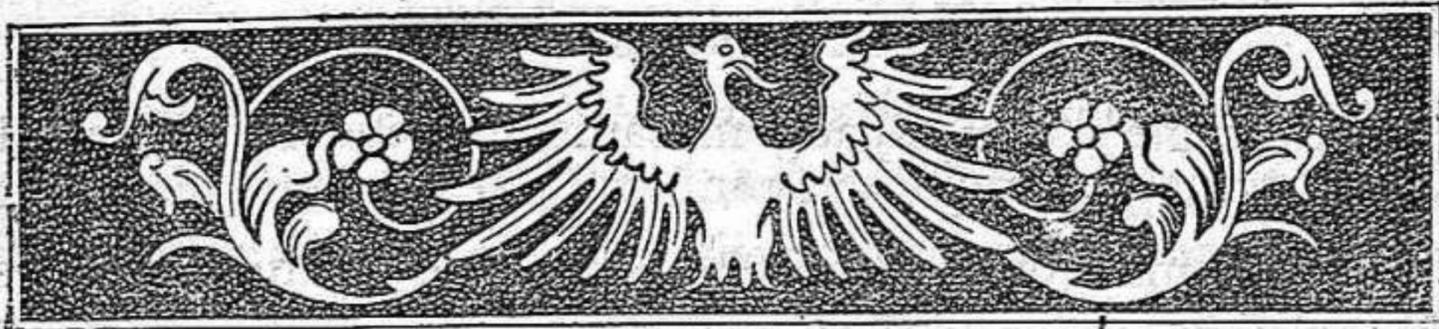
A los dramas de costumbres, verdaderos dramas sociales, de Pitarra, se asocian hoy, que se han aumentado los escritores dramáticos catalanes, el drama histórico y el tradicional, así como graciosas piececillas, ricas de espontaneidad y de vis cómica; mas en las que suelen hallarse un tanto degenerados, ó mejor dicho bastardeados, los tipos catalanes.

El principal resorte del teatro catalan, sobre todo en lo que á las obras de Pitarra se refiere, es el efectismo, y esto lo hallamos nosotros, no sólo natural, sino hasta inevitable, cuando hemos sabido el método por el cual perfecciona sus dramas el creador del teatro catalan; método *sui generis*, y del que le hacen único monopolizador sus cualidades de empresario y director de escena.

Por lo mismo que nosotros reconocemos y confesamos el gran talento de Pitarra, tememos que no ha de sobrevivirle el teatro que ha creado, y que si bien los catalanes, y sobre todo los barceloneses, seguirán fomentando con su afición las representaciones en catalan de pequeñas escenas jocosas, en las que son inimitables, el teatro propiamente dicho, el teatro dramático, concluirá por pervertirse y desvirtuarse, é inclinándose ora á la escuela italiana, ora á la francesa ó la española, perderá la originalidad que hoy le distingue y enaltece; pues es muy difícil, si no imposible, que en sus futuros mantenedores se reúnan las circunstancias que se han reunido en Pitarra, para guarecer su creación y preservarla de peligrosas adulteraciones.

El teatro catalan, tal y como hoy existe, es digno por más de un concepto de que llamemos sobre él la atención del público ilustrado, y al ocuparnos en este artículo del teatro en general, no podíamos excusarnos de decir algo del teatro novísimo, creado en tierra española y por hijos de España, si bien no sea el nacional el idioma empleado en él, y si bien no se haya inspirado en las buenas tradiciones de nuestra antigua dramática; defecto en que por desgracia incurre igualmente el moderno teatro español.

RAFAEL LUNA.



POETAS AMERICANOS.

IGNACIO MÁNUEL ALTAMIRANO.



Si como fuente y origen del género humano pudiéramos admitir más de una pareja y en la historia afirmar la venturosa época que ha precedido á la de miserias y dolores que aún se prolonga, creeríamos que del mundo que Colon en su entusiasmo hubiera querido poner á los piés de la católica Isabel de Castilla, México habia sido el paraiso, en él se habian cumplido iguales maravillas que la Biblia nos relata, allí en tranquila y venturosa paz, gozando de dicha extrema, habian vivido felices los seres primitivos que bastaron á poblar el nuevo mundo con su descendencia, pues en verdad que aquellos campos y aquellos montes, aquellos rios y aquellos valles, tienen indecibles encantos, como aún deben existir en la mansion cuya puerta guarda el ángel de la flamígera espada. Sin haber estado allá, el historiador al aventurarse en las épocas remotas que pasaron y estudiar los comienzos de aquella civilizacion, el naturalista al describir su virgen brillante flora y su riquísima y prehistórica fauna, el minera-

logista al escudriñar los senos de la tierra, nos hacen formar un concepto de grandeza, con que nuestra imaginación la baña, y que mayor consistencia adquiere cuando aventurados en el estudio de la literatura, apenas si descanso puede permitirse nuestra fatigada mente, pues de un paso á otro paso como colosal gigante nos detiene y nos obliga á su admiración, un estro poético de primera fuerza, que por radicar en el espíritu misterioso cuyo total forma el alma del mundo, se eleva á los cielos y con potente mirada lo abarca, en tanto que encadenado á la materia se arrastra por la tierra, á la que embellece.

Muchas veces en la playa al ver los montes de blanca espuma, que el buque al partir forma con su poderoso hélice, y al contemplar la profunda estela que su quilla abre, nuestra alma, meciéndose sobre las primeras ó aventurándose en la segunda, lo seguía impelida por este deseo vehemente de ver y conocer lo que más allá de esta España, por la que siempre suspiraremos, existe; hemos gemido bajo los eléctricos alambres, por donde invisible surca el humano pensamiento, con la velocidad del rayo, y angustia extrema hemos experimentado al oír el silbo penetrante de la locomotora que parte envuelta en el negro humo que despide de su candente pecho, que parece ruge por el esfuerzo á que se le obliga, y cuando al considerar de estas sensaciones nos sumía en hondo abatimiento, para consolarnos recurriamos al gran libro de la historia, y al través de sus páginas leguas y leguas recorriamos y pasábamos siglos y siglos, y creciente siempre nuestro anhelo, asistíamos como presencial testigo á las grandes convulsiones de los pueblos y á las metamorfosis de las razas y á los cambios de los hombres, y soñábamos luego con las fuerzas de los héroes y el talento de los legisladores, y la hermosura de las mujeres que á tanto obligaron; pero siempre llamó más nuestra atención advertir que no existió un pueblo, por efímera y fugaz que fuera su existencia, que no dejara recuerdo de sí por medio de la literatura, pues de la misma manera que entendemos no hay un individuo que no suspire, afirmamos que no hay un pueblo que deje de acreditar su existencia con obras en las que revele

sus sentimientos y sus creencias, sus gustos y sus aficiones, y mientras mayor sea su grandeza histórica y sean más grandes las luchas que haya sostenido, son de más valer las manifestaciones de su génio, lo mismo en los períodos de paz que en los de guerra, cosa de la que fácil es convencerse mirando en la India el Ramayana y á Homero en Grecia, á Lucrecio y á Virgilio en Roma, en el período de transición en que se mezclan razas y se dividen edades, los Niebelungen y el Edda, junto á la lucha entablada entre los dos poderes, que el arbitrio del mundo se disputan el Dante, en los albores del renacimiento cuando por la luz á que no se está acostumbrado todo toma fantásticas proporciones Ariosto, cuando la nueva vida se comienza á definir Schakspeare y Calderon, como tipo de la gigante ambicion de un siglo Byron, como efecto del cansancio Musset y de este modo enlazándose con las manifestaciones de los hechos, las revelaciones del espíritu, se siguen, y si particularizándose en una nacion puede hallarse la comprobacion particular, viéndolo en México más nos afirmamos, pues aquel país, perdido en el espacio para los que ántes del siglo diez y seis vivieran, y perdido para sí hasta el diez y nueve, al verse con vida propia y poder libremente levantar las manos al cielo, lo saluda con gritos de júbilo y se embriaga con perfumes que no adultera el punzante olor de la sangre vertida y se embelesa escuchando la secreta armonía de los mundos que giran sin que los interrumpa el grito del sicario del déspota y canta sus propias glorias en Degollado y Zaragoza y borda su naturaleza Riva Palacio, Flores canta sus volcánicos amores y llora los pesares Hajar, Peza determina su originalidad y un hijo de la costa, un hijo de la nueva Andalucía, si nueva España llamamos á México, un hombre de tez morena y ojos negros, de mirada atrevida como el águila, fiero como el leon del desierto, ligero y cruel como el tigre en la guerra, pero dulce y noble como el caballero en la paz, Ignacio Manuel Altamirano revela la considerable potencia de su génio y lucha como valeroso soldado y distinguido periodista, sostiene en la Cámara las reformas liberales con su prodigiosa elocuencia, y lleva al alma de todos indecible ternura y des-

pierta sentimientos dulces con la armonía cadenciosa de sus rimas, varias en sus géneros; pero hijas siempre de quien tan bien piensa como elevadamente siente.

Hijo de la generacion á que más debe México y cuyo nombre será eterno en la historia brillante de aquel país, ántes que como poeta conocimos á Altamirano como militar, en la notable historia del ejército de Occidente que escribiera el sábio Dr. Hajar y Haro, que tanto por su patria ha hecho entre nosotros en los años que de secretario en la embajada lleva, y en ella pudimos admirar su valor, su arrojo y su serenidad ante el peligro; cuando aún Peza no habia publicado *La Lira Mexicana*, supimos la importancia que como hombre político tenia, su valer en el Parlamento y en la cátedra, y al conocer algunos de sus discursos, nos preparábamnos á manifestar la ventajosa opinion que como orador merece, trabajo que dejamos comenzado, para terminar en su dia, hoy que conocidas de nosotros sus producciones como afortunado hijo de las musas, nos creemos obligados á darle un preferente lugar entre los poetas americanos.

Advertimos que no es lo cierto lo que hemos dicho; mal podremos nosotros que nada valemos dar un puesto distinguido á quien por derecho propio tiempo hace que lo tiene; nos limitaremos, pues, á dar á conocer el juicio imparcial formado en presencia de composiciones en las que se ve palpar un alma grande, que son pruebas bastantes de un sentimiento esquisito y que están escritas en el idioma querido de nuestros mayores.

La esquisita ternura del hombre que siente en su corazon afectos que no puede manifestar, por ser la sociedad moderna campo poco á propósito para ello, le lleva á retroceder en el tiempo buscando lo que necesario se le hace para la satisfaccion de su alma, y esta tendencia, que debe haberse dado siempre, es á nuestro modo de ver lo que ha sido causa del aparecimiento del Idilio en las literaturas, pues nunca, siguiendo el ejemplo de los griegos, nos limitaremos á dar este nombre á una composicion cuyo fondo sea la vida pastoril, la vida del campo. La más notable representacion plástica que del Idilio se ha hecho, es indudablemente la debida á

Mdme. Noemi Constant; encuadrado en hermoso marco que más hace resaltar la brillantez del colorido, sobre un fondo de espesa enramada, tapizado de flores, ha trazado con extrema verdad la figura de un jóven que estrecha dulcemente contra el corazon á su amada en tanto que le da á oler la fragante rosa que en la mano lleva. Nada puede alcanzar á explicar la singular expresion de aquellos rostros, especialmente el de ella, que al aspirar el delicado perfume de la hermosa flor, parece que se le oye exclamar: «desde aquí al cielo;» y esto, sin que quepa dudarlo, es un idilio, como lo es la madre que cariñosa mira al tierno infante que duerme en su regazo, el padre que contempla el retrato del adolescente en cuyo semblante se revela el génio ó el apasionado sér que en muda adoracion quiere investigar el corazon de la mujer querida para ver si halla correspondencia al amor de que matándolo se alimenta. Estudiadas las literaturas clásicas, advertimos desde luego que nunca el idilio fué expresion de la simplicidad de la edad primera, sino revelacion de sentimientos tiernos y puros, para lo que creyeron necesario los poetas remontarse á épocas primitivas y colocar en ellas sus cuadros, y prueba de este aserto puede y debe ser considerar que Teócrito, Bion y Moscho entre los griegos, Horacio, Virgilio y Ausonio entre los romanos no pueden hacer en sus obras reflejos de escenas reales. El siracusano Teócrito, maestro que podemos llamar en este género, y lo mismo Bion y Moscho sus contemporáneos y discípulos, viven en una época de refinamiento como sucede en Roma en el siglo de Augusto y en los posteriores, en los que ya no caben las escenas de intimidad y candor que en sus idilios se advierte, por lo que, volvemos á repetirlo, lo que en ellos hay es una manifestacion del sentir á la que ninguno como Teócrito por sus especiales condiciones llega; en Bion hay sobrada licencia, en Virgilio mucho estudio, en Horacio falta de carácter. De las literaturas modernas los dos poetas que con más éxito cultivaron el idilio fueron Gessner en Alemania y Tennyson en Inglaterra; el primero está juzgado en la frase que á su propósito decia Rousseau en una de sus cartas á Hubert: «vuestro Gessner es un hombre de corazon como yo los en-

tiendo;» y todos sabemos cómo sentía el filósofo de Ginebra, que muchas veces recurrió á los pastores para hacerlos fieles representantes de sus sentimientos; Tennyson ha bebido la inspiración de sus idilios en la Tabla redonda, y justo es confesar que en todo lo que pertenece á las épocas de sencillez, se dan idilios como flores en abundancia se dan en la primavera.

Esta divagación que hemos hecho y que mucho confiamos nos será perdonada, tiene una justa causa ocupándonos de un poeta como Ignacio Manuel Altamirano, autor de los mejores idilios que en lengua castellana se han publicado desde mucho tiempo hace: *Flor del Alba*, *La salida del sol*, *Los Naranjos*, *Las Amapolas*, son los títulos que el poeta les ha dado, y de él podemos decir lo que de Teócrito hemos dicho: no hay en ellos nada de la vida pastoril, nada que nos recuerde el lamentar de los pastores; son cuadros de la hermosísima naturaleza de aquel país, sentidos admirablemente y expuestos con una encantadora maestría; son acentos del alma de un hombre cansado de la lucha que por momentos reposa en la contemplación de aquellas bellezas que extasían y que le llevan á lucir las dotes sobresalientes de que está dotado, porque también en este punto puede establecerse paralelo entre el poeta de Siracusa y el poeta de Tixtla.

Aquél florece, no ya en los tiempos del sencillez cuanto grande Homero, que con sin par naturalidad cuenta hasta los más nimios detalles del encuentro de Nausica con Ulises, ni en los de Hesiodo el labrador, sino en un período en que habiendo alcanzado la literatura griega su mayor desenvolvimiento, comienza á declinar; no goza ni puede gozar de las escenas de la vida del campo en los primeros días de una civilización, cuando nada ha existido que se preste á consideraciones que al pudor agiten, vive en la refinada corte de los Ptolomeos, en medio del lujo y de la depravación propia de toda corte, y sin embargo, vemos cómo ninguna idea, cómo ninguna opinión, cómo ningún acento de lo que cerca de sí tiene, suena en sus versos, porque hijos de un verdadero poeta, son eco fiel de la simplicidad del sentimiento, y poco importa que en algunos pasajes llegue hasta la

obscenidad, como algunos críticos pretenden, juzgándolo como si en el siglo presente se escribieran; desnuda está la Vénus de Médicis y lo mismo la de Gnido; desnudos están los faunos y los sátiros, y en presencia de estos clásicos monumentos, nadie se acordó más que de la perfección de los torsos, lo puro de las líneas y lo admirable de la expresión. Altamirano no vive en la sencillez del pueblo Azteca, que pudieran admirar Cortés y sus compañeros, no vive en los tiempos de Nezahualcoyotl; vive en el último tercio de este gran siglo XIX; no habita la soledad de las selvas, ni mora á orillas del río, ni percibe más acentos que los de los pájaros que trinan, no; vive en la capital de una república agitada por los esfuerzos que realiza buscando su bienestar, rodeado de hombres que su bien procuran, luchando por la fuerza de los ideales modernos; pero á pesar de esto, quédale aún tiempo para volar, no á la infancia de su pueblo, sino á los primeros días de una culta adolescencia, y la plétora de sentimiento que en él hay, se vierte, como hemos dicho, en cuadros de sin igual ternura.

Flor del Alba es un idilio puramente mexicano; el cardinal, los turpiales, los cenizales cantan ó se ostentan entre los mangles y los arrayanes; el cafetal deja lucir la grana de sus frutos, las flores del algodón se columpian en los tallos y las hojas del nelumbio besan las murmuradoras corrientes del arroyo que salta jugueton de piedra en piedra; *Flor del Alba* es el nombre que han dado á la niña hechicera que habita una cabaña, cuando un cielo merece; niña que al romper las primeras luces del día, va por agua llevando, como la Nausica homérica, la sencillez en los labios y el reflejo del cielo en la mirada, y

Cruza el sendero de mirtos,
Y cabe un cañaveral,
Donde hay una cruz antigua,
Bajo el techo de un palmar,
Plantada sobre las peñas
De un musgoso manantial,
Arrodillada la niña

Humilde se pone á orar,
 Al arroyuelo mezclando
 Sus lágrimas de piedad.

Trasladad al lienzo este cuadro descrito de tan inimitable modo; y será la más propia y genuina representación del idilio hay en él un alma que se mece dulce y tranquilamente como las ligeras nubes que en el espacio flotan al caer la tarde.

La salida del sol es un magnífico efecto de luz que más brilla al advertirse en su fondo la fé en la existencia de un Dios que no puede ménos de existir; pero expresado de un modo tal, que claramente se vé que el poeta conoce á Dios y no desconoce la miseria humana, por lo que no resulta orgulloso; conoce la miseria humana y no desconoce á Dios, por lo que no resulta desesperado. *Los Navanjos* es una composición de la que parece emana el riquísimo perfume del azahar, y en *Las Amapolas* hay el fuego del color de la modesta flor que entre los trigos crece: es, sin duda, el que más agrada, pues se advierte en él mayor vivacidad, más movimiento, al mismo tiempo que mayores encantos en la forma; si Altamirano hubiera seguido, habria llegado, sin duda, al extremo que en Teócrito y Bion censuran algunos, el amante que presenta pide tanto como alguno del siracusano; pero, séanos permitido que lo repitamos, poco importa esto á los que sólo al fondo, á la idea, á la intencion atienden, y nada puede inquietar el extravío á que se viera llevada la imaginacion, cuando de antemano sabemos será retenida por la forma bellísima de que el poeta ha echado mano. Leyendo *Las Amapolas* acuden á nuestra mente recuerdos de una edad pasada por nuestro mal, en la que el candor nos llevaba á lo que tal vez hoy la misma malicia nos veda; sentimos la riquísima naturaleza de aquel fértil país y recordamos á nuestro Gil Polo, con quien únicamente puede compararse Altamirano, por lo armonioso de sus quintillas. El poeta que cantara de tan admirable modo los desdenes de su hermosa Galatea, no opondria resistencia, tal vez encontrara placer, en firmar las del

mexicano vate, de las que algunas copiamos para que sirvan de apoyo á nuestra desautorizada opinion:

Duermen las tiernas mimosas
 en los bordes del torrente;
 mústias se tuercen las rosas,
 inclinando perezosas
 su rojo cáliz turgente.

.....
 Arde la tierra, bien mio;
 en busca de sombra vamos
 al fondo del bosque umbrío,
 y un paraiso finjamos
 en los bordes de ese rio.

Aquí en retiro encantado,
 al pie de los platanares
 por el remanso bañado,
 un lecho te he preparado
 de eneldos y de azahares.

El profundo cuanto extenso conocimiento que Altamirano tiene de las literaturas clásicas, lo ha llevado, sin duda, á vaciar la grande idea implícita en su composicion *Las Abejas*, en un molde hecho al parecer por Virgilio ó por Horacio.

La severa forma de esta composicion, rigurosamente clásica, hace recordar la del maestro Leon:

¡Qué descansada vida
 la del que huye el mundanal ruido,
 y sigue la escondida
 senda por donde han ido
 los pocos sábios que en el mundo han sido!

de la misma manera que ésta hace recordar la del incomparable Horacio,

Beatus ille qui procul negotiis,

composicion que acudió á nuestra memoria leyendo más de un pasaje de la del inspirado Altamirano, que comienza:

Ya que del cármén en la sombra amiga
fuego vertiendo el caluroso estío,
á buscar un refugio nos obliga
cabe el remanso del sereno río;

y tras este magistral comienzo, el poeta, que se ha propuesto consolar al amigo querido de la pena que sufre por una decepcion amorosa, presenta, en admirable paralelo, la vida de la córte y la de la aldea; compara á la mujer que físicamente aja la atmósfera de los salones, y en lo moral pervierte la farsa de la córte, con la pura y sencilla mujer de los campos que le recomienda, y sírvele admirablemente su propósito, para la bella comparacion que establece entre las damas de gran aparato y fausto con las flores que, altivas y brillantes, seducen la vista, de las que la abeja no liba miel para sus panales, y las sencillas y candorosas que en el lugar habitan, semejantes á las violetas que con empeño busca el insecto bajo las hojas en que se esconden, y no es sólo esto, sino que, á más de la forma sin tacha que el poeta, como decimos, ha dado á su gran pensamiento, en cada verso ha dejado una máxima, de las que no deben olvidarse, y en cada estrofa una enseñanza de las que siempre deben tenerse presentes.

La naturaleza no es monótona ni aún en su calma; cortando el valle salta el arroyo, interrumpiendo la llanura el precipicio, á cuyo fondo se despeña el agua que en la montaña nace, y esta variedad, á la que dan encantos, acá las palmas, allá los sicomoros, sirve admirablemente al alma para sentir, lo mismo lo plácido y tranquilo, que lo agitado y revuelto. Hemos visto á Altamirano dulce en las composiciones anteriores, porque no á otra cosa se prestan los blancos azahares y las sencillas amapolas; pero como si su alma adquiriera bríos en presencia de las grandezas naturales, podemos verle pensador y profundo, al par que soberbio por la imaginacion, al cantar *El Atoyac*, río que embellece y fertiliza las planas de

aquella tierra bendecida, donde el poeta naciera. Hijo del trópico, se advierte en él la riqueza exuberante de una privilegiada imaginación, y son más bellos sus cuadros, cuanto más asombrosa y rara es aquella vegetación. *El Atoyac en una creciente* es una lindísima poesía que seduce por la maestría con que está ejecutada, y por el fondo bellísimo, constituido por la comparación entre el río que

Nace en la sierra entre empinados riscos
 humilde manantial, lamiendo apenas
 las doradas arenas,
 y acariciando el tronco de la encina
 y los pies de los pinos cimbradores.
 Por un tapiz de flores
 desciende y á la costa se encamina
 el tributo abundante recibiendo
 de cien arroyos que en las selvas brotan.

.....
 Sus furores violentos
 ya nada puede resistir, ni evita;
 hasta que puerta á su correr dejando
 la playa..... rebramando
 ¡en el seno del mar se precipita!

con el amor que de la misma manera

nace de una sonrisa del destino,
 y la esperanza arrúllale en la cuna;
 crece despues, y sigue aquel camino
 que la ingrata fortuna
 en hacerle penoso se complace;
 las desgracias le estrechan, imposibles
 le cercan por doquiera;
 hasta que al fin violento,
 y tenaz, y potente se exaspera,
 y atropellando valladores, corre
 desatentado y ciego,
 de su ambición llevado, para hundirse
 en las desdichas luego.

Nos hemos ocupado hasta ahora sólo de algunas rimas insertas en el libro primero, y grande es nuestro sentimiento al no poder hacerlo con todas; demasiado léjos nos llevaría la enumeracion de los méritos que cada uno atesora, por lo que nos vemos obligados á pasar al segundo y tercero, que es donde, á nuestro modo de ver, el poeta está en verdadero carácter ó al ménos donde más ha desplegado las condiciones y cualidades que le son propias.

Hemos leído repetidas veces estas dos últimas partes del libro, de las que la primera tiene por título *A una sombra*, y la segunda *Cinerarias*, y nos parece cada vez más cierto lo que afirmamos.

Altamirano se caracteriza en ellas como poeta, y en ellas es donde más nos agrada, pues, justo es afirmarlo, bello es el mar cuando sereno y tranquilo blandamente se mueve como perezoso niño, y sus ténues olas apenas si hacen más que besar la playa; pero es soberbiamente hermoso cuando se encrespa y ruge, y gigantes sus ondas en montañas de espuma azotan la arena; es bello el arroyo que con suavidad lame los musgosos márgenes de su cauce, refrescando las gayas flores que en él crecen y que como cinta de plata borda el valle; pero es grande y hermoso el torrente que de piedra en piedra, crugiendo y bramando, se quiebra en montes de espuma, y con ímpetu avanza en revuelta corriente buscando el mar sin respetar nada; es bello el boton de rosa que se columpia en el tallo esparciendo su perfume en tanto que sus hojas estrecha, como si el pudor le impidiera abrir del todo sus pétalos á la luz, de que toma sus colores; pero es asombrosamente hermosa la galana rosa que, vuelto su cáliz al sol, deslumbra con las tintas de su corola, en tanto que embriaga con los perfumes que emite; por esto el poeta que nos ocupa realiza belleza, como ya hemos visto, cuando, por hallar reposo en la sedentaria vida que lleva, se repliega en pasados tiempos y vé con los ojos del alma cuadros que le recuerdan sólo la placidez y la ventura de otros dias, cuadros que excitan dulcemente sus sentimientos y que dejan á su corazon en la tranquilidad misteriosa del edén que en sus primeros dias habitaran nuestros padres, en el sosiego del

templo, en la calma de la naturaleza; pero en las dos partes últimas de que nos vamos á ocupar llega con frecuencia al sublime, llevado de las pasiones que todo lo arrasan y conmueven, siente el amor que se desborda y los celos que consumen; ve al bosque con luz más potente que la del sol y siente más los perfumes, y desde luego se advierte en el poeta un corazón que vibra, y en cada vibración se siente un eco y en cada eco hay un poema. Composición es del hombre hecho, que vive la vida de la sociedad moderna, que se encuentra rodeado de heterogéneos seres, que lo mismo goces le proporcionan que le causan penas, su irritabilidad acrece y se manifiestan aquí deseos grandes como el mundo, bellos como el cielo; allá despechos terribles como el infierno, pero que nunca desdican, pues, aún en el antro profundo donde las culpas se penan, quisiéramos el eterno beso de la sublime Francesca.

En todos los estudios que venimos haciendo sobre poetas americanos, nos hemos quejado porque los estrechos límites de un artículo no permiten en modo alguno enumerar los méritos que tienen, ni hacer mención sino de un reducido número de composiciones; quejas son estas que en la ocasión presente nos vemos obligados á repetir, afirmando, para descargo nuestro, que gran espacio sería menester para analizar las obras poéticas de quien por todos conceptos vale tanto; cada una de sus poesías, revela por sí sola una inspiración potente, una educación poética que le permite acometer empresas para las que grandes bríos son necesarios, un estudio de la naturaleza admirable, un extenso conocimiento del corazón humano, y todo esto manifestado con la vehemencia á que le lleva la ardiente sangre que discurre por sus venas y la agitación de un cerebro ocupado constantemente en la gimnasia de los grandes pensamientos. Las latitudes en que primero ha respirado Altamirano, han llevado á su alma el fuego de los volcanes que con profusión abundan en México; de este poeta como de los anteriores ignoramos los detalles de la vida y no podemos hacer biografía, lo cual tal vez nos alegre, pues somos de los que por las obras queremos juzgar al hombre, y por ellas Altamirano

queda perfectamente definido diciendo que en la escala del sentimiento, tiene desde el ligero soplo que apenas las hojas del jazmin mueve, hasta el huracan terrible que acha sobrenatural desgaja las añosas encinas, cuyas raíces cual enroscadas serpientes á gran distancia de su tronco se extendian.

En las composiciones que de la segunda parte titula *En la muerte de Cármen*, *Al pie del altar*, y *Pensando en ella*, hay un mundo de sentimientos que nacidos en el mismo punto le bifurcan para volver á encontrarse, y una vez encontrados luchan y batallan hasta causar la desesperacion; hay momentos en que el poeta, atosigado por el pesar, revela la amargura que respira el libro de Job y otras tiene la unción mística que se admira en los Salmos, se vé desde luego una indecible verdad en la expresion de la lucha que en su alma se dá, pues se encuentra junto al piadoso pensamiento que á Dios agrada, la idea blasfema de que el mundo se asusta, porque ciertamente nada lleva tanto á la amarga desesperacion como los dolores que se cantan y Altamirano ha cantado los suyos. La muerte de una mujer que era su consuelo y aún más, pues por ella veia sonriente pasar el dolor, le arranca quejas y es causa de que emita pensamientos bellísimos y vierta imágenes seductoras; hay en ella algo del triste estado que en los ciegos se advierte; su móvil cabeza gira á todos lados, y al no hallar nada, fácil es calcular lo que en su alma siente. Tal vez como deducción del profundo pesar que le domina escribiera la que titula *Al pie del altar* ó fuera hija de otro grandísimo dolor, pues sólo se comprende, se explica y se disculpa el atrevido pensamiento que en ella centellea.

Vengo á tu templo con la faz sombría
y con el alma enferma de pesar,
buscando alivio en la desgracia mia
junto á la yerta losa de tu altar.
Jamás te importuné con mis plegarias;
sufria..... y nada te pedí, Señor;
yo he gemido en mis noches solitarias
devorando en silencio mi dolor;

pero hoy no puedo más.... hoy sí te pido
que termine clemente mi sufrir;
un siglo de pesar mi vida ha sido,
es mi esperanza única morir.

Comienzo es éste que deja adivinar el estado de un alma que en vanos esfuerzos se retuerce, que hace comprender la angustia de un corazón, á pesar de lo que, el pensamiento resulta bello, sin más que las ligeras gasas que aún no pudo romper en la mañana el sol naciente. *Pensando en ella*, es un verdadero Lied; hay en esta composición una sencillez ideal, un encanto cual sólo se siente en la quietud del bosque, donde las ilusiones ópticas se multiplican, pues ilusión óptica hay en esta composición. Su corazón sufre, se agita, llora, el alma vuela, y en la etérea región ve á la mujer querida, cuya realidad está en el cielo de las celestes visiones, y por consolarlo exclama:

Mírala ya en el cielo; hasta su planta
en tus horas más lúgubres levanta
tu esperanza cristiana y tu oración.
Y que renazcan de tu fé las flores;
ella vela por tí; sufre y no llores,
no llores más, mi pobre corazón.

Un sentimiento esquisito, puro y delicado, se advierte en la composición que, como recuerdo, dedicara el poeta á su madre, inserta también en esta segunda parte del libro que nos ocupa. Cuando, por ser la llamada á llevarnos en su seno, vemos á la mujer en el señalado puesto que tiene después de la gran reforma llevada á cabo por el mártir del Gólgota, nos dan lástima los que, más que nada, perjudicando sus intereses, procuran su emancipación y pregonan que deben adquirir la ilustración que los hombres adquieren para ocupar en la sociedad el puesto que ocupan ellos, y aún más lástima nos dan las que, seducidas por tan soñadas promesas, se aventuran en el árido estudio y se afanan por llegar, al mismo paso que el sexo á que creen enemigo, al punto

donde, según afirman, pueden llegar. A poco que se fijaran comprenderían, sin gran esfuerzo, que, como seres de la misma escala, tienen un fin que cumplir, para lo que ciertamente no les es necesario asistir á las clases ni subir á la tribuna; el camino que hay que recorrer para esto está erizado de escollos, donde en girones se queda el sentimiento, las luchas de la vida encallecen, el corazón y el alma tierna y juvenil siempre de la mujer hace gran falta en el mundo para contrastar los duelos, las penas y las aflicciones que se experimentan en la vida.

Vano será que en su apoyo impetren el gastado argumento de que por su debilidad abusamos; con esta condición es fuerte, y, los más, buscamos en el femenino pecho latidos que calmen nuestras angustias, frases que entibien nuestros pesares; no queremos hallar en ellas ni el complemento de nuestro mucho ó poco saber, ni el conocimiento que nos sea necesario. La mujer, como tal, tiene una elevada misión que cumplir, misión que excluye á todas las demás, y en la que más respeto, más gloria y más alabanzas consigue. Raro y muchas veces sobrenatural aparece en la historia el ejemplo de las heroínas; apenas si en algunas escritoras nos detenemos, y, si lo hacemos, las más de las veces reputámoslas como hombres; la mujer en la vida, como recibe alabanzas que embalsaman el universo todo, es como madre, y de esto no hay una línea en la historia de los pueblos que no pueda ser apoyo de nuestra opinión: desde la madre espartana hasta la divina madre que siente su corazón destrozado por el dolor al pie de la cruz, donde se cumple el más grande de los designios, hay un mundo de gradaciones: «vuelve con tu escudo ó sobre tu escudo,» dice la espartana á su hijo cuando se trata de la defensa de la patria; «hágase la voluntad del Eterno,» exclama la sublime María en el Calvario, cuando se trata de la regeneración del género humano, y así todas como madres ocupan puestos eminentes, y más se conoce á la madre de los macabeos que á Juana de Arco, y más á la madre de los gracos que á Teresa de Jesús, porque, como madre, la mujer tiene las súplicas y las lágrimas de los hijos, el amor de los propios, la consideración de los extraños, los

cantos de los poetas y el imperecedero recuerdo de los historiadores.

Después que con la caída del paganismo la mujer ocupó el puesto que le era debido, pocos serán los que no hayan cantado la madre; pero de entre ellos pocos serán ciertamente los que lo hayan hecho de tan magistral manera como Altamirano, el vate inspirado del Sur de la Nueva-España. Poeta de corazón, ha hecho un delicadísimo cuadro, en el que no se advierte esfuerzo ninguno; resulta natural, espontáneo, magnífico, porque canta con el más natural de los sentimientos, con el del amor filial; resulta noble, digno y elevado, porque canta á la mujer en el más culminante punto de su gloriosa carrera en la vida; nunca tendrá un átomo de la esplendente belleza de que está saturado éste, el que dedique á la abogada, á la médica y á la literata; aquél está sentido, éste tendría que pensarse, y trabajo cuesta arreglar, si es que se puede, la austera toga sobre el airoso traje con que el esbelto cuerpo luce, como violento sería amarrar á la caprichosa Psiquis al pedestal sobre que descansa la columna en que se apoya la voluta elevada del imponente templo.

Si alguna vez oímos cantar las alabanzas de una política ó de una legisladora, nos pararemos á discutirla con toda la severidad de la crítica, y sólidamente pensamos que habremos de terminar por una irónica sonrisa; al oír al poeta que canta á su madre, nos replegamos en el santuario de nuestra conciencia, se escapa de nuestro pecho un suspiro y sobre sus misteriosas alas dejamos cabalgar el alma toda para que vaya á caer á los piés de la nuestra, y más esto sucede cuando las composiciones nos excitan como nos sucede ahora con la del vate mexicano, que tan perfectamente sabe llorar su ausencia, como un ángel lloraria la del cielo y que tan vehementemente ansía su vista como los hombres todos ansiamos la dicha. Hay en toda la composición una ternura infinita que bien puede acreditar su sentido comienzo:

Se oprime el corazón al recordarte,
madre, mi único bien, mi dulce encanto;

se oprime el corazón y se me parte,
y me abrasa los párpados el llanto.
Léjos de tí y en la orfandad proscrito;
verte no más en mi delirio anhelo,
como anhela el precito
ver los fulgores del perdido cielo.

Y se advierte desde luego su rica y poderosa imaginación en el trozo que transcribimos:

Cuando contemplo en el azul del cielo,
en la mano apoyada la mejilla,
mis montañas azules, esa sierra
que apenas á vislumbrar mi vista alcanza,
Dios me manda el consuelo,
y renace mi férvida esperanza
y me inclino doblando la rodilla,
y adoro desde aquí la hermosa tierra
de las altas palmeras y manglares,
de las aves hermosas, de las flores,
de los bravos torrentes bramadores,
y de los anchos rios como mares,
y de la brisa tibia y perfumada
do tu cabaña está, mujer amada.

Hay trozos en tan bellísima poesía que nos obligan á repetirlos, nada, nada en el mundo existe ni existirá que iguale el sentimiento que el amor de nuestra madre despierta, y Altamirano ha dado una buena prueba de ello, porque el militar aguerrido, que ha afrontado mil peligros en la larga y tenaz lucha sostenida, el tribuno que sabe imponerse á las masas populares, el político cuya voz se oye con atención sobrada en el sagrado recinto donde las leyes se votan, el profesor que desde la veneranda cátedra imbuye á la estudiosa juventud los conocimientos de la ciencia del derecho, olvídale todo al nombre de su querida madre, se deshace de toda ambición, y dejando latir libremente á su corazón, exclama:

Ya te veré muy pronto, madre mia;
ya te veré muy pronto, ¡Dios lo quiera!
y oraremos humildes ese día
junto á la cruz de la montaña umbría,
como en los años de mi edad primera.

En la tercera parte del libro del Sr. Altamirano hay composiciones que revelan cómo en él también los desengaños han hecho presa; se ven en ellas como si tras las letras palpitaban roncos y ahogados suspiros de despecho y cólera; tras los versos se entreven esas sonrisas que el dolor arranca y con lágrimas se apagan, porque hay que conceder que viviendo en el mundo no podía ser de otra manera. Poco importan á la sociedad las elevadas condiciones y cualidades de un individuo; para nada se cuida de la ternura de su alma, ni de la espontaneidad de los sentimientos; le es todo igual, y con implacable saña en sus evoluciones y giros destroza cuanto halla como trituran las dentadas ruedas de una máquina lo que en su engranaje se interpone. Parécese en esto la sociedad á la muerte; en nada se para ni nada respeta, lo mismo á los de una clase que á los de otra, lo mismo á los que parece tienen derecho á vivir que á los que la vida es una pena, hiere y maltrata sin fijarse en nada, absolutamente en nada; mas existe entre ambas una diferencia que da lugar á que sean preferibles los rigores de la muerte á las decepciones que en la sociedad experimentamos; aquélla se lleva la vida y con ella el sentimiento, ésta nos hiere en lo más íntimo, dejándonos una existencia cargada de dolores, que son más de lamentar cuanto son más queridas las ilusiones que al extinguirse dieron lugar á su aparecimiento. De éstos son los que el poeta llorando canta en su primera *Cinevaria* que tiene por único epígrafe un punto de admiración, y en la que con recuerdos que no expresa, pero que deja adivinar, impone silencio al corazón que aún dentro del pecho se agita como voluntarioso niño que á la razón trata de desobedecer y al que el poeta dice:

¡Silencio, corazón, duerme y olvida

que fuiste niño y que sentir supistes;
 la lumbre de tu fé se halla extinguida,
 duerme en la noche de tus dudas tristes!

.....

 ¡Amor!..... ¿buscas amor? ¡delirio triste!

¿No está la llama de tu fé extinguida?

¡Amor! ¿lo crees aún?... ¿piensas que existe?

¡Silencio, corazón, duerme y olvida!

Hay en estos acentos una sin igual tristeza, hija del natural desencanto que produce tener necesariamente que pensar así, y pena da considerar lo que al hombre de sentimientos debe suceder cuando así amordaza lo que á la vida embellece; pena intensa se siente al verlo aherrojar lo único que da luz á la existencia cuando recordamos con lágrimas en los ojos que los cautivos de Babilonia á las márgenes del por ellos maldecido rio, colgaron de los sauces las liras doradas con que acompañaban sus cantos. Al mismo género que la anterior, pertenecen otras en las que el poeta se halla siempre á la altura del génio que se le tiene reconocido y de las que sólo hacemos mencion, sintiendo no poder detenernos á analizarlas; mashay entre ellas una, que por tocar en lo épico, merece que, abusando de la paciencia de nuestros lectores; digamos algo, ya que no sea lo que merece, porque á ello no alcanzan nuestras condiciones; es una de esas composiciones para cuyo recitado hay que exclamar:

Faró come colui che piange è dice;

composicion dedicada á una mujer que fué el motivo de la dolorosa inspiracion á que su generacion debe, y á la que, contemplando airado despues de su lectura, habria que interpelar diciendo:

¿E se non piangi di che pianger suoli?

porque hay situaciones en la vida de un hombre que de los demás arrancan lágrimas, recordando unos penas por idénticas causas sufridas y otros temiendo que en sus dias se pue-

dan dar, Un amor que todo lo absorbe y al través del cual, como tras vidrio mágico, se ve al universo entero iluminado con las dulces tintas de la aurora, una mujer de la que se hizo un ídolo y más que en Dios en ella se creía, un mundo fantasmágico que la pasión creara y que á gusto en él vivíamos, es una de esas épocas en la vida que siempre dejan recuerdos, pero el destino adverso nos obliga á la separación y lo que la vista no podrá alcanzar buscamos lo supla la esperanza, y obtenemos una promesa sobre la que dormimos cual los ángeles sobre las cerúleas nubes que forman las gradas del trono de Dios. Hé aquí el primer cuadro de la composición:

Pálido el rostro, en lágrimas bañado,
 Y ocultando en mi hombro tu alba frente,
 Con el seno oprimido y agitado,
 Mi mano presa entre la tuya ardiente,
 murmuraste tu adiós. «Voy á alejarme,
 »te dije, y voy de mi lealtad seguro.
 »¿En tu constante amor podré fiarme?»
 —Tú respondiste: ¡Siempre! ¡te lo juro!

Pasa tiempo, en el éter vagando la palabra nadie sabe dónde fué, pero es lo más triste pensar que nadie averiguará ya de dónde salió, que se olvidó tan pronto. Cual juguete en manos del niño, nuestro corazón destrozará una mujer haciéndonos convertir en el ángel caído que maldice y llora, pues hay lágrimas y maldiciones en las estrofas:

¡Siempre!... ¡Si apenas nace el sentimiento
 cuando el cansancio presuroso llega!
 ¡Si el deleite que llega es un tormento!
 ¡Si la luz que más brilla es la que ciega!
 ¡Siempre!... ¡La realidad de la existencia
 del ideal los sueños desbarata
 y del amor la fugitiva esencia
 el soplo de los tiempos arrebató!
 ¡Siempre! ¡Imposible y loco devaneo!

Del recuerdo la lumbre, en la memoria
sólo se aviva el soplo del deseo;
¡tal es del alma la constante historia!
¡Tierra del corazón! Tierra mezquina
do nada vive ni arraigarse quiere
donde hasta el mal efímero germina
y así naciendo fructifica y muere.

Creemos, pensando friamente, que modelos por el pensamiento y por la forma, acreditará siempre el pasaje citado al poeta verdadero que de sobrada inspiración dispone; pero no es Altamirano el poeta que dominado llora y llora siempre; se ve en él al hombre que sabe sobreponerse á los pesares, al hombre que anuda su corazón y que cuando se inclina por el inmenso peso de su dolor, simula hacerlo por galante cortesía, de lo que pruebas tenemos en los siguientes versos, magníficos como todos los suyos:

Nadie sabrá que un tiempo los sentidos
ébrios de nuestro amor y tantas veces,
en apurar pasamos embebidos
del deleite la copa hasta las heces.

Nadie sabrá tampoco que hora alguna
de placer amargó letal tormento;
que nuestro corazón sintió importuna
la espina de tenaz remordimiento.

Nada quitó mi amor de tu belleza;
ni el fuego intenso que en tus ojos brilla,
ni la altivez que anima tu cabeza,
ni las rosas que tiñen tu mejilla.

Ni un surco más en la tostada frente,
ni una lágrima menos en la vida,
ni otro dolor que mi desdicha aumente,
nada me deja tu lealtad perdida.

El mismo pensamiento que en esta composición que por nuestro mal no podemos transcribir íntegra, domina en la que el poeta dedica *A María*; un amor, una ausencia y un cruel desengaño que al alma sume en el más hondo de los pesares; pero en el *Perjurio* hay el anatema con que siempre debe condenarse; en ésta hay el dolor, sólo el dolor que en el corazón despiertan los recuerdos al poner ante nosotros, cual maléficos génius, cuadros de ventura que se desvanecieron en el espacio al rudo envite del tiempo, se perciben en ella, no los roncos acentos de la cólera, sino esos ecos vagos y misteriosos que parece copiamos de la naturaleza triste en los momentos en que el crudo invierno la despoja de sus galas. Y estas sensaciones y estas luchas están ejecutadas por el poeta de una manera tan admirable, que sin querer nos hacemos sujetos activos de ellas; sentimos creadas situaciones, notamos que se mueven nuestros labios, que nuestros ojos se cierran, y sin darnos cuenta al fantasma que vemos flotar en la sombra, cubierto el pecho por los largos rizos de su negra cabellera, perfumando el ambiente con su hálito y aún alumbrando las tenebrosidades de nuestra alma con su potente mirada, decimos como el poeta:

Marchamos siempre y á perdernos vamos
¡ah! de la muerte en el océano oscuro.
¿Hay más allá riberas?.... No es seguro;
quién sabe si las hay; mas si abordamos
á esas riberas torvas y sombrías
y siempre silenciosas,
allí sabré tus quejas dolorosas
y tú también escucharás las mias.

Mucho podriamos aún decir de tan esclarecido vate; á pesar de nuestra insuficiencia advertimos méritos sobresalientes en las composiciones de que, por falta de espacio y tiempo, dejamos de ocuparnos, pues plantel de bellísimos pensamientos y brillantes imágenes son las que titula *La Cruz de la Montaña* y *La Plegaria de los Niños*, así como las dedicadas á Isabel y á Ofelia Plissé. Ciertamente es que en algunas se ad-

vierten descuidos; no lo es ménos que se encuentran giros defectuosos; mas sobrada disculpa es para esto la impetuosidad del génio que hay que admirar en Altamirano y sus grandes condiciones como original y espontáneo, y más que nada justo es decir que el sol tiene sus manchas; pero ni se notan ni se advierten á ménos que el ojo humano no se arme del telescopio con este preconcebido fin. No hallamos, y con ánsia las hemos buscado, palabras con qué felicitar á la venturosa nacion que tales génios produce, y no las creemos necesarias por otra parte, pues convencidos debemos estar de que eterna felicitacion será para ella ver que la historia, con el dedo puesto sobre los nombres de los preclaros ingenios que nos ocupan, dirá al través de los siglos llenándolos de admiracion: «hijos de México.»

A. FERNANDEZ MERINO.





LA PATTI EN MADRID.

HACE un mes próximamente que el emperador Guillermo, de Prusia, bajaba al escenario del teatro Imperial de Berlin, y se dirigia al *Camerino* de Adelina Patti, con el objeto de presentar á la *diva* el testimonio de su admiracion y despedirse de ella, quizá (como él mismo lo dijo) para siempre.

Al salir del cuarto de la Patti, ésta dió la mano al emperador, y uno de los guantes de la *diva* cayó al suelo. Los ayudantes de Guillermo, que esperaban poco distantes del *Camerino* la salida de aquél, se apoderaron del guante de Adelina, lo hicieron pedazos, y se los repartieron para conservarlos como reliquia de aquella noche memorable.

Hace muy pocos dias, varios periódicos de Madrid publicaban la siguiente noticia:

«Esta tarde ha salido para París la señora Patti. Han bajado á la estacion muy pocos amigos: el Sr. Rovira, empresario del teatro Real, la artista señorita de Reszké y su madre y el maestro Sr. Goula.»

.....
Cuando la empresa del régio coliseo anunció la escritura

de Adelina Patti y del *signor* Enrico Nicolini, hubiérase dicho que á los abonados y al público que frecuenta el régio coliseo habia caído el premio grande de la Lotería de Navidad.

La satisfaccion más grande se retrataba en todos los semblantes; el empresario y sus innumerables partes alícuotas eran objeto de los mayores elogios; lo pasado se perdonaba sin trabajo, los censores de ayer se convertian en encomiásticos amigos, todo era júbilo y ansiedad gozosa, todo benevolencia, amabilidad y dulce contento.

Llegó la *diva* y los periódicos dieron preferencia en sus columnas á la publicacion de la fé de bautismo de la gran artista.

Adelina nació el dia tantos de tantos, y fué bautizada en la iglesia tal de Madrid, á tal hora y tantos minutos del dia tantos, sirviendo de testigos Fulano y Zutano y siendo oficiante el sacerdote Mengano. Los padres de la niña fueron D. Fulano de Tal y doña Zutana de Tal, etc., etc.

Era necesario recabar para España la honra del nacimiento de Adelina; era preciso recordar á los españoles que española era la sin par artista que iba á enloquecer en breve á Madrid entero.

El público, sobreescitado con tales noticias, se preparó, creíase en una demostracion de entusiasmo sin ejemplo; el nombre de la *diva* era el atractivo de todas las conversaciones, la córte no se ocupaba de otra cosa.

Entretanto la empresa del régio coliseo y los revendedores de billetes se ocupaban tambien de la Patti, pero con objetos muy distintos, y que habian de dar en el momento oportuno sus naturales resultados.

Algunos dias ántes de la primera representacion de la *Traviata*, ópera elegida por la *diva* para su *debut*, no se encontraba una sola localidad disponible en contaduría.

Todas se hallaban en poder de los revendedores, y todas se expendian á precios exorbitantes, fabulosos, jamás conocidos en la córte de España.

Los que tuvieron dinero ó entusiasmo suficiente para salvar todos los obstáculos con tal de presenciar la aparicion de Adelina en las tablas de nuestro gran teatro, pagaron á peso

de oro su delirio artístico ó su vanidad justificada; pero los descontentos se contaron en número considerable, los desahuciados constituyeron una mayoría inmensa, y fué más el público que asistió por puro lujo al *debut* de la *diva*, que el público verdaderamente entusiasta é inteligente que tuvo que sacrificar su inteligencia y entusiasmo en aras de la avaricia de la empresa y de las exigencias monstruosas de los revendedores.

Adelina fué recibida con entusiasmo durante los actos primero y segundo de la *Traviata*, y friamente acogida en el tercero y cuarto actos de la ópera de Verdi. Nicolini no gustó. Lo chichearon discretamente, y la cosa no tuvo por el momento alcances mayores.

En la segunda representacion de la obra citada, el público fué numerosísimo; pero no hubo que lamentar los excesos pecuniarios que se hicieron patentes en la representacion primera. El éxito de aquélla fué poco más ó menos igual que el de la anterior, con la diferencia de que Nicolini salió completamente desahuciado.

Un constipado pertinaz que aquejó á la *diva* y dió margen á multitud de variados comentarios, retrasó bastante la aparicion de Adelina en la segunda ópera, la *Lucía di Lammermoor*, en la cual la célebre artista se vió acompañada por Gayarre, circunstancia que aumentó de un modo considerable la ansiedad y el interés del público, dando margen á que las exigencias de los revendedores adquirieran caracteres verdaderamente alarmantes.

La entrada fué fabulosa, el negocio que hicieron la empresa y los industriales con ella confabulados enorme, el éxito para la Patti inmenso en el andante del ária de la locura, regular en la cavatina de salida y malo en el duo con el barítono.

La segunda representacion de la *Lucía* no elevó la temperatura del entusiasmo en la escena del delirio, y se mantuvo fria en las demás de la obra de Donizetti.

Faltaba la última de las óperas anunciadas, el *Barbero de Sevilla*, esto es, el *bouquet* final dispuesto por la empresa para dar el último golpe á los bolsillos del público y de los abonados.

Este golpe fué terrible, decisivo. Los escándalos que hubo en contaduría y las pretensiones de los revendedores, corrieron parejas con la indignación del público y las enérgicas protestas de la prensa, que clamaron en vano contra aquellos abusos sin precedente.

La *diva* fué muy festejada en su *cavatina*, pero las maravillas que de ella se esperaban con relación al dinero que la empresa y los revendedores exigían por oírla, parecieron bastante menguadas, en general, y el éxito resultó en el conjunto frío y reservado.

Frijo y reserva tales, adquirieron proporciones realmente inesperadas en la última función, representación segunda del *Barbero de Sevilla* verificada como despedida de Adelina, durante la cual el público no se dió por convencido, sino que manifestó un disgusto mal disimulado, una especie de molestia, de malestar que se retrataba visiblemente en todas las fisonomías.

Al terminar el espectáculo, parecía que el público se había quitado de encima una pesada carga y que, lejos de sentir la marcha de la *diva*, se regocijaba; al contrario, de verla desaparecer de la escena del régio coliseo.

El suelto dando cuenta del escasísimo número de personas que había acompañado á la Patti y Nicolini á la estación del ferro-carril del Norte, aparecía al día siguiente de la despedida de la *diva*, en varios diarios de Madrid.

Y hé aquí cómo Adelina Patti vino al teatro Real por todos deseada y se ha marchado después de tomar parte en seis funciones, sin que nadie, puede decirse, la haya despedido, sin que nadie haya sentido el más leve pesar por su marcha, poco aplaudida, no muy bien tratada y acompañada por una inmensa mayoría de voluntades que desean que... no vuelva.

Lo que hemos hecho es historia pura, un relato exacto y verídico de lo sucedido. En realidad, tales y tan extrañas circunstancias han constituido en la historia de Adelina Patti un acontecimiento imprevisto, inusitado, inverosímil, quizá el único en su género.

Aún hay en Madrid muchas personas que no se dan cuenta

de ello, que no comprenden la conducta anómala que el público madrileño ha observado con la gran artista que ha sido objeto de especial predilección por parte de todos los públicos, á quien los soberanos de Europa han colmado de agasajos y que ha dejado rastro indeleble de su talento y dotes privilegiadas en los primeros teatros del mundo.

El hecho vale la pena de ser estudiado, y nosotros vamos á tratar de hacerlo, investigando las causas que hayan podido dar márgen á la recepcion y despedida no muy cordiales de que en la córte de España acaba de ser objeto la Patti.

En nuestro concepto, dos han sido los principales motivos que pueden alegarse como justificación de la conducta observada por el público madrileño con la *diva*. El primero y principal está fuera completamente del campo artístico, no afecta para nada á las dotes de cantante que han hecho célebre el nombre de Adelina; el segundo se halla directamente relacionado con la cantante y con la artista.

No basta que una empresa escriture á una celebridad cualquiera; los conocimientos más elementales de lo que es la marcha de un teatro como el Real de Madrid y de las íntimas relaciones que existen entre los abonados del régio coliseo y las diversas vicisitudes á que siempre se ven expuestas las temporadas líricas, deberian establecer entre la empresas y el público obligaciones de reciprocidad que dulcificarian muchas asperezas y serian en ocasiones circunstancias atenuantes para más de un desacierto.

La práctica demuestra, además, y de ello hay ejemplos diarios, que el deplorable estado á que hoy ha llegado el arte, merced á las maquinaciones é intrigas que ponen en juego las pretenciosas medianías para hacerse pasar por eminencias, obliga á las empresas á rodear de ciertos cuidados, de ciertas precauciones á los verdaderos artistas, para que el público pueda juzgarlos en su real y justo valor.

Las empresas que comprenden el lado industrial de las especulaciones teatrales, no se contentan con anunciar á son de trompetas y clarines la escritura de una gran cantante, por extendida que se halle su fama, por legítima que sea su reputacion, sino que dirigen además sus esfuerzos á compa-

ginar del mejor modo posible las exigencias del público con los recursos del teatro, gastando en esto un lujo de consideracion, de cortesía y de buenas formas que atenúa el mal humor de los descontentos y prepara el éxito de la artista.

La actual empresa del régio coliseo ha entendido las cosas de una manera completamente distinta y sobre ella debe recaer en su mayor parte la responsabilidad de lo acaecido en Madrid á Adelina Patti.

Faltando abiertamente y con la mayor despreocupacion á la consideracion y á las conveniencias que el público alcanza fácilmente de todas las empresas, la del teatro Real empezó por cerrar sus despachos dias ántes de la primera representacion de la *diva*, y por entregar las localidades á los revendedores de billetes, cuyas exigencias no han conocido límites.

Y no fué esto sólo, sino que atentando á la comodidad de los abonados, introdujo localidades suplementarias donde quiso y pudo, llenando huecos que obstruian el libre tránsito del espectador y poniendo de manifiesto la avaricia sin ejemplo, el afan de alambicarlo todo y de explotarlo todo que domina á esa empresa desde que, para desdicha del arte, de los abonados y del público, tomó en mal hora posesion del régio coliseo.

Las quejas que esa desatentada conducta originó, no son para contadas. De la cortesía y buenas formas con que los empleados de la empresa atendian las justas reclamaciones de los abonados y el público, éstos mejor que nosotros pueden dar sabrosa cuenta, de los escándalos que en la contaduría hubo que lamentar, muchos han llegado á oidos de todos.

En una palabra, habia que ser amigo *privilegiado* de la empresa ó capitalista, para darse el lujo de escuchar los divinos acentos de Adelina. El negocio era para la empresa y los revendedores, para ellos quedaba el *dessus du panier*, como dicen los franceses. Para el público la guillotina de los revendedores que decapitaban á mansalva los bolsillos del prójimo.

Es más; viendo la empresa que habia que explotar, no una cuestion de arte, sino una cuestion de lujo y de vanidad,

viendo que las funciones de la Patti no implicaban principalmente el deseo de oír á la *diva*, sino de exhibirse en el teatro para ver y ser visto, se lió la manta á la cabeza y estableció en contaduría, con la desfachatez más increíble, la reventa oficial de localidades. Esto lo han dicho en letras de molde varios periódicos y la empresa no ha podido ó no se ha dignado desmentirlo.

Todas estas circunstancias, iniciadas con bastante ímpetu y repetidas bien pronto con caractéres alarmantes y de decidida permanencia, irritaron los ánimos del público y fueron otros tantos elementos de desconfianza que en torno de la Patti se reunieron.

Cantó la *diva Traviata, Lucía y Barbero*, ópera antipática la primera para nuestro público, y desprovistas las otras dos de todos los fastuosos accesorios del gran repertorio moderno, que son cuadro adecuado al esplendor y al lujo que nuestro teatro ostenta en circunstancias extraordinarias.

El público midió, como era natural, la perfeccion y el mérito del espectáculo en relacion al dineral que costaba la asistencia, á las molestias sin cuento que ocasionaba ésta, y encontró en el asunto un gran desequilibrio. Juzgó, y juzgó muy bien, que el talento privilegiado y las dotes excepcionales de la *diva* no se ostentaban en las óperas arriba citadas, sino en ciertas y determinadas escenas; que lo que la Patti cantaba bien, lo cantaba de un modo único incomparable; pero que más de una vez incurria en faltas de entonacion, en deficiencias y descuidos notables como una cantante cualquiera, que las piezas de conjunto se resentian de falta de unidad por el desden olímpico con que la *diva* se negaba á asistir á los ensayos; en suma, comparó el *debe* con el *haber*, y halló que éste era muy exíguo.

Pero era necesario asistir al teatro á toda costa. ¿Qué persona de buen gusto y de buen tono se hubiera atrevido á decir:—No he oido á la Patti?

Y los que tuvieron dinero lo gastaron en butacas y palcos para mayor contento de los revendedores ó de la empresa; los que no tuvieron dinero, lo buscaron á costa de los sacrificios que puede suponerse; los más cuerdos ó más modestos ciñe-

ron sus pretensiones á un asiento de palco ó á un paraiso, y se impusieron la delicia de asfixiarse durante tres horas.

Cuando llegó la despedida de la *diva*, el público estaba hastiado, estaba aniquilado, los unos de gastar, los otros de sufrir las molestias inimaginables de las localidades altas.

La Patti constituía una carga, un censo, un artículo de primera necesidad que pesaba sobre todos como un monolito inmenso, del cual deseaban todos desembarazarse, so pena de morir aplastados bajo su peso.

Así se explica el suspiro de satisfacción que exhalaban todos los pechos cuando Adelina se marchó; así se explica la glacial despedida que se la hizo; así se explica la alegría que su marcha ha producido. La que se iba era una pesadilla, más que una artista; era un vampiro que había dejado secos para mucho tiempo los bolsillos de Madrid, en beneficio de ella misma, de la empresa del teatro Real y de los revendedores de billetes.

La responsabilidad principal de lo ocurrido, como hemos tratado de demostrar, debe recaer sobre la empresa, sin que sean extrañas á ello, por supuesto, las circunstancias de valor puramente artístico que hemos apuntado.

En la noche de despedida, la empresa del teatro Real dicen que obsequió á la diva con una golondrina que llevaba en el pico la siguiente rogativa inscripción:—¡Volverá!

Nosotros contestamos con esta sola palabra:—¡Ojalá!

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.





LA CUESTION DE MARRUECOS.

I.

LA casa editorial Gaspar y Roig acaba de publicar la traducción española de la obra titulada: *Marruecos, el país y los habitantes*, que escribió en 1879 y publicó en 1880 el teniente coronel alemán señor Von Conring. Como este libro, de más de 350 páginas, por la gran cuestión que trata y por las circunstancias en que la trata, sin duda ha de llamar la atención, creemos conveniente examinarlo para que los lectores de nuestra revista, teniendo los datos á la mano, puedan juzgar con conocimiento de causa y por sí mismos. Por vía de prólogo, y desde luego les aseguramos que no perderán el tiempo que empleen en el estudio de esta cuestión, ahora tan agitada en todas partes.

Por lo pronto, no estará de más el recordar que á fines de 1879, la prensa francesa que recibe inspiraciones de Gambetta, empezó á mostrar no poco empeño en hacer creer á los españoles que tenían una gran misión que cumplir en Marruecos. Algunos meses despues, el Sr. Carvajal, diputado á Córtes, que, al parecer, procedía de acuerdo con Gambetta, pronunció en el Congreso un discurso, tan elocuente

como intencionado, con el propósito exclusivo de demostrar que España, en union con Francia, debía fijar bien su vista en la actual situacion del imperio marroquí. Además, en el Ateneo, en la Seccion de Ciencias morales y políticas, cuyo presidente era el propio Sr. Carvajal, al tratarse de la raza latina, se habló no poco ni pocas veces de los intereses importantísimos que, según los oradores *oportunistas* ó *posibilistas*, nos empujaban ahora hácia Africa.

Inútil es advertir que esta política de aventuras, en tan mal tiempo proclamada, como no podia ménos de suceder, encontró impugnadores que la desentrañasen é hiciesen ver que en ciertos casos,

*Il TIMEO DANAOS
Chi non ricorda,
Sotto la clamide,
Trova la corda.*

La política, hoy preponderante en Francia, queria que fuésemos ahora los españoles á Africa, como ántes fué el infortunado emperador Maximiliano á Méjico. Y, ¡cosa singular! Francia, que siempre se habia opuesto á nuestras conquistas en Africa, nos excitaba ahora para que pensásemos en Marruecos. ¡Cuántos y cuán insondables son los *misterios políticos!*

Y lo más notable es que, al mismo tiempo que la prensa gambettista nos hablaba en este sentido, *L'Independance Belge* y muchos otros periódicos extranjeros anunciaban que varios ingenieros prusianos estaban recorriendo el territorio marroquí, por órden del gobierno de Berlin y con los fines político-económicos que se adivinan fácilmente. No nos ha sido posible averiguar si todo esto seria exacto; pero al ménos, puede ya asegurarse que el teniente coronel aleman Von Conring, autor de la obra que analizamos, en 1878, esto es, en la propia época, pasó cuatro meses, de Junio á Setiembre, entre Tánger y Marruecos. ¿Estaba sólo este tan ilustrado oficial? ¿No le precedieron ni siguieron algunos otros? Esto se sabrá más tarde. Por hoy, bástenos dejar sentado que Marruecos está ahora convertido en una verda-

dera cuestion diplomática, y que Francia en un sentido, y Prusia en otro, enteramente opuesto, nos invitan á que tomemos parte en esta tan compleja cuestion.

Estas breves observaciones histórico-políticas arrojarán quizá alguna luz sobre lo que llamaremos la *filosofía* de la obra que vamos á analizar.

II.

La obra del Sr. Von Conring, titulada *Marruecos*, está escrita en un estilo muy sencillo y muy claro. Con frecuencia parecen excesivas su claridad y su sencillez. Sin tanto naturalismo pudiera comprenderse bien todo lo que se quiere manifestar. La *ingenuidad*, que, dentro de los límites de la prudencia, es una virtud admirable, cuando traspasa la esfera de lo justo, se convierte en un vicio que no es para admirado. El lenguaje del libro no debe ser el del vulgo, ni siquiera el de la intimidad y la confianza. Prescindiendo del gusto literario, la demasiada franqueza favorece poco y puede perjudicar mucho.

Por ejemplo, despues de leído el libro de Mr. Conring, no hallarán buena acogida ni mucho ménos los hombres de ciencia que se atrevan á recorrer la costa occidental de Africa. El autor de *Marruecos* ha dicho cuanto ha querido contra cónsules, comerciantes, autoridades indígenas, etc.; pero no sabemos si esto será causa de que autoridades indígenas, comerciantes y cónsules se prevengan, por lo ménos, contra todo viajero que, con el lápiz ó la pluma en la mano, se acerque á Tetuan ó Tánger.

Y no se crea que nuestros temores son infundados. Para que se vea que nos quejamos con razon, suprimiendo, por supuesto, los nombres propios, expondremos algunos, sólo algunos ejemplos.

En la página 250 de la edicion española, que es la que tenemos ahora á la vista, hablando de un gran personaje, que vivia y vive, nombrándolo con todas sus letras, se dice: «Es un canalla de primera clase.»

En otro lugar, en la página 70, dice Mr. Conring: «Es un canalla de lo más redomado é infame que esta tierra produce.» Y, como si aún no bastase, poco despues, en la página 71, hablando de un personaje, que designa con su nombre, su apellido y su oficio, añade: «Su historia escandalosa corre de boca en boca. Es una vergüenza para nuestra nacion.»

Tratando de los diplomáticos residentes en Tánger y de no pocos cónsules de la costa, se dicen cosas que no son ni para indicadas, por caer directamente bajo la jurisdiccion del Código penal. No podemos ni comprender cómo un hombre tan instruido y tan sensato no ha visto cuán poco conveniente es el dejar correr la pluma, empujada por el mal humor.

El autor de *Marruecos*, refiriéndose á diplomáticos y comerciantes, que nombra y que viven, los acusa de hacer negocios de muy mal género y hasta de tener debilidades personales, de las que no indican gran severidad de costumbres. Y cuenta que no se habla sólo de padres y maridos; se habla con igual ó mayor libertad de esposas y hermanas, hijas y amigas, y de todo lo que se viene á la imaginacion. En el libro de Mr. Conring hay escenas que no se ven ni en el *Assommoir*.

Esto, que bajo el punto de vista moral no es bueno, y que bajo el punto de vista social es peligroso, bajo el punto de vista científico deja muy mal parada la autoridad de la obra. En efecto, Mr. Conring, que no estuvo ni cuatro meses en Marruecos, no tuvo tiempo material para asegurarse de la exactitud de tantas y tan extrañas anécdotas. No dudamos que habria, como hay siempre, *Ciceroni*, que por satisfacer la curiosidad y mostrarse enterados de todo, darian rienda suelta á su fantasía y á su lengua; pero, ¿qué son estos *cuentos* ante la crítica? ¿Basta que un judío, de oficio *acompañante*, diga lo que se le ocurra para que al momento se escriba y se publique todo lo que ha dicho?

El duque de Saint-Simon, tan amigo de lo que se llama la *crónica escandalosa*, no pudo recoger en ochenta años tantas anécdotas *domésticas* como ha recogido Mr. Conring en menos de cuatro meses, y tratándose de un país para él entera-

mente desconocido y de una distancia de más de doscientas leguas. ¡Es mucho ver y demasiado oír para tan poco tiempo!

Además de esto, en el libro de Mr. Conring se hallan cosas que son hasta raras. En la página 24, por ejemplo, se afirma que «para los moros es desconocida la menor idea de patriotismo.» Esto, que tan contrario es á la verdad histórica, no prueba sino que así es como se escribe cuando se recorre un país á vista de pájaro. Mr. Conring, que no habla el árabe, y que ha estado muy poco tiempo en Marruecos, no ha podido oír sino á los judíos nómadas que le servían de intérpretes; á los renegados, que, por lo común, no saben hablar sino mal de todo y de todo el mundo; á los ex-criados ó ex-empleados de las legaciones que, naturalmente, no se cansan de maldecir de sus antiguos señores, y á unos cuantos, no muchos, indígenas, de esos que no entienden bien las preguntas que se les dirigen ó dicen que sí á todo para contentar al que les paga.

Esto explica cómo Mr. Conring, no obstante su buena fé, puede decir lo siguiente: «N., en el cual reconozco á una de las pocas personas decentes de Marruecos.» (Página 164.)

Fijémonos todavía en otro lunar de la obra. En el capítulo XVIII, página 333, después de describir la célebre batalla de Alcazar-Kibir, dice Mr. Conring: «Los pliegues de mi sombrero, semejante á un turbante, á pesar de estar además cubierto con la gran capucha de mi ordinaria *djellaba*, no eran suficientes á protegerme contra los abrasadores rayos de un sol de Agosto, hoy 4 de Agosto de 1878, que visitaba aquel campo de batalla precisamente á los trescientos años de aquel eternamente memorable combate.»

En esto debe haber algún error, por supuesto, de todo punto involuntario. Mr. Conring el día 4 de Agosto de 1878, tercer centenar de tan célebre batalla, no pudo hallarse en Alcázar-Kibir. Para convencerse de ello no se necesita sino recordar la época y fechas particulares de cada una de las escalas de su viaje.

Mr. Conring, como declara él mismo, llegó en Junio á Tánger, y en compañía de Si-Tíbi, que acababa de estar

como embajador del sultan en Berlin, por el mar, y siguiendo la costa, sin detenerse sino horas en los puntos en que se detenía el vapor, llegó á principios de Julio á Saffi. En este punto permaneció diez y siete dias, esperando la autorizacion del Gobierno para poder continuar su marcha. Recibida esta autorizacion, abandonando la costa el 21 del mismo mes, empezó á caminar hácia Marruecos, capital del imperio, á la cual llegó el 25 por la mañana.

Hacia un calor que para Mr. Conring era insoportable. Él mismo confiesa que no bajó de 37 grados Reaumur y que algunas veces llegó á 40. Segun dice, tanto de dia como de noche, vivia materialmente sofocado.

Los últimos dias de Julio le fueron indispensables para instalarse, descansar algo, ver la ciudad, tomar lenguas, buscar relaciones y prepararse y prepararlo todo para las audiencias. Por confesion propia, «empleaba su tiempo, obligado por la necesidad, en esperar su resultado,» el de la primera audiencia, y las gestiones ya hechas para la segunda. (Página 162.)

Segun cuenta, los dias 11 y 12 de Agosto, de un calor horrible, los pasó en Marruecos. (Página 163.) Como en los dias posteriores tuvo la cuestion de los regalos, la segunda y última audiencia, etc., claro es que tampoco pudo salir de la capital sino para visitar á caballo sus alrededores.

Obtenido el permiso para retirarse, el 21 de Agosto salió de Marruecos, y el 24 por la tarde llegó á Mogador. Aquí se embarcó de nuevo, y siguiendo como ántes la costa, el 7 de Setiembre entró en Tánger, de donde el 10 volvió á salir para Marsella.

Como se vé, Mr. Conring no pudo estar el 4 de Agosto en Alcazar-Kibir. Para persuadirse de ello, no se necesita sino recordar que Marruecos está al Sur, ya á la vista del Atlas, y Alcazar-Kibir se encuentra al Norte, muy cerca del Estrecho, á pocas leguas de Tánger, y entre el puerto de Larache y las montañas que dominan á Tetuan, mucho más acá de Fez. Marruecos dista más de Alcazar-Kibir, que Málaga de Vitoria. Para ir de Marruecos á Alcazar-Kibir, no hay más que los siguientes caminos:

1. Por Saffi ó Mogador, tomando en uno de estos puntos el vapor para Larache ó Arzila, ya á la vista de Tánger.
2. Por el interior, camino directo de Fez, que es larguísimo y en extremo penoso.
3. Por Mequinez y Fez, algo más concurrido, pero bastante más largo.
4. Por Rabat y Salé, siguiendo la costa por tierra hasta Larache, ó torciendo hácia Fez, que por lo largo, lo pesado y lo malo, seria horrible.

Para ir y volver de Marruecos á Alcazar-Kibir, se necesitan, cualquiera que sea el camino que se adopte, por lo ménos dos semanas. Y esto caminando como caminan los correos.

Si, pues, el Sr. Conring entró en Marruecos el 25 de Julio y á principios de Agosto fué recibido por el ministro del sultan, y el 11 del mismo mes se asfixiaba, segun dice, en esta capital, ¿cómo pudo estar entre el 1 y el 11, el 4, en Alcazar-Kibir? Ya se sabe que en Marruecos no hay ferro-carriles, ni diligencias aceleradas, ni aún caminos para correr, como ántes se decia, en posta.

Nos hemos fijado tanto en esto, porque nos ofrecia pretexto para dar una idea del territorio marroquí, y además, porque conviene tambien que se vea que, como el mundo es mundo en todas partes, no es del todo imposible el tropezar con descuidos notables en los libros escritos por alemanes y publicados en Alemania.

III.

El libro del Sr. Conring tiene, á no dudarlo, un gran valor científico. Aunque su método parezca algo confuso, y aunque le falte aliño y lo que se llama la *segunda mano*, tiene mucha erudicion, dá á conocer el país y su poblacion, y como obra de propaganda, puede ser de suma utilidad.

En *Marruecos, el país y los habitantes*, hay parte histórica y parte descriptiva. En lo que atañe á la historia, claro es que no puede hallarse sino lo que los historiadores dicen. Mr. Conring, que no ha estado sino cuatro meses muy esca-

sos en el territorio marroquí, no ha podido, por falta de tiempo, buscar antiguos documentos, si es que existen, para ampliar los conocimientos que hoy se tienen, ó resolver dudas que hasta ahora no se han podido resolver. El mismo Mr. Conring, aunque cree que acaso exista aún, al ménos en parte, la célebre biblioteca de Fez, confiesa que, ni pudo verla, ni halló siquiera quien de ella le quisiese hablar. ¡Tanto es el misterio con que rodean los marroquíes los monumentos ó los restos de los monumentos de su antiguo saber!

Verdad es, que tambien pudiera suceder que la antigua biblioteca de Fez no se hubiese compuesto sino de la preciosa coleccion de manuscritos que, durante la dominacion de la casa de Austria, pasó desde la costa africana á San Lorenzo del Escorial.

Sea de esto lo que sea, lo cierto es que Mr. Conring, por falta de archivos que consultar y de tiempo para consultarlos, ha tenido que limitarse á extractar lo más selecto de los autores más competentes. Esto, la no originalidad de sus noticias, no disminuye en nada el mérito de su obra. El trabajo de las abejas no deja de ser admirable, por más que no sean ellas las que forman las flores que les dan su jugo.

A Mr. Conring no se le puede pedir sino amor á la verdad, diligencia y exactitud, y, haciéndole justicia, no favor, no podemos ménos de convenir en que ama la verdad, la busca con empeño, y cuando no se trata de anécdotas de cierto género, la expone con la más escrupulosa exactitud.

Nos llama la atencion la circunstancia de que Mr. Conring se contente con nombrar al principio unos cuantos autores, y despues, en todo el curso de su obra, por sistema se abstenga de autorizar con citas lo que dice. Esto en un escritor tan erudito es una verdadera falta. Comprendemos que en un libro, como este, que es de propaganda popular, los muchos textos pudieran ser nocivos; pero, aunque así sea, siempre resultará que si las muchas citas son un mal, la falta absoluta de textos obliga á recordar que el defecto puede ser un exceso, como otro cualquiera. Como *virtus in medio consistit*, la obra sin duda valdria mucho más, si, por ejemplo, al hacer la reseña histórica de cada ciudad marroquí, se

hubiese citado el escritor que con más extension hubiese hablado de ella. Esta añadidura, sin aumentar el volúmen ni embrollar la narracion, hubiese podido ser provechosa para los eruditos, para los hombres de Estado y hasta para los simples periodistas. Estas indicaciones, que para Mr. Conring no podian ser más fáciles, para no pocos de sus lectores hubieran sido un gran ahorro de trabajo. ¡Importa tanto tener á la mano las fuentes históricas! ¡Suele costar tanto trabajo y tanto tiempo el hallarlas, cuando ó no se sabe cuáles son ó se ignora donde están!

En la parte descriptiva Mr. Conring habla unas veces como testigo ocular, y otras, las más, refiriéndose siempre á testimonios ajenos. Esto era de todo punto inevitable. Mr. Conring tenia que hablar de todo el territorio de Marruecos, y no habia visto sino una parte. Indicamos esto, no como un vicio, que no lo es, sino para que no extrañe á nadie la diferencia que no puede dejar de notarse entre el relato de lo visto y la exposicion de lo que sólo se ha oido ó leido.

Mr. Conring, que se separó muy poco de la costa, estuvo en Tánger algunos dias, y horas, las que le concedian las escalas del vapor, en Arzila, Larache, Mehedia ó Mamora, Salé, Rabat, Fedala, Casa-Blanca, Asimor, Mazagan, Tit, Oualidiah, Mogador y Saffi. Tambien estuvo en Marruecos, y, como se detuvo en esta capital cerca de un mes, desde el 25 de Julio hasta el 21 de Agosto, no obstante el calor, que era terrible, y los disgustos, que no le faltaron, tuvo tiempo bastante para hacer algunas breves excursiones hácia los alrededores.

La descripcion de estos puntos, que visitó Mr. Conring, aunque sea la más *curiosa*, no es, por cierto, la más instructiva. Las *anécdotas* personales y domésticas, de que ya hemos hablado, podrán entretener á los amigos de la *crónica escandalosa*; pero no contribuirán mucho á facilitar la civilizacion ó la mejora moral y material de Marruecos.

Los puntos de que habla Mr. Conring, sin haberlos visitado, son: el Alto Atlas, hácia el cual supone una excursion; Santa Cruz de Agadir, de la cual ahora se habla tanto, que dista unas 50 leguas, direccion SO. de Marruecos; la comar-

ca de Rio Nun ó Noun, en la propia direccion y casi á la propia distancia de Agadir; la ciudad de Tarudant, á 45 leguas de Marruecos; Taflete, á cien leguas, al SE. de la capital, ciudad hasta ahora cerrada para los no mahometanos; Mequinez, la principal ciudad del interior; Fez, tan célebre en otros tiempos; Muley-Edris, que ahora casi ni se nombra; Alcazar-Kibir, que sólo se recuerda por la desastrosa batalla de 1578, que costó la vida al rey de Portugal, D. Sebastian, y Tetuan, ciudad ya de la costa, entre Ceuta y Tánger, de la cual tanto se ha hablado y escrito en los últimos veinte años.

Mr. Conring, al tratar de estos puntos, por él no visitados, no dice más que lo que saben los eruditos; pero como los eruditos son siempre pocos, su trabajo será utilísimo para muchas gentes.

IV.

La mision que Mr. Conring llevó á Marruecos no está aún bien definida. Por una parte parece puramente científica, y por otra muestra visos de tener mucho de mercantil y algo, no poco, de oficiosa ó de política. El mismo Mr. Conring, despues de recordar que en 1877 fué una embajada alemana á Marruecos, y en 1872 otra marroquí á Alemania, como para explicar el motivo de su viaje, dice: «Preparado el terreno para establecer una inteligencia entre las dos naciones, el autor de estas líneas fué encargado por uno de los primeros industriales alemanes (que siempre se ha sacrificado de una manera digna cuando los intereses nacionales lo han exigido) de hacer un estudio sério sobre el terreno *delas condiciones industriales y comerciales* de Marruecos.» (Pág. 5.)

Esto, que es lo único que dice Mr. Conring, no aclara por completo el misterio; pero nosotros, que no sabemos más, sólo podemos añadir que, ó mucho nos equivocamos, ó el libro de que se tratá tiene un gran fin político.

Mr. Conring, que no vió al sultan ni dice si intentó verlo, aunque acaso lo desease, fué recibido dos veces por el primer ministro, Sidi-Musa. Este gran personaje, muerto hace

poco, que era negro, ya ochenton y no sabia escribir ni áun leer, se habia apoderado por completo de la confianza del emperador y era considerado como dueño absoluto del imperio.

En la primera audiencia, casi sólo de ceremonia, Mr. Conring se limitó á mostrar los objetos preciosos que llevaba, no se sabe si para regalarlos. En la segunda audiencia, obtenida muchos dias despues y no sin dificultad, se habló mucho, no siempre en tono amistoso, y se puso fin á la conversacion, conviniendo los dos interlocutores en que no era posible convenir en nada.

Mr. Conring pidió permiso para abandonar el territorio marroquí, lo obtuvo bastante pronto y se retiró, sin poder hablar de política ni haber adelantado lo más mínimo en el terreno mercantil. El fracaso, pues, de su mision, como él mismo confiesa, fué completo. Y ¿á qué se debe esta desgracia?

Mr. Conring da á entender con bastante claridad que la influencia de los agentes secretos de Francia y la Gran Bretaña entraron por mucho en esto. La verdad es que Conring, que se habia descuidado algo ó habia confiado demasiado en su amigo Si-Tibi, gobernador de Saffi y ex-embajador en Alemania, no tenia en Marruecos otro apoyo que el de un desertor del ejército prusiano, que despues de rodar bastante por la Argelia, habia renegado para poder entrar en Tafiote, y poco á poco habia podido llegar hasta Marruecos, donde como armero, servia en la casa imperial. Este hombre, algo dado á la embriaguez y lleno de vicios, que, al decir de Mr. Conring (página 359), le han ocasionado su muerte, pudiera quizá dar algunas noticias; pero, de seguro, no seria de grande utilidad para vencer dificultades.

En cambio, Mr. Conring, segun confiesa, tenia contra sí varios agentes, más ó menos diplomáticos, que por lo visto, no se ocupaban sino en cerrarle puertas. Un oficial francés, ocupado en instruir á los artilleros islamitas y un personaje misterioso, tambien francés, que se titulaba baron de Saint-Julien, no cesaban de trabajar para impedir que Prusia entrase en Marruecos vendiendo para salir mandando.

Mr. Conring se queja igualmente de Mr. Hay, ministro

plenipotenciario de Inglaterra en Tánger, que, naturalmente, trabajando *pro domo sua*, haría todo lo imaginable por demostrar al emperador y á su primer ministro que las fábricas inglesas están mucho más cerca que las de Prusia.

Mr. Conring, que sólo piensa en su misión, clama contra Mr. Hay, porque detuvo tres semanas su solicitud de audiencia en Tánger, y en el mismo Marruecos le suscitó obstáculos insuperables, por medio de Abu-Beker, que era su agente, y del propio Sidi-Musa, que estaba con él en la más perfecta inteligencia.

Estamos seguros de que Mr. Conring sabe bien cómo hubieran podido vencerse estas, al parecer, tan graves dificultades; pero, ¿tenía medios suficientes para conseguirlo? En Marruecos, como suele decirse, «no hay cerradura cuando es de oro la ganzúa;» pero ¿hay siempre ganzúas de oro?

Mr. Conring, creyendo acertar, había cometido un error, que agravaba bastante las dificultades de su tan crítica situación. En vez de ir á Marruecos sólo y como un mero explorador científico, lo cual le hubiera permitido viajar con economía, tuvo la desgracia de unirse á la embajada marroquí y caminar casi como embajador, lo cual, además de alarmar á los agentes diplomáticos, le ponía en la necesidad de ir sembrando oro por todas partes. ¿Quién no espera grandes regalos del representante presunto de una gran potencia?

En Saffi, en el palacio mismo de Si-Tibi, una niña, aleccionada por alguien sin duda, pidió ya ricos presentes. Mr. Conring no pudo dárselos, tuvo que hacerse el desentendido, y... ¿quién sabe si esto sería el principio de muchas otras cosas?

El propio Si-Tibi, gobernador que era y embajador que acababa de ser, según cuenta Mr. Conring, le pidió cinco duros «para pagar á los mozos de cuerda que habían cuidado de su equipaje. De estos cinco duros Si-Tibi dió uno y se guardó cuatro.» Mr. Conring, que, según dice, vió esto, no cayó en la cuenta de que el embajador ya había olvidado lo mucho que se había hecho con él en Berlin, y sólo pensaba en que no le vendría mal la recompensa material y al contado de los obsequios que hacía en su propia casa.

Mr. Conring tenia en Marruecos una casa mala y habia pedido otra mejor. Los soldados que estaban á su servicio le manifestaron sin rodeos que conseguiria mejor hospedaje si ántes se mostraba algo generoso. Esta insinuacion no fué tampoco atendida. Mr. Conring, por no hacerse cargo de las circunstancias, rompió bruscamente el contrato, con lo cual, además de condenarse á sufrir un calor horrible, sólo podia conseguir que se le tuviese por pobre, es decir, por hombre á quien no convenia servir.

Abu-Beker, dueño de la casa que habitaba Mr. Conring, pasaba por agente secreto de Inglaterra y tenia un alto puesto, el de introductor de embajadores, cerca de Sibi-Musa y áun el sultan. Abu-Beker obsequió los dos primeros dias á Mr. Conring, y al tercero le hizo saber que para lo sucesivo los gastos corrian de su cuenta.

¿Estuvo acertado Mr. Conring al dejar de mostrarse espléndido con este hombre? ¿No se le ocurrió siquiera la idea de que, contentando y mimando á Abu-Beker, sin preguntar nada, podria enterarse de todo?

El dia de la primera audiencia, Mr. Conring mostró, pero no entregó á Sidi-Musa, primer ministro, los regalos que le llevaba. (Página 162.)

Pocos dias despues, al ver que no era llamado para la segunda audiencia, sin preparacion ninguna, envió á Sidi-Musa varios objetos de plata y porcelana, que valdrian unos tres mil francos. Sidi-Musa, como era de suponer, buscando la fórmula ménos violenta, se negó á admitir y devolvió á su dueño estos objetos. (Página 166.)

Segun refiere el propio Mr. Conring, «al salir de la primera audiencia, *toda la canalla* que se hallaba en los patios y aposentos, se precipitó sobre él, alargando las manos, esperando la propina. Me consideré feliz, dice, al escapar *con sólo un gasto de veintidos duros.*» (Página 161.)

¡Poco dinero y mala ocasion para andarse con regateos!

Además, añade Mr. Conring, «tuve que dar *diez reales* á cada uno de los soldados (*No dice cuantos eran*) que me habian acompañado á la audiencia.» (Pagina 161.)

«Por último, hasta los soldados (*los asistentes*) tanto de

Abu-Beker (el casero) como de Si-Tibi (*el ex-embajador*) se me presentaron con la mayor desvergüenza, pidiéndome una gratificación por su participación en la ceremonia.» (Página 162.)

¡Cuántas puertas dejarían de abrirse, á consecuencia de estas tan inconcebibles economías! En estos casos, no hay medios términos. O modestia en la forma ó esplendidez en los regalos. Aceptar el aparato y pensar en las economías, es querer perder tiempo y algo más.

V.

Mr. Conring, sin recargar en nada las tintas, diciendo la más pura verdad, hace una pintura, que contrista, del estado actual de Marruecos. ¡Qué país! ¡Qué leyes! ¡Qué costumbres! ¡Qué monarquía! ¡Qué Gobierno! ¡Qué tribunales de justicia! ¡Qué sistema administrativo! ¡Qué cárceles! ¡Qué caminos y qué todo!

En Marruecos no hay ni ley de sucesion que evite guerras civiles. La justicia se administra de cualquier modo; el soberano es dueño absoluto de vidas y haciendas; la propiedad no es sino del emperador; la mujer no tiene derechos civiles, ni consideracion social, y el hombre vive si el cacique quiere que viva, ó muere, si el emperador ó un jefe subalterno cualquiera, por capricho y sin fórmulas de ningun género, lo encierra para siempre en una cárcel, ó lo manda degollar.

En Marruecos no hay ferro carriles, ni telégrafos, ni carreteras, ni instruccion pública, ni colegios, ni escuelas, ni bibliotecas, ni nada. La agricultura es lo que era en los tiempos de Noé; la industria no adelanta un paso, y el comercio, naturalmente, no puede ser sino el reflejo exacto de la industria y la agricultura.

No se necesita decir más para que todo el mundo vea que Marruecos está por civilizar, y necesita civilizarse. Europa no puede permitir que la barbarie siga sentando sus reales á la vista de Cádiz y Gibraltar. La prolongacion indefinida de este estado de cosas seria un padron de ignominia para el mundo civilizado.

En esto, que es lo que dice Mr. Conring, no hay ni puede haber cuestion. Pero ¿cómo se civiliza Marruecos? ¿Por medio de la conquista? ¡La conquista no ha llevado la civilizacion á la Argelia! ¿Por medio del comercio? ¡La situacion de la India prueba hasta la evidencia que el comercio no va delante, sino detrás y muy detrás de la civilizacion!

Los sistemas civilizadores hasta ahora conocidos, son tres, á saber:

1. El español, empleado en Filipinas y en la América central y meridional, que consiste en iluminar por medio de las misiones á los que se sienten en las tinieblas de la muerte, llevándoles la lengua, la religion, las leyes, la familia, la propiedad, el gobierno, la ciencia, la riqueza y todos los demás elementos de bien y prosperidad, que tiene la potencia civilizadora.

2. El inglés, empleado en los Estados-Unidos de América, que consiste en perseguir á los indígenas y matarlos, como si fuesen fieras, para poblar el territorio que habitan, con hombres de lejanos países y diversas razas.

3. El francés, empleado en la Argelia, que consiste en proclamar el más completo indiferentismo religioso y esperar-lo todo de la fuerza y de los intereses materiales.

El primer sistema, el español, es lento, pero de resultados seguros. El segundo, ó inglés, hasta por los mismos ingleses se rechaza ya con horror. En fin, el tercero, ó francés, como lo demuestra una experiencia ya de más de cuarenta años, no dá sino resultados enteramente negativos. La moral del Corán excluye la civilizacion. La poligamia, es decir, la negacion radical de la familia, no permite que se salga de la barbarie.

La historia hace ver que la civilizacion va siempre en pos de la religion. Esta es regla que no ha tenido ni tiene una sola excepcion. Esto no obstante, en nuestros dias hay bastantes gentes que creen en la posibilidad de civilizar *filosóficamente* ó por medios puramente humanos ó *naturalistas*. Querer civilizar así es no querer civilizar.

Mr. Conring, por sistema, se aleja siempre de esta tan grave cuestion. Sólo al terminar su obra hace una ligera indica-

cion, encaminada, al parecer, á demostrar que acaso no convenga pensar mucho en ver cómo se consigue que los moros se olviden del Corán. Esta no es cuestion para tratada en tan pocas líneas. Si Mr. Conring la hubiese profundizado algo más, sin duda hubiera visto que nada se adelantará, si por medio de la persuasion y la enseñanza, sin la menor violencia, no se trata de minar el credo musulman, que no es compatible con ninguna clase de cultura. El fatalismo y la poligamia, que contiēnen toda la doctrina del Corán, son crímenes de lesa civilizacion.

Para la civilizacion de Marruecos, importaria mucho que los moros se familiarizasen con alguna lengua europea. Como el árabe no se habla por ningun pueblo civilizado, no hay revistas, ni periódicos, ni profesores que puedan ser útiles á los que sólo hablan esta lengua. Un idioma que no se habla en ningun país culto, es una dificultad inmensa para la civilizacion.

Y, ¿qué lengua europea deberia generalizarse en Marruecos? En esta parte de Africa la alemana no es ni conocida, la inglesa no se aclimata, y la francesa es hasta odiada. Por el contrario, la española se habla en toda la costa, desde Orán hasta Mogador, y se entiende bastante bien, al ménos en la parte del territorio marroquí comprendido entre Tetuan y Larache, Tánger y Fez. Sin gran trabajo pudiera, pues, generalizarse esta lengua, que ya es allí casi popular. Mr. Conring no plantea siquiera esta cuestion.

Este tan ilustrado escritor está firmemente persuadido de que conviene *hacer algo* en Marruecos. En esto acaso convenga todo el mundo; pero, si se hace algo, ¿por quién se ha de hacer? ¿Por España sola? De ningun modo. España, ni tiene ambición, ni quiere despoblarse y arruinarse, sólo por tener el placer, en verdad quijotesco, de poblar y enriquecer al imperio marroquí.

¿Por Francia sola? Méenos aún. Francia, que ya domina en la Argelia, necesita no salir para nada de sus actuales fronteras. Francia no podria dar un sólo paso en este sentido, sin alarmar á Europa y coaligar todo el litoral africano, desde Suez hasta el Atlas.

¿Por Inglaterra sola? Nunca seria conveniente y hoy seria hasta imposible. Inglaterra tiene ya más dominios que los que acaso pueda conservar. Su poblacion es relativamente muy escasa para que pueda enviar el personal necesario á las muchas, muy grandes y remotísimas colonias que ya posee.

¿Por Prusia sola? No puede ni pensarse en esto. La gran fuerza de Prusia consiste en mostrarse desinteresada, y claro es que no ha de querer perder esta tan inmensa ventaja, sólo por emprender una conquista, que le acarrearía muchos enemigos, le saldría en extremo cara, y aún en el caso de triunfar, no le seria de ningun provecho.

Y si no conviene la intervencion directa de una potencia sola, ¿podria quizá pensarse en una intervencion colectiva, y en lo posible tambien desinteresada? Tal es la opinion de Mr. Conring, y por nuestra parte, confesamos ingénuamente que no nos atreveriamos á rechazarla sin un detenido exámen.

La entrada de Prusia en Marruecos ofreceria desventajas y ventajas, que requieren mucha y muy profunda meditacion. Prusia, al fijar su bandera en la parte occidental del Atlas, hácia Santa Cruz de Agadir ó en la Cuenca del Noun, inquietaria á Inglaterra, disputándole el monopolio comercial que hoy ejerce y acercándosele á Sierra Leona; haria sombra á Francia, por atravesársele allende el Atlas, en la provincia del Sus, como si dijéramos, entre la Argelia y el Senegal; en fin, molestaria tambien algo á España, porque no siempre podria olvidarse que el extremo S. O. de la costa marroquí, del cual se trata, está á la vista de las islas Canarias y en el camino mismo de Fernando Póo.

Esto es indudable; pero quizá no se vea bien que, por probar demasiado, acaso pruebe muy poco.

¿Está España sola en la costa africana? No. ¿Puede aspirar á quedarse sola? Tampoco. ¿Puede impedir que Italia, bajo una ú otra forma, se establezca en Túnez? ¿Puede hacer que Francia salga de la Argelia? ¿Puede, en fin, conseguir que Inglaterra no ejerza una preponderante influencia en todo el territorio del sultan? Claro es que no.

Y ahora bien; si ya están, como nosotros, en Africa, Italia, Francia y la Gran Bretaña, ¿qué inconveniente pudiera haber en que, al lado de tantas banderas, ondease una bandera más? ¿Qué nuevo peligro traería la presencia de Prusia? ¿Podría temerse que se uniese á Francia ó á Inglaterra contra España? No parece así, porque Prusia, por fortuna, no tiene intereses opuestos á nuestro propio interés.

Mr. Conring insiste en que España y Prusia pueden en este punto caminar de acuerdo. Nosotros, avanzando aún más, opinamos que, si no hay ambiciones que lo impidan, Francia, que no debe pensar en traspasar la línea de Melilla, y la Gran Bretaña, que no puede aspirar á que Marruecos compre y venda sólo á ella, no han de tener tampoco objeciones muy graves que oponer á las pretensiones de Prusia en Africa.

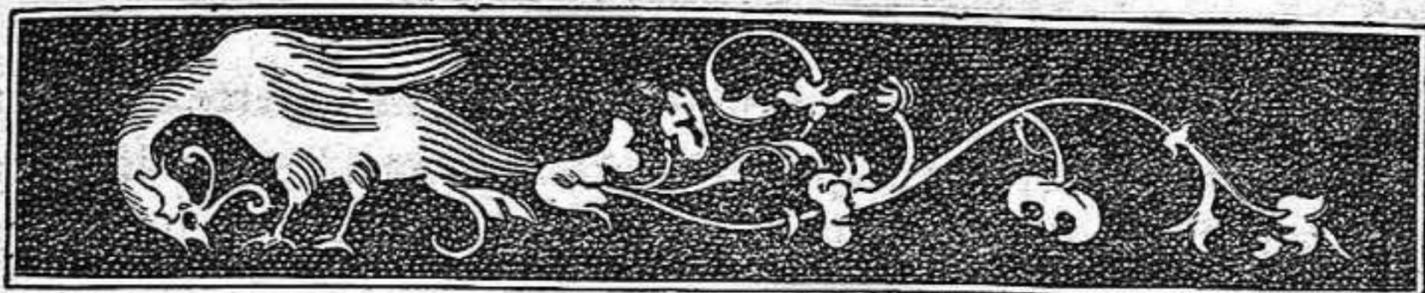
Los obstáculos, en el caso de existir, se presentarían por Francia ó por Inglaterra. Sin embargo, Francia, que atraviesa hoy una gran crisis, pudiera no ser constante en su oposicion, y la Gran Bretaña, que tan comprometida se ve en el Cabo de Buena Esperanza y en el extremo Oriente, quizá disputaría, no para negar, sino para obtener compensacion en otro ú otros puntos.

La cuestion, pues, se reduce á que no es fácil el averiguar si todos los que hoy niegan ó vacilan, negarán ó vacilarán también mañana y pasado mañana. Por esto España, que nada perdería, no se encuentra en la necesidad imperiosa de pronunciar ni un sí, que pruebe falta de meditacion, ni un no precipitado, que la coloque en una situacion poco ventajosa.

En el fondo de todo está la cuestion de las alianzas, para el dia del peligro, que todo el mundo ve cerca. Lo que proponian los adictos á Francia en 1879, como lo propuesto por Mr. Conring en 1880, todo, absolutamente todo, procede del mismo punto y se encamina al propio fin.

¿Se puede hoy vivir sin alianzas? No. ¿Qué alianzas deben buscarse ó aceptarse? Tal es el problema. Mr. Conring lo dá desde luego por resuelto. Nosotros sólo decimos que la cosa es grave y merece ser tomada en consideración.

MIGUEL SANCHEZ.



EL PRIVILEGIO DE LA UNION. ⁽¹⁾

CAPÍTULO XXXI.

EN DÓNDE SE PUEDE ESCONDER UN CABALLERO SIN QUE LE
DESHONRE EL ESCONDITE.

I.



L saber que el rey estaba en el castillo, Brianda se aterró.

Y no era sin motivo.

A los empeñados y locos amores del rey por ella debía todas sus malas aventuras.

El haberse visto desesperada en sus amores con don Jaime Ferriz de Lizana; el haber sido enviada á un convento de Murcia sobre la frontera de los moros; el haber sido arrebatada de aquel convento; el haber pasado por muerta; el haber vivido oculta, tratada como una hija y al par como una infanta de Granada en el harem del rey Abul-Hagiab; sacada de él por el judío Abi-Jonatham, á quien la entregó el rey moro; venida en hacanea, con criados y guardas hasta dentro de Aragon; acometida por salteadores y robada, escapada merced á un disfraz; obligada á seguir la marcha á pie hácia

(1) Véase la pág. 450 del tomo XXX.

el castillo de Luesia con Abi-Jonatham; la muerte aparente de éste; la aparición inesperada de En Jaime Ferriz de Lizana; su ida con él al hostal de las Tres Cruces Rojas; la fuga de aquel hostal por la aproximación del rey, y, por último, su vuelta al castillo donde ella creía haber nacido.

II.

El rey la perseguía.

El rey llegaba también allí.

Pero Brianda contaba con la lealtad de las gentes del castillo.

Sobre todo con la del cocinero en jefe Piscícola, que en el castillo era un gran personaje.

Como que regalaba el paladar con buenos manjares y refrescaba las fauces con excelentes vinos á todos los del castillo, por supuesto á costa del noble y poderoso y muy respetado señor barón de Aragon, don Pedro de Luesia, cuyas rentas debían ser inagotables, pues que no se resentían de las cuentas de cocina y bodega del maestro Piscícola, que era el primero y más grande roedor que tenía en las entrañas de sus arcas el ilustrísimo rico-hombre.

III.

El señor Piscícola fué llamado.

Sobrevino al punto, y no se puso á una respetable distancia de Brianda, sino después de haber hecho primero en la misma puerta tres profundas reverencias en las cuales casi llegó con la frente al suelo, después de lo cual y permaneciendo encorvado de cuerpo pero con la cabeza un poco levantada para ver á Brianda, la dijo:

—¡Bendito y alabado sea el Señor, y su santísima madre Nuestra Señora del Pilar, y qué hermosa resucita vuesa merced, señora, y más jóven que cuando se murió!

—Pues necesito otra vez morirme, Piscícola—dijo Brianda.

—¡Morirse!—dijo Piscícola abriendo enormemente los ojos y la boca.

—Sí, ó lo que es lo mismo, desaparecer de nuevo, perderme como si me hubiera muerto; tú tendrás un escondite seguro dónde encerrarme.

Brianda hablaba de tú al maestro Piscícola, porque le había conocido toda su vida.

—Tan guardada puedo tener á vuesa merced—dijo Piscícola—que se necesiten sabuesos de buenos vientos para encontrarla.

—Cuida de que es necesario tambien ocultar á esta dama—dijo Brianda señalando á doña Beatriz de Aytona.

—Donde quepa vuesa merced,—dijo Piscícola,—cabrá esa respetable dama, muy señora mia.

Sonaron en aquel momento los clarines del castillo, que tocaban á cabalgar.

—¿Qué significa eso?—preguntó Brianda.

—No lo sé—dijo maese Piscícola;—pero estando el rey en el castillo, es muy posible que haya venido por la mesnada del señor y que se la lleve.

—¡Ah, si el rey se fuese!—dijo Brianda.

—No lo sabemos—dijo maese Piscícola,—porque con el rey ha venido don Lope de Luna, que es el general que con las huestes del rey está sobre Epila, y es muy posible que don Lope se lleve la mesnada de mi señor, y que el rey se quede aquí.

—Ocúltame, pues, hasta ver lo que sobreviene: ¿y vos, don Jaime?

—No me he ocultado jamás,—dijo el noble jóven:—prefiero todos los peligros á la cobardía de ocultarme.

IV.

Para resolver aquella situacion respecto á don Jaime, y como llamado á punto, apareció Ben-Kabur, el esclavo de don Jaime.

—¿Qué me quieres?—dijo éste.

—En el castillo no queda un sólo hombre de guerra,—dijo el negro:—todos se los lleva el rey: los caballos han sido enjaezados y sacados de las caballerizas á la plaza de ar-

mas: sólo el de vuesa merced y el mio han quedado en sus pesebres: uno de los cabos del rey me ha dicho:

—¡Eh! ¡tú! ¡negro! ¿de quién son esos caballos?

—De un caballero de quien soy siervo y escudero,—respondí.

—¿Aragonés?

—Sí.

—Pues entónces enjaeza y avisa á tu señor; no ha de quedar aquí una sola lanza: así lo manda el rey.

—Hé ahí donde yo puedo y debo esconderme,—dijo don Jaime:—en medio de una hueste armada, y como caballero encubierto por voto.

Y tomando su casco, que estaba sobre una silla, se lo puso, y Ben-Kabur se lo enhebilló.

—¡Ay, don Jaime, que temo por vos una desdicha!—dijo Brianda.—¿Entre las gentes del rey os vais á meter?

—Tal vez Dios me lleva por mi buena ventura,—dijo don Jaime;—yo os la deseo á vos y á esta noble dama; y adios, no temais por mí yendo yo en una hueste que manda el nobilísimo don Lope de Luna. Así, quedareis vos segura, señora.

—Eso es imposible,—dijo Brianda.

—Adios, pues, y que Él nos ampare,—dijo don Jaime,—y su Santa Madre.

Y conteniendo su emocion, salió.

A Brianda le reventaban los ojos de lágrimas.

No sabia si volveria á ver á su don Jaime.

V.

Como con don Jaime nos hemos de entretener muy poco y nos queda largo espacio para ocuparnos de Brianda, sigamos á don Jaime.

Antes de llegar á las galerías principales, se caló la visera.

Tomó despues por las escaleras de honor, y seguido de Ben-Kabur, llegó á la grande arcada de la poterna, donde terminaba á poca distancia en el gran patio.

Habia allí un movimiento extraordinario.

Los peones se formaban, los hombres de armas y los ginetes ligeros iban á sus escuadrones.

Los cabos andaban de acá para allá.

Uno de ellos, viendo á don Jaime que esperaba su caballo al pie de la escalera de honor, se acercó á él y le dijo:

—¿Quién sois vos?

—Un caballero encubierto, por voto á Nuestra Señora del Pilar durante diez años.

Estos votos eran muy respetados.

—¿Sois vasallo del rey?—le preguntó el cabo.

—Sí, y con toda mi alma y toda mi lealtad.

—¿Por qué estais en el castillo de Luesia?

—Porque he heredado la amistad que á mi padre tenia don Pedro.

VI.

Apareció entónces don Lope de Luna, que bajaba cón algunos de sus servidores para ponerse al frente de la gente de armas que por mandato del rey sacaba del castillo de Luesia.

Vió en llegando abajo un caballero de nobles apariencias y calada la visera que hablaba con uno de los cabos del rey y se acercó y dijo:

—¿Qué es esto?

—Este caballero encubierto por voto—dijo el cabo,—que se llama servidor lealísimo del rey.

—Y de vuestra casa por algo pariente vuestro,—dijo don Jaime á don Lope.

—Llévennos á un aposento,—dijo don Lope;—y vos que pariente mio os llamais, seguidme.

Uno de los cabos de la mesnada de don Pedro de Luesia llevó á don Lope y á don Jaime á un aposentillo, donde paraba el cabo de la guarda del castillo.

Este fué echado fuera y quedaron solos don Lope y don Jaime.

Don Lope cerró la puerta.

Entónces don Jaime se levantó la visera.

—¡Ah! ¡que sois vos, mi buen sobrino, á quien he llorado muerto!—dijo don Lope, tendiéndole los brazos.—Debí haber adivinado que el caballero encubierto erais vos, porque esta noche no me he separado del rey, y cuando supe con alegría que viviais, supe tambien que estabais en el castillo de Luesia: habeis hecho bien en ampararos de mí; ya de mí no os separareis; peleareis, pues, encubierto, y sé que tal hareis, porque os conozco, que el rey á pesar de todo, os volverá á su gracia.

—¿Y doña Brianda, que en el castillo se queda?—exclamó con angustia don Jaime.

—Como Dios la ha amparado hasta aquí, continuará amparándola.

Don Lope sabia de antiguo, porque de ello se habia murmurado mucho, que el rey estaba empeñado por la hermosísima hija de don Pedro de Luesia.

VII.

Tocaron entónces de nuevo los clarines marcha.

—Afuera nos vamos,—dijo don Lope;—cabalgad á mi lado y despues Dios dirá.

Así fué como salió del castillo de Luesia, como si dijéramos de una ratonera, donde á ser cogido por el rey, sabe Dios lo que le hubiera acontecido, don Jaime Ferriz de Lizana.

CAPÍTULO XXXII.

QUE SÓLO SIRVE PARA DEMOSTRAR QUE PUEDE HABER EN UN TONEL ALGO MÁS RICO QUE VINO GENEROSO.

I.

Volvamos á Brianda.

—Yo cuento,—dijo ésta á la dueña y á la doncella que presentes estaban,—que vosotras guardareis un profundo silencio acerca de mi estancia en el castillo.

—¡Ah, señora!—respondió la dueña,—ántes nos dejaríamos hacer pedazos que vender á vuesa merced.

—Lo mismo espero de tí, y que así lo encargues á todos los que en el castillo sepan mi venida, Piscícola.

—Todos callaremos como muertos, señora, y aún á peligro de serlo de verás,—dijo Piscícola.

—Pues no perdamos tiempo,—dijo Brianda.

Y asiendo de la mano á doña Beátriz, que temblaba, siguió al ilustre cocinero.

Este iba orgulloso, porque rendia un gran servicio á la hija de su señor.

II.

Por las galerías principales que daban al patio de honor, pasaron, por una sonora crugía, á las del gran patio ó plaza de armas.

Aquella crugía era muy bella.

Todo, en el rico castillo de Luesia, aparecia monumental.

Desde las galerías del gran patio se sentia en él un hervidero.

Voces de hombres, relinchos y pisadas de caballos, crugimiento de arneses.

Y como la tempestad seguia, á cada relámpago que brillaba aparecia en el patio algo singularmente fantástico.

III.

Llegaron al fin á la gran cocina.

Esto es, á los dominios, al recibimiento de honor del maestro Piscícola.

Allí estaban el capellan, los médicos, el herbolario ó boticario, *ceteraque gentium* masculina y femenina de la servidumbre del muy alto y poderoso señor su amo don Pedro de Luesia.

Andaban inquietos y metidos en larga conversacion.

La señora, que se creia muerta, vivia, y llegaba al castillo de una manera extraña, la misma noche en que se moria su padre.

Y no era para ménos.

El rey, á quien se creia estar á algunas leguas en su cam-

po sobre Epila, había sobrevenido y se había traído la gente de armas que había en el castillo.

Así es que la gente andaba curiosa y aún asustada.

IV.

Cuando vieron entrar en la cocina á Brianda, que llevaba aún de la mano á doña Beatriz de Aytona, se maravillaron, primero de verla viva, despues, de que magestuosa, con toda su pompa de rica hembra, y con ellas y con su hermosura más que una reina y casi una diosa, descendiese á aquellas regiones que no eran ciertamente las suyas.

El maestro Piscícola parecía más alto y más gordo.

De tal manera se había envanecido con la alta honra de verse protector de su señora.

—Aquí todos, chicos y grandes,—dijo con la voz llena de autoridad.

Acudieron todos, desde el capellan hasta el más ruin marmiton, el lego del prior de Santa Eé, que al entrar en el castillo había sacado por olfato la cocina y se había amparado en ella, donde le habían tratado á cuerpo de rey.

—Falta alguno,—dijo Piscícola:—padre capellan, y vos señor mayordomo, y vos mi sota, y vos dueña mayor, haced cada cuál recuento de vuestra gente.

Hízose la operacion, y resultó que no faltaba ni un acólito, ni un page, ni un pinche, ni una fregatriz.

—Ya veis todos á nuestra muy noble ilustré y hermosa señora nuestra, y á la no ménos hermosa dama que la acompaña,—dijo Piscícola.

Sucedió un murmullo de amor y de respeto.

Un conmovedor homenaje.

—Pues bien; ántes de que ninguno de vosotros diga que aquí ha visto á nuestra buena y querida señora, ni que aún sabe si vive, dejaos hacer pedazos en el potro: ¿lo jurais?

—¡Sí! ¡sí! ¡sí!—exclamaron ardorosamente todos.

—Tomadles el juramento como Dios manda, padre capellan, que esto es cosa vuestra, y que mal jarazo le den y los demonios se lleven á los que al juramento falten.

—Así sea,—dijeron todos.

—Repetidlo, pues, todos en nombre de Dios, haciendo la señal de la cruz y delante de un ministro del Altísimo,—dijo el capellan.

—¡Así sea! ¡así sea!—repitieron todos.

Tratándose de aragoneses, aunque entre ellos hubiese niños, habia que suponerlos á todos capaces de cumplir su juramento hasta morir.

—¡Oh, gracias, gracias!—dijo Brianda.—Yo os recompensaré.

—Bastante recompensados están todos con cumplir como honrados con su obligacion,—dijo de una manera enfática maese Piscícola;—ahora,—añadió, descolgando de un clavo un haz de llaves y haciendo le encendiesen un farol,—síguenme si son servidas vuesas mercedes.

Y seguido de ellas se fué á una puertecilla que habia al fondo de la cocina.

La abrió y pasó.

—Paso delante,—dijo,—porque necesito guiar: aquí hay una escalera de ojo muy estrecha y muy pina que descende á la bodega; yo siento que el camino no sea más cómodo.

—¡A la bodega!—dijo con disgusto Brianda.

—En ninguna parte pueden buscar ménos á vuesas mercedes,—dijo Piscícola,—aunque con la vénia de vuesas mercedes sea dicho, no conozco nada más embriagador.

No hay mujer, por elevada que sea, á quien no agrade una galantería, aunque sea de un hombre inferior, con tal que sea dicha con afecto y respeto.

Pero no era aquella ocasion de galanterías.

Así es que ninguna de ellas contestó.

Maese Piscícola comprendió que por un principio de embriaguez que en él habia causado la esplendente hermosura de Brianda, que al fin era hembra, habia cometido una impertinencia, y guardó silencio.

V.

Llegaron al fin á las profundidades de la bodega.

Era esta de bóveda deprimida, sostenida en robustos pilares.

Tenia una magnífica ornamentación de tinajas, de tinajillas, de enormes toneles, de toneles más pequeños, de redomas, de frascos, de pellejos, y se sentía un olor confortante acentuado, capaz de embriagar á una cabeza de piedra.

Anduvieron por la bodega algun tanto.

Al fin de una galería habia un enorme tonel.

—¡Aquí!—dijo deteniéndose Piscícola.

—¿Pero estás loco?—dijo Brianda.

—Este es el escondite más seguro, señora,—dijo Piscícola,— por lo mismo que nadie puede creer que siendo tan vasto el castillo, con tanta escalera, pasadizo y mechinal, no hayan tenido dos damas otro lugar en qué esconderse. Cuantas más probabilidades haya de seguridad, mejor: además de que yo y los míos, en cuanto vuestras mercedes estén escondidas, llenaremos con toneles viejos la entrada de la galería para hacer el escondite más seguro.

—Pero si estamos mucho tiempo respirando este aire, ¿qué va á ser de nosotras?—dijo Brianda.

—Aire salutífero, señora,—dijo con cierta unción deleitosa el doctor Piscícola:—yo me he dormido aquí muchas veces, y he despertado más fresco y más fuerte, con más vida, rejuvenecido. Pues, ¿qué habia yo de haber traído á mi señora, á lugar cuya bondad no hubiera conocido por mí mismo? Voy, voy á facilitar la subida y la bajada.

VI.

Maese Piscícola se apartó un tanto, y tomó de un rincón dos escaleras no más largas que lo que bastaba para alcanzar al borde de las pipas más grandes.

Las arrimó á la que estaba vacía, y habia elegido para

escondite, subió por una de ellas, y luego tomó la otra y la puso por dentro.

Se quedó en lo alto de la pipa sujetando la escala exterior.

—Subid si sois servidas, señoras mías,—dijo Piscícola.

Subió la primera, no sin repugnancia Brianda.

Piscícola, cuando estuvo en lo alto, la ayudó á descender.

Siguió doña Beatriz.

Cuando estuvo abajo, Piscícola, que se habia quedado en el borde con su farol en la mano, dijo:

—Voy á buscar dos barrilillos pequeños para que os sirvan de asiento, mis señoras.

Y descendió.

—En fin,—dijo Brianda,—preferible es esto á ser encontrada por el rey.

—¡Oh, hija de mi alma!—exclamó doña Beatriz abrazándola.

Volvió maese Piscícola trayendo dos pequeños toneles vacíos, que acomodó en el fondo de la pipa, y en los cuales las dos damas se sentaron.

Maese Piscícola las saludó, prometiéndoles que volveria á avisarlas en el momento en que no hubiera peligro; salió de la pipa y se alejó á lo largo de la galería murmurando.

—¡Que yo no tuviera siempre algunos toneles con vino de este género para mi uso!

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Se continuará.)





BOLETIN BIBLIOGRÁFICO. ⁽¹⁾

Enrique Ucelay.—*El foro y su elocuencia en Francia, conferencias dadas en la Institucion libre de enseñanza y su clase de historia y modelos de la oratoria forense.*—Un tomo.—Imp. de "La Revista de Legislacion."

Un distinguido jurisconsulto, el señor D. Enrique Ucelay, se ha propuesto llamar la atención hacia un asunto que yace en un censurable olvido. En efecto, la oratoria forense se encuentra hoy en tan visible decadencia, que no falta "quien aprecia el discurso y avalora el trabajo del abogado según la brevedad y la aridez del mismo."

En otras épocas más florecientes, sin duda, para el foro, se citaban con el mayor respeto los nombres de aquellos jurisconsultos ilustres que como Pacheco y D. Joaquin María Lopez lograron tan alta fama y tan merecida reputación; pero actualmente las circunstancias han cambiado y nadie aspira sino á que el letrado se limite á hacer una clara y sucinta exposición de los hechos.

Por eso dice entre otras cosas el Sr. Ucelay:

"Los mismos magistrados, que no son, por cierto, los más apasionados

de la elocuencia forense, han hecho notar esta decadencia, llegando alguno, de los pocos que se han tomado el trabajo de escribir y publicar obras, á quejarse de las consecuencias de aquélla. El abandono de la jurisprudencia y legislación penales, dice el docto é íntegro magistrado Sr. Juez Sarmiento en un libro poco conocido y digno por muchos conceptos de ser leído, y la desercion de los bancos destinados á la defensa de los acusados, son viva y constante protesta contra la decadencia de nuestro foro. Sobre este particular diré una verdad algo dura: lo son muchas de las mias, pero nada pierden por ser importantes. No he oido en veinte años una defensa buena en materias penales. Diré otra cosa: no he oido en veinte años invocar, sobre ninguna materia, los nombres venerables de Melendez y Jovellanos, Marina, Lardizabal y Campomanes. Esto es muy triste, cuando se habla tanto repitiendo sandeces, silbadas en París y Viena, y que no son propias de sesudos españoles. Lo que más mortifica á los jueces, lo que más perjudica á los litigantes desgraciados, es el fárrago de los escritos y discursos en estrados.

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicacion.

Hay en esto algo de codicia; pero tambien mucho de mal gusto aún entre los que leen algo moderno. La falta de negocios, pues hay ménos sin duda que abogados, puede llevar á la difusion para cohonestar ciertas cosas. pero media tambien la ignorancia. Otras cosas de que no hace mencion el digno magistrado, contribuyen á nuestra decadencia. ¿Cómo es posible que el foro en nuestro país produzca hoy grandes oradores, ni excite el entusiasmo, ni los movimientos de la passion y de la elocuencia, cuando no hay palenque, cuando no hay ocasiones y cuando el procedimiento escrito ahoga é imposibilita la discusion, cortando su vuelo á la palabra? ¿Cómo es posible que ésta se levante y brille, ni que haya estímulo, cuando se dirige á un juez ó á tres ó cinco magistrados, ora impacientes, ora helados como la muerte, que miran constantemente al reloj de la sala para ver el tiempo que el abogado emplea, y por lo comun, sin más público ni corazon á quien comunicar los latidos del suyo, que la marmórea estatua del alguacil ó del portero de estrados?"

El libro que á la vista tenemos puede considerarse dividido en tantas partes como conferencias han sido dadas sobre la materia por el Sr. Ucelay en la Institucion libre. Despues de una breve reseña sobre el foro de Roma, entra el autor en el estudio de la elocuencia forense en Francia, desde lo que pudiera considerarse como su época primitiva, hasta los tiempos presentes. Así, pues, el trabajo del Sr. Ucelay tiene un carácter crítico-histórico, y es por su índole y por la novedad del asunto, de verdadero interés para el público, y muy especialmente para aquellas per-

sonas que se dedican á los trabajos del foro.

La obra termina con algunas defensas que pueden considerarse como modelos, debidas al talento de hombres tan ilustres como Lemaistre, Cochín, Portalis, Dupin, Berryer, Chaix d'Est Ange, Julio Fabre y Lachaud

*
* *

José Lopez Pinto.—*La Isla Cabrera.*—*Reseña general é importancia militar de la misma.*—*Un tomo.*—*Imprenta de G. Estrada.*

El conocido brigadier D. José Lopez Pinto, al hallarse desempeñando los cargos de segundo cabo, en el distrito militar de las islas Baleares, y gobernador de la de Mallorca y plaza de Palma, reunió todos los antecedentes posibles sobre la isla Cabrera, segun sus propias palabras, "por habernos llamado en alto grado la atencion las excelentes condiciones de un puerto mayor para anclar los buques blindados de mayor porte, y la ventajosa posicion que ocupa para servir de base de operaciones en el Mediterráneo á una escuadra enemiga y emprender hostilidades contra todas y cada una de las tres islas principales del grupo balear, bloqueándolas á la vez, con el objeto de que no reciban auxilio de la Península."

Segun el testimonio del autor, la isla de Cabrera no cuenta en la actualidad con defensa de ninguna especie, porque el pequeño castillo en forma de torre, que en ella existe, se encuentra en el peor estado y además es en extremo reducido. En cuanto al antiguo material de artillería que tenia de dotacion, se hallaba tan inútil, que se mandó trasportar al parque de Palma, sin que haya sido reempla-

do por ningun otro, hasta el dia de la fecha.

Guarneciendo y fortificando el citado puerto de la isla de Cabrera, habriamos logrado mucho para el dia en que pudieran suscitarse ciertas cuestiones, entre las potencias marítimas. De no ser así, los sucesos podrian llevarnos á una situacion comprometida hasta el punto de ser mañana irrealizable lo que hoy es á todas luces fácil y hacedero.

A demostrar todo esto tiende el presente trabajo, que va seguido de cinco planos, á fin de que se pueda hacer un estudio detenido y con toda la precision posible.

*
* *

Jesús Muñoz y Rivero.—*Manual de Paleografía Diplomática Española, de los siglos XII al XVII. Método teórico-práctico para aprender á leer los documentos españoles de los siglos XII al XVII.*—Obra ilustrada con 179 láminas dibujadas por el autor.—Imprenta de Moreno y Rojas.

La voz Paleografía, derivada del griego, designa la ciencia de la escritura antigua. El Sr. Muñoz nos da pruebas en este libro de su grande aprovechamiento, y con sus observaciones vienen á facilitarse en cierto modo estos áridos estudios.

Su obra se divide en tres partes y varios capítulos, cuyas importantes materias será conveniente enunciar, para que los lectores puedan formar una idea aproximada del libro que nos ocupa.

Despues de señalar el concepto de la Paleografía, su importancia, sus divisiones, su objeto, límites y caracteres, entra el Sr. Muñoz de lleno en

la parte histórica, ó lo que es lo mismo, en la reseña de la escritura en España, durante los siglos XII al XVII.

Capítulo 1.º Introduccion.—Breve noticia de las clases de escrituras usadas en España ántes del siglo XII.—La escritura ántes de la conquista romana.—La escritura durante la dominacion romana.—La escritura en la monarquía visigoda.—La escritura durante los cuatro primeros siglos de la reconquista.

Capítulo 2.º Caracteres de la escritura francesa.—Su origen.—Introduccion de la escritura francesa en España.

Capítulo 3.º Siglos XII y XIII.—Propagacion de la escritura francesa.—La escritura en el siglo XII.—Sus transformaciones en el siglo XIII.—Letras de privilegios y de albalaes.

Capítulo 4.º Siglos XIV y XV.—Escritura del siglo XIV.—Escritura del siglo XV.—Causas de la decadencia progresiva de la escritura española en los siglos XIII al XV.

Capítulo 5.º Siglos XVI y XVII.—La escritura española en los siglos XVI y XVII.—Reforma de la escritura.—Indicacion de los principales calígrafos de los siglos XVI y XVII que á ella contribuyeron.

Capítulo 6.º Explicacion de las láminas que contienen muestras de las diversas clases de escritura usadas en España.

SEGUNDA PARTE.

Capítulo 1.º Plan de esta segunda parte.—Análisis de los alfabetos de los siglos XII al XVII.—Letras mayúsculas.—Letras minúsculas.

Capítulo 2.º Importancia del estudio de las abreviaturas.—Breve reseña histórica de su uso.—Su clasificacion.

Capítulo 3.º Abreviaturas (continuación). Etimología y definición de la voz *sigla*.—Clasificación de las *siglas*.—Su uso en los tiempos anteriores al siglo XII.—Las siglas en los documentos latinos posteriores al siglo XI.—Las siglas en los documentos castellanos.

Capítulo 4.º Abreviaturas (continuación). Abreviaturas por apócope.—Su antigüedad.—Su uso en los documentos de los siglos XII al XVII.

Capítulo 5.º Abreviaturas (continuación). Abreviaturas por síncopa.—Su uso en los documentos españoles.—Sus particularidades.—Principales abreviaturas por síncopa, usadas en los documentos latinos y castellanos de los siglos XII al XVII.

Capítulo 6.º Abreviaturas (continuación). Letras sobrepuestas.—Uso de las abreviaturas por letras sobrepuestas en los documentos latinos y castellanos de los siglos XII al XVII.

Capítulo 7.º Abreviaturas (continuación). Clasificación de los signos especiales de abreviación.—Signos especiales de abreviación usados en los documentos latinos de los siglos XII al XVII para designar las palabras enteras y para entrar en composición de palabra.—Signos especiales de abreviación usados en documentos escritos en romance.

Capítulo 8.º Abreviaturas (continuación). Letras enlazadas, encajadas y conjuntas.—Su antigüedad.—Uso de las letras mayúsculas monogramáticas en los documentos de los siglos XII al XVII.—Uso del ligado en la escritura minúscula de este período.

Capítulo 9.º Abreviaturas (conclusión). Letras numerales.—Su antigüedad.—Numerales romanos usados en los documentos latinos poste-

riores al siglo XI.—Numerales romanos usados en los documentos en romance.—Numeración arábiga.

Capítulo 10. Ortografía de los siglos XII al XVII.—Inobservancia de los preceptos ortográficos en los documentos antiguos y de la edad media.—Incorrecciones que en cuanto al uso de las letras presentan los documentos de los siglos XII al XVII.

Capítulo 11. Ortografía (continuación). De los signos que indicaban las divisiones y subdivisiones de la cláusula.—De los demás signos ortográficos usados en los siglos XII al XVII.

La tercera y última parte de esta obra está dedicada á ejercicios de lectura paleográfica.

Como podrán ver nuestros lectores, así por las materias, como por el orden y método con que éstas aparecen tratadas, el libro del Sr. Muñoz es un verdadero trabajo de erudito, hecho á toda conciencia, y aunque un tanto árido, muy interesante para los que se dedican á cierta clase de estudios.

Es de advertir, que con esta obra ha conseguido el Sr. Muñoz modificar las prácticas, hasta ahora en uso, para la enseñanza de la paleografía. Más lógico nos parece, en vez de dedicar á los alumnos desde la primera lección á la lectura de los documentos antiguos, que se les instruya previamente en el conocimiento analítico de los elementos constitutivos de la escritura de cada época, y esto es precisamente lo que forma la base del sistema de enseñanza planteado por el Sr. Muñoz, el cual en la práctica ha conseguido los mejores resultados, como profesor de esta asignatura en la escuela superior de Diplomática.

H.



CRÓNICA POLÍTICA.

INTERIOR.

I.

En el Congreso de los Diputados se está discutiendo el proyecto de contestación al discurso de la corona. Decimos mal. No se está discutiendo, como se supone, este proyecto de contestación; lo único que se hace es tomar por pretexto este documento para poder matar el tiempo, ó pasar días y días hablando *de omnibus rebus et quibusdam aliis*. No se niega que días que se pierden no vuelven; pero, ¿qué valor tiene el tiempo en los países meridionales? Las oposiciones, que tantas cosas buenas saben hacer, según dicen, hasta ahora no han caído en la cuenta de que acaso no vendría del todo mal el predicar, por supuesto con el ejemplo, acerca de la conveniencia y necesidad de aprovechar el tiempo.

Pero ya caemos en la cuenta. Las oposiciones necesitan hablar. ¿Qué sería de ellas si hablando no diesen fé de vida? Verdad es que no tratan ninguna cuestión importante de verdadero interés para los pueblos; pero hablan por lo largo de lo que llaman la política general, de la mar, como si dijéramos, y con esto y con otras cosas por el estilo, todas de utilidad más que problemática, se retiran á sus hogares, persuadidos, sin duda, de que ya han salvado el mundo. ¡Cuántas aberraciones se ven en este siglo! Las habría también en los tiempos antiguos; pero ahora necesitamos prescindir de los leprosos de las épocas pasadas para no pensar sino en la lepra que nos mata en nuestra propia época.

Hasta ahora (día 13) la oposición no ha hablado sino por medio de los diputados constitucionales Sres. Leon y Castillo, que aspira á pasar por enciclopedista, y el Sr. Gonzalez,

tambien sagastino, que se cree, de seguro, excelente hacendista. Mucho nos equivocamos nosotros si estos dos *patres patriæ* no están muy equivocados.

El Sr. Leon y Castillo quiere hablar de todo, y á fondo no habla de nada. Su discurso, que además de muy malo es bastante largo, no es más que un índice de materias, comentado á veces con las mas huecas y más extrañas declamaciones. Este señor diputado no ve, sin duda, que sus oyentes y sus lectores saben bien que ni expone bien el mal, ni trata siquiera de señalar su remedio.

Todo el inconmensurable discurso de este elecuento diputado se reduce á los dos siguientes puntos:

- 1.º Lo que hay es muy malo.
- 2.º En cuanto vengamos nosotros, por el contrario, todo será excelente.

Verdad es que el Sr. Leon y Castillo, como los expendedores de recetas infalibles, no dice jamás en qué consiste la bondad de sus específicos; pero esto será para que, cuando llegue la hora, sean mayores el asombro y la alegría del mundo.

Los principales argumentos del Sr. Leon y Castillo, refutados por el Sr. Estéban Collantes, de la comision, y el señor Lasala, ministro de Fomento, se reducen á los siguientes;

1.º El Sr. Cánovas del Castillo lo es todo.—Esta es ahora la moda. Antes se decia que O'Donnell era «una unidad seguida de ceros.» Esto podria no ser exacto; pero al ménos, estaba bien dicho. Ahora, los que arden en deseos de que Sagasta lo sea todo, para tener el gusto de contradecirse mañana, aparentan escandalizarse, suponiendo que Cánovas, que no toma nada para sí, no deja nada para nadie. ¡Qué comedia la de estas censuras! ¡Cuánto darian los sagastinos por tener un Cánovas del Castillo á su frente!

2.º Hay muchas y grandes *irregularidades*.—El que esto dice debe haber hecho grandísimos esfuerzos para olvidar la historia político-administrativa de su propio partido. Si hoy hay *irregularidades* particulares, que se descubren y se castigan, en los buenos tiempos del sagastismo las *irregularidades*, que eran generales ó sistemáticas, ó no se podian descubrir ó no se querian castigar. Pero ya se sabe que el llamado constitucionalismo no ve ni la viga en sus propios ojos y ve hasta la mota en los ojos ajenos. El sistema, como se ve, no es nuevo.

3.º No hay seguridad individual.—¿Si creerá este tan celoso tribuno que sus amigos, cuando eran poder, extinguieron la partida de la porra, libraron de asaltos á los tre-

nes de Andalucía y Extremadura, ó acabaron con los secuestros? Ya sabemos que en Andalucía especialmente se adoptó el sistema de cazar á los bandoleros y sospechosos de bandolerismo como se caza á las fieras; pero esto, que no dice mucho en favor de la policía, prueba bastante en favor de la forma algo *primitiva*, en verdad, de administrar justicia.

Falta añadir que el sagastismo tuvo que bombardear á Cádiz, Sevilla, Málaga, Valencia, Barcelona, Zaragoza, etc., etc., como para prepararse á sofocar la guerra de Cuba, el cantonalismo y la insurreccion carlista, todo consecuencia de la antigua *receta del constitucionalismo*.

Se nos olvidaba añadir que, como el sagastismo es sólo una faz de cierta evolucion, la bola continuó rodando y tras el sagastismo vino el zorrillismo, y tras el zorrillismo, todo lo demás. ¿Por qué no dirá el Sr. Leon y Castillo con qué medios cuenta para conseguir que dé peras el olmo, ó lo que es igual, que el sagastismo no dé motines? ¡Que siempre se olvide lo más necesario!

4.º Que Cánovas no es amigo del *militarismo*.—Esto se dice por un partido que ha pasado años y áun lustros tronando contra el *militarismo*. ¡A cuánto obliga la tal política! ¡Cómo se reirán al oír estas cosas los antiguos sagastinos que no hayan perdido por completo la memoria!

5.º Que la política exterior del actual Gobierno es anti-francesa.—El Sr. Leon y Castillo, que debe haber perdido enteramente la memoria, olvida que su jefe, el Sr. Sagasta, y sus amigos, se mostraban tan alemanes ó anti-franceses, que empeñándose en traer á España un príncipe alemán, fueron causa, ocasional por lo ménos, de la guerra de 1870, que tan cara costó á Francia. Tampoco recuerda éste tan desmemoriado orador, que, durante la indicada guerra, los periódicos de su partido no se cansaban demostrarse favorables á Prusia.

6.º Que la situacion no es sólida.—¿Son quizá sólidas las situaciones sagastinas? ¿Qué situacion sagastina ha podido jamás consolidarse? ¡Que hable de la cuerda el hijo mismo del ahorcado!

Cansado el Sr. Leon y Castillo, cedió el puesto á su compañero y amigo Sr. D. Venancio Gonzalez. Este diputado constitucional, hacendista á lo que parece, tomó á su cargo la cuestion de Hacienda, y forzoso es convenir en que, si no habló poco, lo que dijo fué más que suficiente para probar que no tenia razon, y que estaba persuadido de que no la tenia.

Si el Sr. Gonzalez hubiese querido hablar como la historia y la lógica quieren que se hable, se hubiese expresado en es-

tos ó parecidos términos: «Señores, cuando mis amigos entraron en el poder, aseguraron, hasta en la *Gaceta*, por cierto, que la *Hacienda de la libertad sería diáfana*, para que todo el mundo pudiera verla por fuera y por dentro. Después acabó este lirismo, y el propio ministro que había proclamado el teórico principio de la *diafanidad*, instado para que probase prácticamente su *diafanismo* en pleno Congreso, manifestó que, aunque se le llevase á la barra, no haría luz acerca de ciertos empréstitos. Como, pues, mis amigos políticos dejaron la Hacienda como esto hace suponer, pido, y en caso necesario exijo, que á son de pregon se declare que mis correligionarios, ya tan probados en todo, son los únicos grandes hacendistas que hay en España.»

Lo que ha dicho el Sr. Gonzalez, por más que en la forma parezca otra cosa, en el fondo no es sino lo que acabamos de indicar. Los constitucionales no pueden ni despegar los labios sin solicitar ántes una amnistía lógica.

La llamada discusion del *mensaje* sigue y seguirá aún. ¡Plegue al cielo que en nuestro próximo número, pasados quince dias, podamos ya anunciar que, terminada la discusion general, que tan estéril es, se está ya tratando de asuntos graves de verdadera utilidad para el país!

II.

Su Santidad, Leon XIII, ha dirigido al arzobispo de Dublin, primado de Irlanda, una notabilísima carta, en la cual, refiriéndose á las cuestiones allí pendientes, le encarga que exhorte á los católicos irlandeses á que, si piden, como pueden, justicia, lo hagan como deben hacerlo, sin escarnecer las leyes, ni rebelarse, ni apelar á medios contrarios á la moral, que el catolicismo reprueba. Esta carta de Leon XIII, que indirectamente favorece á un Gobierno protestante, prueba hasta la evidencia que la moral católica, que excluye el utilitarismo, piensa sólo en la justicia y se olvida por completo de si son amigos ó enemigos los hombres injustos. Si la Iglesia se dejara aconsejar por el interés ó el cálculo, en el caso presente adularia á los irlandeses, y, adulándolos, los convertiría quizá en ciegos instrumentos. Pero esto, que era lo que aconsejaba el inglés Benthan, no es justo, no es católico, es contrario á la ley divina, y por lo tanto, no lo hace ni lo aprueba el vicario de Cristo.

Y lo que hace ahora Leon XIII, en casos parecidos, lo han hecho siempre sus santos predecesores. Sin ir más léjos, Pio IX reprobó la insurreccion de los fenianos irlandeses

contra la reina Victoria, protestante; de los nihilistas polacos contra el emperador de Rusia, que es cismático, y hasta de los católicos de Oriente contra el gran señor, que es mahometano.

Esto prueba que ahora, como en los tiempos del Papa Martino VI, como siempre, Roma condena á los que niegan al César lo que es del César, ó á los que, como los hereges wicleffitas y hussitas, sostienen que un Gobierno, al separarse de la fé, deja de ser Gobierno y pierde, por lo tanto, el derecho á ser obedecido.

Este error, el de los hereges Wicleff y Juan de Huss, hoy reproducido por *El Siglo Futuro*, ha sido, es y será siempre reprobado por los buenos Pontífices. *El Siglo Futuro* y sus secuaces jamás apelan á la Teología para confirmar en esta parte sus asertos. Se explica bien. Como los teólogos enseñan lo contrario, se huye de ellos para poder inculcar la falsa doctrina rigorista.

Y lo que más nos llama la atención en este punto, es que, tratándose de una cuestion de tanta trascendencia, ni *El Siglo Futuro* cite, ni sus lectores extrañen su falta, ya tan sistemática, de textos. Se sabe que, en lo que atañe á la fé y la moral, todo lo que no está conforme con la tradicion apostólica, es falso y malo, y, esto no obstante, se ve que *El Siglo Futuro*, por su propia cuenta, se advierte que lo que dice no está en armonía con la tradicion; y, sin embargo, se calla, y ni aún se piensa en exigirle pruebas. ¡Oh fuerza de la obcecacion política! La aberracion llega hasta el punto de que hombres que conocen bien la Teología, cierran los ojos y se esfuerzan por olvidar todo lo que saben, para poder oír como á maestros á gentes ignorantes, que jamás han visto ni por el forro un compendio de Teología. ¡Cuánto mal ha hecho esto á España! ¡Cuán detestable y cuán peligroso es el magisterio *teológico* de las leyes! ¿Si nos persuadiremos algún dia de la necesidad que hay de que las ovejas no se conviertan en pastores? Los periodistas no son maestros; no son más que divulgadores y apologistas de lo que enseñan los verdaderos maestros.

III.

Los periódicos han publicado la carta, dirigida por el Sumo Pontífice Leon XIII al obispo de Cremona, relativa á lo que ha dado en llamarse la cuestion de *L'Osservatore Cattolico*. Como esta cuestion, de la cual tanto se habla, acaso no sea

bien conocida, nos parece oportuno el decir algo acerca de ella.

Ante todo, bueno es recordar que *L'Osservatore Cattolico*, de buena doctrina, pero no poco violento, disputaba, no con revolucionarios ni aún con católicos seculares, sino con otro diario, también religioso, con los párrocos y con el mismo arzobispo de Milan. Los redactores de *L'Osservatore*, llevando quizá demasiado lejos su misión periodística, se decidieron á caminar, sin ver si su camino era el del sucesor de San Ambrosio y San Carlos Borromeo.

La cuestión, aplazada varias veces, ha sido por fin resuelta por Leon XIII. Su Santidad en su carta, leída ya y conocida en todo el mundo, dice que en *L'Osservatore Cattolico* (que no es *L'Osservatore Romano*), hay que distinguir entre la doctrina que es buena, y la forma, que á veces no es tan moderada como debiera.

El Padre Santo, aprobando y aplaudiendo la doctrina, porque es buena, aconseja que se modere algo la forma, pero no puede considerarse como contrario al respeto y á la caridad.

La respuesta de Leon XIII es casi igual á la que en caso casi idéntico habia dado ántes Pio IX. En Francia discutian con frecuencia en términos no poco ágrios los amigos de monseñor Dupanloup, que se inclinaban algo al galicanismo, y los adictos á Luis Veuillot, que se confesaban francamente ultramontanos. Pio IX, aludiendo á esta tan desagradable polémica, manifestó que los primeros necesitaban *más fe* y á los segundos hacia falta *más caridad*.

Mr. Veuillot, al leer lo que el Sumo Pontífice habia dicho, como buen católico, sin vacilar siquiera exclamó: «Me creo aludido. El Papa me dice que necesito tener más caridad. Procuraré tenerla.»

Y la tuvo. La cuestión no terminó; pero desde entonces nunca volvió á tener el carácter áspero que ántes habia tenido. Cada cual siguió en su puesto; pero ni los de la izquierda dogmatizaban tanto, ni los de la derecha calificaban con tanta dureza.

No es cosa nueva la intervencion de la Santa Sede en las polémicas de los católicos. En los siglos XVI y XVII, v. gr., los teólogos disputaban con gran calor acerca de la predestinacion y la gracia. Las escuelas, conformes en lo esencial, pero discordes en cuanto al modo de exponer la doctrina, solian acalorarse hasta el extremo de dirigirse mutuamente calificativos violentos, que no estaban en armonía con la caridad ni aún con la justicia. Los tomistas llamaban *pelagianos*

á los molinistas, y los discípulos de Molina apellidaban hasta *jansenistas* y *calvinistas* á los que se creían intérpretes fieles de Santo Tomás.

Los Sumos Pontífices, dejando en libertad á las escuelas para que, *in dubiis*, cada cual siguiese su camino, hasta con la pena de excomunion prohibieron las mencionadas calificaciones.

Lo mismo hizo la Santa Sede en lo relativo á la polémica entre los que proclamaban y los que se negaban á proclamar el dogma de la Inmaculada Concepcion.

Y es que la Iglesia no quiere que nadie condene, no teniendo autoridad para condenar. Los que, como *El Siglo Futuro*, osan negar el título de católico á un diario católico, usurpan una autoridad que no tienen y osan hacer lo que Dios y la Iglesia les prohíben hacer.

El Vaterland, diario católico de Munich, se colocó en la actitud que hoy tiene *El Siglo Futuro*, y Su Santidad, por medio de una carta, firmada por su secretario de Estado, el cardenal Nina, le llamó al orden en términos tan justos como severos. *El Fénix* ha recordado ya este ejemplo al tan atolondrado ó tan extraviado *Siglo Futuro*. ¡Plegue al cielo que no deje de serle provechoso este tan útil recuerdo!

San Agustín, tan gran maestro, fijando reglas para la discusión, dice:

1.º Que en lo necesario, en lo de fé, en lo definido siempre debe haber unidad. *In neccesariis unitas.*

2.º Que en lo no definido por la Iglesia, en lo que no pertenece á la fé ó las costumbres, en lo dudoso, todo el mundo puede conservar su libertad. *In dubiis libertas.*

3.º Que en todo, tanto en lo *necesario*, que se defiende, como en lo *dudoso*, que se deja en libertad, jamás deben perderse de vista las prescripciones de la caridad. *In omnibus charitas.*

El Siglo Futuro, que no suele apoyarse en San Agustín, ni en ningun Santo Padre ni teólogo, como quien confía demasiado en su propio juicio, falta:

1.º A la regla primera, porque no fija nunca la diferencia que hay entre lo *necesario* y lo *dudoso*.

2.º A la regla segunda, porque niega la libertad en lo dudoso ó exige que se mire como necesario lo que no es necesario, ni de fé, por no estar definido ó ser opinable y aún falso. *El Siglo Futuro* se obstina con frecuencia en que sus propios caprichos se acepten como cosas obligatorias.

3.º Falta, en fin, á la tercera regla, porque, sobre todo, cuando se trata de desprestigiar á los escritores católicos,

no piensa sino en desprestigiarlos, olvidándose bastante de la caridad y aún de la justicia.

San Agustín, que trató muy de propósito este punto, da otras tres reglas, que nunca deberían ser olvidadas.

Segun San Agustín, los polemistas católicos necesitan:

- 1.º Esforzarse por destruir el error. *Interfícite errores.*
- 2.º No dejar de amar á los hombres que yerran. *Diligite homines.*
- 3.º Sin violencia, sin acritud, sin *sevicia*, luchar en defensa de la verdad. *Sine scævitia pro veritate certate.*

El Siglo Futuro, que, por lo visto, no es discípulo de San Agustín, falta á lo primero, porque piensa muy poco en impugnar ó destruir el error; falta á lo segundo, porque casi no piensa sino en desprestigiar á los hombres, y falta, en fin, á lo tercero, porque, defendiendo la verdad ó el error, que de todo hay, casi no sabe expresarse sino con la *sevicia* que tanto disgustaba á San Agustín.

Al parecer, *El Siglo Futuro* no se propone sino exasperar á los que yerran y á los que no yerran, como si sólo intentase dificultar la conversión. ¿De dónde habrá salido este sistema? ¿Qué apologistas católicos servirán de guía y modelo? Pero ahora recordamos que el diario rigorista no necesita estudiar. Como cree ó supone que ya lo sabe todo, no piensa más que en enseñar sin aprender, descargando palos de ciego sobre todo el que no cree lo que cada ocho días creen los *siglo-futuristas*.

IV.

Muchos católicos seculares, carlistas y no carlistas, han escrito á monseñor Freppel, obispo de Angers, felicitándolo por la excelente actitud en que se ha colocado, como diputado que es, en la Cámara popular francesa. Este tan elocuente y tan erudito prelado, comprendiendo las grandes ventajas de la union, ha sentado el principio de que los católicos deben prescindir de lo accidental, que los divide, para no pensar sino en lo esencial, que los une. Así no serán instrumentos de partidos políticos; pero harán un gran bien al catolicismo, que es el blanco de todos los ódios de la revolucion.

Como se vé, éste tan respetado obispo quiere, como Jesucristo, que «se busque primero el reino de Dios y su justicia, esperando que lo demás venga por añadidura.»

Inútil es advertir que *El Siglo Futuro* no acepta esta doctrina, que es la del Evangelio, ni firma la felicitacion, ni,

como era de suponer, deja de olvidarse de la caridad, para maltratar á los firmantes.

Por lo visto, *El Siglo Futuro*, que ahora es carlista, quiere que, mientras lo sea, se busque el carlismo ántes que el catolicismo. Mañana, cuando *El Siglo Futuro* sea otra cosa, ya se hablará de otra manera; pero, hoy por hoy, no debe hablarse sino así.

El diario rigorista, que no suele ser respetuoso con nadie, la emprende hasta con el firmante Sr. Ortí y Lara, que ha pasado su vida defendiendo la religion católica, sin especular jamás con nada. Despues de barajar el nombre del señor Ortí con todos los demás nombres, y decir de todos cosas que no tienen nada de honrosas, contrayéndose al mismo Sr. Ortí y Lara, *El Siglo Futuro* procura ponerlo en ridículo, recordándole que escribió un folleto contra *La España Católica*, del Sr. Pidal, y varios artículos contra un discurso leído en una Academia por D. Vicente de la Fuente.

A esto pudiera contestar el Sr. Ortí:

1. Que en la redaccion de *El Siglo Futuro* está el señor Tejado, que firmó la exposicion de los señores conde de Canga Argüelles, antiguo director de *La Regeneracion*; Villoslada, director de *El Pensamiento Español*, y Aparisi y Guijarro, el célebre orador católico, contra el Sr. Nocedal. En esta exposicion, que ya es bien conocida, se dicen contra el Sr. Nocedal cosas que, si parecen justas, por lo fuertes, no son para recordadas. Y, ¿cómo está el Sr. Tejado al lado del señor Nocedal en *El Siglo Futuro*?

2. Que el Sr. Ortí se ha unido á los Sres. La Fuente y Pidal, no para cambiar de ideas, sino para firmar una felicitacion á un obispo católico.

3 y último. Que el Sr. Ortí y Lara pudo equivocarse en unas cosas y acertar en otras, y jamás pensó en imitar al *Siglo Futuro*, excomulgando á los no excomulgados.

Como se ve, *El Siglo Futuro* no aprueba ni mucho ménos la felicitacion. *La Fé* no la combate ni se opone á que la firmen sus redactores; pero se mantiene á la expectativa como para ver qué sesgo toman las cosas.

El Fénix, sin variar de posicion, dice que hoy seria hasta una traicion el dejar de defender el catolicismo por no exponerse á dejar de apoyar por el momento un partido político. *El Fénix*, que en esto está en lo firme, se apoya en el ejemplo de *L'Univers* y todos los demás periódicos católicos franceses.

X.